



UNIVERSIDAD DE CHILE

Facultad de Ciencias Sociales

Doctorado en Psicología

TESIS PARA OPTAR AL GRADO ACADÉMICO DE DOCTORA EN PSICOLOGÍA

**DISCURSOS DE ADULTOS/AS JÓVENES CHILENOS/AS EN
TORNO AL AMOR ROMÁNTICO Y A SUS EXPERIENCIAS
AMOROSAS**

Carolina Aspillaga Hesse

Tutora: Doctora Isabel Piper S.

Santiago, Mayo de 2016

Resumen

Autora: Carolina Aspillaga Hesse:

E- mail de contacto: carolinaaspillagah@gmail.com

Profesora guía: Dra. Isabel Piper S.

Tesis para obtener el grado académico de Doctora en Psicología

Fecha de graduación: 23 de Mayo, 2016.

Título: Discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as en torno al amor romántico y a sus experiencias amorosas.

Este trabajo parte de la premisa que el amor romántico es actualmente una aspiración cultural y sobre él se fundamentan instituciones sociales como la pareja y la familia. Se asume que los afectos no son fenómenos meramente individuales, sino que se construyen y negocian colectivamente, teniendo un importante rol en la configuración de la identidad y el orden social. El objetivo de esta investigación fue comprender los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as en torno al amor romántico y a sus experiencias amorosas. La metodología utilizada fue de tipo cualitativa, los datos fueron producidos a través de 18 entrevistas y analizados por medio del análisis del discurso. Los resultados dan cuenta que en los relatos se mantiene la jerarquía del amor romántico y la relación de pareja por sobre otras relaciones, y se posiciona a los sujetos como responsables de sus vidas amorosas. En las normativas en torno al amor coexisten valores tradicionales y postmodernos; donde si bien se asume que amar requiere esfuerzo y entrega, esto se condiciona a la reciprocidad y no debe atentar contra los valores y proyectos trascendentales de los sujetos. A partir de estas regulaciones emergen diversas tensiones en torno al amor y la vida en pareja.

Palabras claves: amor romántico, discurso, emociones

Dedicatoria

Dedico este trabajo a Stefano, a mi mamá, a Luz María, y a mis abuelas Amelia y Maruja

Agradecimientos

Agradezco en primer lugar a toda mi familia y en especial a Stefano, que me apoyaron y acompañaron constantemente en este camino.

A mis amigas por su apoyo y contención.

A Isabel Piper, por su disposición y todos los aprendizajes obtenidos.

A Conicyt por la posibilidad de llevar a cabo mis estudios, y finalmente a todos quienes colaboraron y me ayudaron en la realización de esta investigación, en especial a las y los participantes por su generosidad al colaborar en este estudio.

Índice de contenidos

Capítulo 1 Antecedentes generales del estudio.....	1
Introducción y planteamiento del problema.....	1
Objetivos y relevancia del estudio.....	7
Antecedentes teóricos y empíricos.....	9
Capítulo 2 Modelos comprensivos sobre los afectos y el amor romántico en psicología...	11
El estudio de los afectos en psicología.....	11
Antecedentes del estudio de las emociones y la afectividad en psicología.....	13
Las contribuciones de la psicología social crítica al estudio de la emociones.....	15
Relación entre lenguaje y afectividad.....	16
El “giro afectivo”.....	18
La propuesta de la “afectividad colectiva”.....	21
El rol de la afectividad en el orden social.....	26
Conceptualizaciones y modos de abordaje en los estudios del amor romántico.....	30
Capítulo 3 Amor romántico, pareja y matrimonio como productos históricos y culturales.....	36
El amor romántico a lo largo de la historia en Occidente.....	36
Participación de la postmodernidad en las experiencias e ideales amorosos.....	40
Capítulo 4 Escenarios sociales desde donde se construyen el amor y las relaciones de pareja.....	44
Escenario cultural e institucional: influencias de la hegemonía patriarcal cristiana y el capitalismo.....	44
Escenario económico: la pareja como unidad de consumo y el romanticismo como un bien mercantil.....	48
Escenario discursivo: estar “realmente” enamorado/a.....	50
Escenario comunitario: la pareja como estructura refugio.....	54
Escenario doméstico: socialización y expectativas diferenciadas por género en torno al amor y las relaciones de pareja.....	55

Capítulo 5 Algunos elementos que participan en las vivencias amorosas.....	59
Elementos vinculados a los roles de género.....	59
Elementos vinculados al acceso material y cultural.....	61
Elementos vinculados al ciclo vital.....	62
Elementos vinculados al momento de la relación de pareja.....	64
Capítulo 6 Marco metodológico.....	66
Fundamentación.....	66
Selección y características de la muestra.....	68
Técnicas de producción de información.....	70
Procedimiento de trabajo de campo.....	71
Método de análisis y procedimiento analítico.....	71
Resguardos éticos y criterios de rigor.....	73
Reflexiones en torno al diseño metodológico y al trabajo de campo.....	74
Resultados.....	78
Capítulo 7 El amor romántico es un sentimiento sublime.....	80
El amor romántico saca lo mejor de uno.....	80
Cuando amas te sientes pleno/a.....	81
Del amado/a recibes un apoyo y contención especial.....	85
Cuando amas priorizas el bienestar del otro y de la relación.....	87
Capítulo 8 El éxito amoroso depende de cada uno.....	91
Para “triunfar” en el amor, la razón debe ganarle a las pasiones.....	91
El amor no llega, el amor se construye.....	100
Por amor no puedes ser irracional.....	102
Capítulo 9 Cuando amas debes entregarte, priorizar y valorar a tu amado/a, pero esto debe ser recíproco y sin que te hagas daño.....	108
Cuando estás enamorado/a te proyectas únicamente con el otro/a.....	109
En el amor la lealtad debe ir por delante.....	114
Quien te ama te debe tratar bien y valorar.....	117
Debes ser importante y priorizado por quien te ama.....	119
En el amor romántico la entrega debe ser recíproca.....	125

No todo debe aceptarse por amor.....	127
Aunque estés enamorado/a se deben respetar y cuidar los espacios individuales...	129
Capítulo 10 Con el tiempo amamos de forma menos apasionada pero más racional y comprometida.....	135
El amor adolescente no es “verdadero” amor.....	135
Con el tiempo decrece la intensidad de la pasión.....	138
De nuestras experiencias amorosas aprendemos a ser más racionales.....	141
Los hijos/as redefinen la prioridad de la pareja.....	145
Capítulo 11 La mujer es más sentimental y entregada, y el hombre es más racional y sexual.....	150
Capítulo 12 Discusiones y conclusiones.....	156
Discusiones.....	156
Conclusiones.....	167
Referencias Bibliográficas.....	173
Anexos.....	183
Anexo 1: Detalle de las características de los y las participantes.....	184
Anexo 2 Transcripción de las entrevistas realizadas.....	187
Anexo 3 Guión de temas y preguntas utilizado para la realización de entrevistas.....	188
Anexo 4 Documento de consentimiento informado.....	191
Anexo 5: Acuerdos de confidencialidad.....	193
Acuerdo de confidencialidad y no divulgación para transcriptores.....	193
Acuerdo de confidencialidad y no divulgación para ayudantes.....	194

Capítulo 1

Antecedentes generales del estudio

Introducción y planteamiento del problema

La temática general dentro de la cual se enmarca este trabajo es el amor romántico. He decidido utilizar el término “romántico”, refiriéndome a las formas de amor asociadas a las relaciones de pareja, dado que en la literatura académica se le designa comúnmente así, para distinguirlo de otras formas de amor como podrían ser el filial o maternal. Sin embargo quisiera aclarar que con el uso de este término no se está apelando al romanticismo como movimiento cultural, ni se alude a la conceptualización realizada por Anthony Giddens, (1995), sino que este adjetivo es usado únicamente para distinguirlo de otro tipo de afectos.

El interés por esta temática surge al observar que en nuestra vida cotidiana el amor y las relaciones de pareja tienen una fuerte presencia y los modos de vivirlos son tratados como si fuesen algo natural e inherente a la vida humana. Enamorarse y querer mantener el compromiso con el amado/a en el contexto de una relación monogámica y duradera pareciera ser lo esperable en la vida adulta. Generalmente, quienes no están emparejados esperan estarlo en algún momento, muchas veces cuando alguien lleva un tiempo sin encontrarse en una relación de pareja estable, en su alrededor surgen preguntas sobre cuál será el “problema” que hace que esta persona no se enamore o no tenga relaciones duraderas. En ocasiones se cuestiona a quienes realizan actos que no se adscriben a lo que se supone que debiera hacer alguien que está “realmente enamorado” y muchas veces nos preguntamos si lo estamos usando como varilla de medición, lo que se nos ha enseñado que siente, piensa y hace una persona enamorada.

Actualmente el amor romántico (AR) es un ideal a través del cual se espera encontrar una pareja perfecta; que nos asegure estar acompañados en nuestras vidas y se ha convertido en un sentimiento idealizado que deja de ser un fin en sí mismo, convirtiéndose en un medio para ser feliz y autorrealizarse (Herrera, 2009). Culturalmente estar en pareja es el estado ideal y la soltería es vista muchas veces como un proceso de transición, mientras se encuentra el amor, que es sindicado comúnmente como fuente de felicidad (Herrera,

2013). Hoy en día el amor se pone en la configuración del núcleo de la identidad de los individuos, es esencial en cómo las personas se autodefinen y el no tener pareja es percibido y experimentado generalmente como una carencia (Esteban & Tavora, 2008). A su vez, el amor puede ser vinculado al poder y status, y la relación de pareja otorgaría status (Rodríguez, 2012).

Si bien la psicología es una de las áreas de las Ciencias Sociales que más se ha preocupado por el estudio del amor romántico, generalmente ha sido tratado desde una mirada individual focalizándose en los elementos biológicos, cognitivos e inconscientes de las vivencias amorosas; que si bien están presentes, no permiten comprenderlo en todas sus dimensiones y lo tienden a naturalizar (Martínez, 2004).

En este trabajo comprendí el amor romántico desde la propuesta teórica de la afectividad colectiva que señala que la afectividad corresponde a un fenómeno colectivo y que por lo tanto para comprenderla, centrarnos en el individuo como unidad de análisis es insuficiente (Martínez, 2010). Los afectos surgen desde un contexto particular que les permite su emergencia y manifestación, son fenómenos sociales y no meramente personales (Fernández, 1999; Gergen, 1996). Se constituyen dentro de una colectividad, se encuentran en un constante devenir, son susceptibles de cambios, tienen funciones sociales y políticas, y pueden servir tanto para mantener como para transformar el orden social (Fernández, 1999; Gil, 2002).

Esta forma de entender los afectos se encuentra enmarcada desde la mirada del construccionismo social, que problematiza los elementos históricos, culturales y discursivos que participan en la construcción de la realidad y nos permite reflexionar sobre los efectos que éstos tienen. Considerar las emociones desde esta perspectiva, permite recuperar su carácter político, al ir más allá de la mirada de la emoción como algo individual, sino como un fenómeno que es construido, colectivo y que por tanto tiene efectos sociales y culturales (Gil, 2002). El estudio del amor romántico desde un enfoque socioconstruccionista, al comprender las emociones como fenómenos susceptibles de transformación, nos permite pensar en nuevas formas de vincularnos y reflexionar sobre la posibilidad de nuevas culturas y manifestaciones amorosas.

Es desde esta perspectiva que entenderé el amor romántico como una emoción que es configurada socialmente, configurada desde lo colectivo, y que tiene funciones sociales y efectos políticos. A la vez lo comprendo como un fenómeno multidimensional en el cual participan distintos niveles de la realidad social, en el que se incorporan aspectos afectivos, corporales, discursivos, ideológicos, socioculturales y económicos (García y Montenegro, 2014; Schäfer, 2008).

Cabe destacar que las concepciones de amor romántico han ido variando en el tiempo, y solo en los últimos dos siglos, se ha normalizado la unión entre amor, pareja y sexualidad (Beneyto, 1993; Espina, 1996; Corona y Rodríguez, 2000; Coontz, 2005). Anteriormente, no se buscaba que en una sola persona se vieran resueltas todas estas necesidades lo cual estaría vinculado con el actual debilitamiento de los lazos comunitarios, de modo que las personas hoy esperarían satisfacer en sus parejas gran parte de sus necesidades afectivas y de afiliación (Esteban, Medina y Távora, 2005; Lemaire 1986; Luco, 2013; Illouz, 1997).

Cabe destacar que la actual noción de amor romántico se encuentra fuertemente influida por el cristianismo y el patriarcado, en donde existe un modelo de amor idealmente heterosexual, basado en dos sujetos que son distintos pero complementarios y en donde se presenta que la finalidad lógica del amor es establecerse en una relación de pareja estable y monogámica (Herrera, 2009). El modelo actual de amor romántico sería también funcional al sistema económico capitalista, en tanto permite la formación de familias nucleares que sustentan el régimen productivo y en cuanto existe una vasta industria de consumo amoroso (Illouz, 1997; Izquierdo, 2000; Herrera, 2013).

Para regular qué se puede y qué no se puede hacer en torno al amor existirían distintos mecanismos. Los discursos y mitos amorosos generarían normas respecto de cómo se debe actuar y sentir cuando se ama (Yela, 2003; Herrera, 2009; Ferrer, Bosch y Navarro, 2010). La socialización en torno al amor, también sería un elemento que regularía las conductas amorosas, ubicando a hombres y mujeres en distintas posiciones respecto de los roles que deben cumplir y cómo deben situarse frente a las reglas amorosas (Riviere, 2009). Las disciplinas científicas y seudocientíficas también ayudarían a instituir una normativa

amorosa al señalar qué es lo “normal” al enamorarse y encontrarse en una relación de pareja, existiendo así un biopoder en torno al AR (Castrillo, 2013).

Es a partir de los antecedentes anteriormente señalados, que considero que existe una concepción dominante/hegemónica de amor romántico que ha sido ampliamente socializada y difundida por los medios de comunicación. En este modelo se espera que el amor romántico sea una emoción que implique intimidad emocional y física dirigida hacia una sola persona; donde esté incluida la sexualidad que debe ser vivida de forma monogámica; en donde se busca que por medio de la pareja se satisfagan las necesidades emocionales de cada uno de los miembros; que la pareja funcione como una unidad complementaria y dependiente cuyas necesidades estén por sobre las individuales y en donde el fin lógico sea constituir una relación de pareja estable, donde convivan juntos, idealmente tengan hijos/as y se mantengan unidos a largo plazo.

Este modelo tradicional de amor funcionaría como dispositivo de control social, en cuanto ayudaría a mantener el orden social vigente, favoreciendo relaciones desiguales de género, promoviendo la dependencia, reforzando la posesión, debilitando las relaciones comunitarias e institucionalizando la familia nuclear como la forma “natural” de vivir en grupo (Esteban, et al, 2005; Izquierdo, 2000; Herrera, 2013). Sin embargo esta noción de amor que promueve la desigualdad, el sacrificio y la dependencia emocional y física; convive en la actualidad con valores propios de la postmodernidad como son la libertad, la democracia y la autonomía (Sánchez, 2006; Herrera, 2009; Tenorio, 2012; Luco, 2013). Estos valores han influido también sobre las experiencias y expectativas amorosas, de modo que también en muchos casos se desea encontrar en el amor romántico y las relaciones de pareja reconocimiento, reciprocidad y espacios para la individualidad (Luco 2013; Sánchez, 2006).

Esto hace que las experiencias amorosas sean vividas muchas veces con dificultad ya, que mientras satisfago ciertas necesidades, estoy simultáneamente postergando otras, que además son incompatibles entre sí. Diversos autores y estudios empíricos dan cuenta de que las creencias y actitudes generalizadas en torno al amor se sustentan en un modelo tradicional; aunque coexisten con la idea de vivir relaciones democráticas basadas en la autonomía y la igualdad (Esteban y Távora, 2008; Ferrer, et al, 2010; Cervantes, 2005;

Guardo, 2012). A su vez en cuanto a la relevancia que hoy adquieren las trayectorias individuales, hay autores como Sánchez (2006) y Luco (2013), que plantean que la postmodernidad ha influido en que actualmente las relaciones de pareja muchas veces sean vividas como espacios constrictivos para el desarrollo personal.

Considerando los aspectos que he señalado anteriormente y bajo el supuesto de que hoy el amor romántico es un una aspiración cultural y que el modelo dominante de amor -sustentado en un modelo patriarcal cristiano - coexiste con valores postmodernos; me parece necesario problematizar y comprender los modos en que se experimenta el AR y las relaciones de pareja la actualidad. Hoy conviven simultáneamente anhelos que en principio no son compatibles entre sí. Por ejemplo, el deseo de encontrarse en una relación de pareja que funcione tan fusionadamente que no se noten las diferencias individuales o que el amor sea tan fuerte que seamos capaces de dejarlo todo por el amado/a son aspiraciones que coexisten hoy con la importancia que, más que nunca, adquieren nuestros proyectos personales, la individualidad y la libertad. Es desde este contexto que me parece necesario comprender cómo estos deseos cohabitan en los modos de configurar y vivir el amor romántico, qué tensiones generan, qué hacemos (o dejamos de hacer) para conciliar ambas necesidades y qué normativas y regulaciones amorosas se construyen a partir de la inclusión de estos valores postmodernos.

Si bien hay bastantes investigaciones en torno al amor romántico (Esteban y Távora, 2008; Fundación Mujeres, 2011; Tenorio, 2012; García et al., 2012; Pérez, Estrada y Pacheco, 2007; De la Peza, 1998; Rutland, 2013; Ferrer, Bosh y Navarro, 2010; Cervantes, 2005; Guardo, 2012; Illouz, 1997; [entre algunas]), me parece necesario profundizar en la comprensión de cómo éste es significado en la actualidad a la luz de la coexistencia de las aspiraciones modernas y postmodernas, poniendo a la vez énfasis en cómo los discursos amorosos configuran ciertas normativas y modos de relaciones sociales.

Respecto de esto último y considerando los planteamientos de la “afectividad colectiva”, me interesó comprender las funciones sociales del AR y qué tipo de sujetos y relaciones se crean a través de los discursos amorosos.

Respecto de cómo acercarse metodológicamente al estudio del amor romántico desde la propuesta de la afectividad colectiva, Adriana Gil (2002) sugiere que el primer

paso es deconstruir las emociones como dispositivos de control y construirlas como posibilitadoras de cambio social. Para Gil (2002) un análisis del discurso emocional requiere entender cómo las emociones se usan y adquieren sentido por sus relaciones entre ellas y tienen un sujeto posicionado emocionalmente dentro de un entramado emocional. Es necesario comprender que las emociones sirven para hacer cosas, qué cosas se pueden hacer con ellas, cómo son las relaciones que se establecen entre ellas, qué realidades construyen y que tipo de sujetos crean o necesitan (Gil, 2002).

En esta tesis doctoral elegí focalizarme en comprender los discursos en torno al amor romántico de chilenos y chilenas que se encuentran en el momento vital de la adultez joven. Si bien cada etapa tiene sus características y complejidades propias, y me parece interesante a futuro comprender las experiencias, significados y tensiones en torno al amor romántico durante distintos momentos del ciclo vital, me he decidido focalizar en las y los adultos jóvenes ya que corresponden a un grupo que se ha visto más expuesto a los ideales postmodernos que generaciones anteriores y porque se encuentran en un momento vital complejo en donde se espera (y comúnmente ocurre) que se establezcan en un proyecto personal, laboral, de pareja y familiar (Rice, 1997). Esto último me parece particularmente interesante ya que se trata de una etapa en que comúnmente se elige y establece un proyecto de vida lo cual implica, entre otras cosas, tomar decisiones, establecer prioridades y conjugar expectativas, en torno al amor romántico y la vida en pareja.

Es a partir de los antecedentes anteriormente planteados que la pregunta que guió este estudio fue: **¿Cómo son los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as en torno al amor romántico y a sus experiencias amorosas?**

Objetivos y relevancia del estudio

Objetivo general.

Comprender los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as en torno al amor romántico y a sus experiencias amorosas.

Objetivos específicos.

- Describir y comprender cómo es significado el amor romántico en los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as.
- Describir y comprender cómo son significadas las relaciones de pareja en los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as.
- Describir y comprender los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as, sobre cómo conviven sus intereses y actividades personales con su vida amorosa.
- Comprender qué tipos de sujetos y relaciones sociales promueven los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as en torno al amor romántico y a sus experiencias amorosas.

Relevancia del estudio.

Estudiar el amor romántico es necesario tanto por lo ampliamente idealizado que se encuentra en nuestra cultura, como también por los efectos individuales y sociales que tiene; ya que si bien existen formas alternativas de vivirlo, el modelo más reconocido es aquel que se sostiene en el patriarcado y el cristiano, y que promueve relaciones desiguales, refuerza la idea de la posesión del otro y limita la autonomía de los sujetos. Cuestionar por medio de la investigación, el estándar dominante de amor romántico nos permite desnaturalizarlo, entender los escenarios sociales desde los que surge, comprender sus funciones y abrir espacios para discutir y pensar en formas alternativas de vivir el amor. Comprenderlo desde la mirada del socioconstruccionismo y de la afectividad colectiva nos permite develar el rol político y social de las emociones, que a mi juicio se ha ido desvaneciendo, en la medida que han sido entendidas como fenómenos principalmente intrapsíquicos.

A su vez vale la pena destacar que autores como Shafer (2008) y Martins-Silva, Trindade, y Junior (2013), evidencian que si bien existe bastante literatura académica sobre el AR y las experiencias amorosas, hay una falta de estudios cualitativos que permitan comprenderlo desde una mirada más profunda y que releve la subjetividad.

Por otra parte dada la relevancia que hoy tiene el AR en la vida y las identidades de los sujetos, comprender el amor desde esta perspectiva puede ser un aporte no solo para la psicología social sino también para el ámbito clínico, donde las temáticas románticas y de pareja son comunes en psicoterapia y donde existe gran cantidad de evidencia científica sobre la importancia de un vínculo amoroso satisfactoria para la salud mental y la calidad de vida (Fossa, Benavente y Pimentel, 2013).

Antecedentes teóricos y empíricos

A continuación realizo una breve síntesis sobre los tópicos que se abordan en los distintos capítulos de los antecedentes teóricos y empíricos

El capítulo 2, trata sobre los modelos comprensivos de los afectos y el amor romántico (AR) en psicología. Este apartado se encuentra dividido en dos partes: la primera, relativa a los modos de comprender la afectividad en general y la segunda, relativa a los estudios particulares sobre el amor romántico.

En la primera parte, caracterizo a grosso modo las formas de comprender los afectos dentro las ciencias sociales y luego, específicamente desde la psicología. Posteriormente realizó una síntesis de los principales enfoques de abordaje y temáticas tratadas desde la psicología social crítica. Me detengo en la relación entre lenguaje y afectividad, para luego dar cuenta de las principales características del llamado “giro afectivo”, mirada que ha estado muy en boga en los últimos años para el estudio de las emociones. Posteriormente, detallo la propuesta de la “afectividad colectiva”, que es la principal mirada desde la cual comprenderé este trabajo, y finalmente, doy cuenta de la relación existente entre la afectividad y el orden social.

La segunda parte del capítulo, da cuenta de las principales conceptualizaciones y modos de abordaje en torno a los estudios del amor romántico. Se presentan algunas definiciones y los principales enfoques desde lo que ha sido estudiado, con la finalidad de dar al lector un mapeo general sobre las teorizaciones en este ámbito. Este capítulo tiene por objetivo ubicar al lector, tanto en la posición teórica dentro de la cual se enmarca esta investigación, como dar cuenta de las complejidades y divergencias que ha habido en el estudio de los afectos y el amor romántico.

En el capítulo 3, realizo un recorrido histórico que da cuenta de cómo ha cambiado en Occidente la relación entre amor romántico, matrimonio y sexualidad. Posteriormente se abordan las aspiraciones, influencias y tensiones con que se vive el amor en la postmodernidad. En este apartado busco dar cuenta de los aspectos sociohistóricos que participan en los modos de comprender y vivir el AR, focalizándome en la postmodernidad dado que se trata del contexto particular, en el cual me interesa comprender este fenómeno.

En el capítulo 4, realizo un desarrollo más fino respecto de los escenarios sociales desde los que se construyen los modelos de amor romántico en la actualidad, focalizándome específicamente en los aspectos culturales e institucionales, económicos, comunitarios y domésticos. Mediante este capítulo, busco dar cuenta de la diversidad y complejidad de elementos que participan y se conjugan en los modos en que comprendemos y vivimos el amor.

En el capítulo 5, doy cuenta de algunos de los elementos que participan de las vivencias amorosas de los sujetos, con la finalidad de recalcar que, pese a estar insertos en un mismo sistema cultural, el amor no se experimenta de la misma manera. La presencia de elementos como los roles de género, el acceso cultural y material, la etapa vital y el momento de la relación amorosa también participan en los modos de experimentar el amor romántico.

Capítulo 2

Modelos comprensivos sobre los afectos y el amor romántico en psicología

El estudio de los afectos en psicología

En los recientes años, ha resurgido en las ciencias sociales el interés por los afectos, lo que ha marcado no solo un área de investigación, sino también compromisos teóricos y epistemológicos, y ha emergido como una nueva herramienta conceptual para la lectura de autores clásicos como Deleuze, Spinoza, Whitehead y Bergson (Lara, 2015; Wetherell, 2013). Cabe destacar que en la investigación científica moderna, el interés por las emociones es relativamente reciente, en tanto siempre se había considerado que lo que diferenciaba al ser humano de las otras especies era la razón y por tanto las ciencias se habían focalizado en su estudio (Guedes y Estramiana, 2010). Sin embargo a partir del siglo XIX, las emociones comienzan a ser campo de interés científico (Guedes y Estramiana, 2010), interés que dentro de las ciencias sociales ha tenido bastantes cambios y diversas propuestas en su modo de acercamiento.

Cabe destacar que la definición de los afectos y/o emociones¹ ha significado un gran desafío para las distintas disciplinas. Una definición general, pero a mi juicio pertinente es la de Surralles (2005) quien a grandes rasgos, los conceptualiza como “la cualidad sensitiva de la experiencia” (p. 1). La afectividad, ha sido considerada tanto como una actividad inherente a la vida social, como un fenómeno propio de la naturaleza de los seres vivos, y según el enfoque de estudio, su definición puede variar dentro de estos dos polos (Surralles, 2005). Sin embargo, ha habido cada vez una mayor tendencia a superar la dicotomía naturaleza/cultura; tendencia que ha sido filosóficamente influida por los planteamientos de Spinoza (s.f, citado en Surralles, 2005, p.2), quien desde una perspectiva monista de la realidad, señala que los afectos son: “las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo, y entiendo, al mismo tiempo, las ideas de esas afecciones”.

¹ Señaló afectos “y/o” emociones para enfatizar en las divergencias teóricas existentes en torno a la posibilidad de diferenciar ambos conceptos. En esta tesis, yo asumo indistintamente el uso de ambos términos.

Existen diversos modelos clasificatorios para el estudio de los afectos en ciencias sociales. Uno es el de Holodyski y Friedlmeier (2006, citado en Guedes y Estramiana, 2010), que distingue cuatro principales perspectivas: estructuralismo, funcionalismo, teorías sistémicas y enfoques socioculturales. Otro modelo clasificatorio es el de Niedenthal, Krauth-Gruber y Ric (2006, citado en Guedes y Estramiana, 2010), que destaca tres perspectivas teóricas: la evolucionista, la de la evaluación cognitiva, y la de los construccionistas sociales.

Desde la clasificación de Holodyski y Friedlmeier, se plantea que los estructuralistas conciben las emociones como estados fisiológicos que responden a estímulos internos y externos y se sobreentiende la creencia de un componente objetivo (corporal) y otro subjetivo, la emoción (Guedes y Estramiana, 2010). Los funcionalistas por su parte se focalizan en las funciones de las emociones (evaluar un evento y desencadenar una acción) (Guedes y Estramiana, 2010). Las teorías de los sistemas dinámicos, describen las emociones como productos de múltiples componentes y procesamientos paralelos para que el organismo entregue una respuesta congruente y adaptativa frente a un estímulo. Desde esta perspectiva, se busca explicar cómo nuevos sistemas más complejos emergen de sistemas previamente existentes (Guedes y Estramiana, 2010). Finalmente, los enfoques socioculturales enfatizan que los procesos, tanto de construcción como de regulación emocional, suceden en contextos de interacción social (Guedes y Estramiana, 2010). Desde esta mirada, las emociones no solo sirven a la adaptación de la especie, sino también a la adaptación al medio cultural, al integrar a los sujetos a grupos que comparten sentimientos comunes y contribuir al desarrollo de la identidad personal y social (Guedes y Estramiana, 2010).

Desde la clasificación de Niedenthal, Krauth-Gruber y Ric, los evolucionistas se caracterizarían por defender la relación directa entre emociones y procesos adaptativos (Guedes y Estramiana, 2010). Las perspectivas de evaluación cognitiva, se centrarían en la conexión de los procesos sociocognitivos y las emociones, afirmando que un mismo estímulo puede generar reacciones emocionales diferentes en distintos sujetos (Guedes y Estramiana, 2010). Y las perspectivas construccionistas sociales, integrarían la influencias de distintas disciplinas como la antropología, filosofía, sociología y psicología social,

rechazando las concepciones innatistas y sugiriendo que la afectividad es construida socialmente (Guedes y Estramiana, 2010).

Cabe destacar que, considerando la complejidad de los procesos afectivos, todas estas clasificaciones anteriormente presentadas, no deben entenderse como necesariamente antagónicas sino incluso en algunos casos complementarias (Guedes y Estramiana, 2010).

Antecedentes del estudio de las emociones y la afectividad en psicología. Como ya se señaló, la definición de la emoción como objeto de estudio es compleja tanto por la ambigüedad de los procesos internos que hace difícil describirlos con precisión, como porque hay diferencias culturales en los modos lingüísticos de expresar los sentimientos y estados internos (Guedes y Estramiana, 2010). Por otra parte las dificultades para realizar una única y consensuada definición de emoción y afectividad, se vinculan también con que las conceptualizaciones aceptadas en una determinada época reflejan las tendencias disciplinares dominantes en dicho momento, y el énfasis que cada autor otorga a una definición se relaciona con el foco en el cual se centran sus propios estudios (Palmero, Guerrero, Gómez y Carpi, 2006; Belli e Iñiguez- Rueda, 2008; Belli, 2009). Dada la diversidad de conceptualizaciones existentes, que difieren tanto en su grado de especificidad como en su foco de estudio; generar una definición hegemónicamente aceptada es casi imposible (Palmero, et al., 2006). Hay quienes consideran que las emociones y la afectividad son un proceso y hay quienes las comprenden como una respuesta; hay quienes las entienden como independiente de los procesos cognitivos y quienes consideran que son inseparables; hay quienes las diferencian desde perspectivas categoriales y quienes lo hacen desde perspectivas dimensionales; hay quienes distinguen entre emociones, sentimientos y afectos, y quienes consideran que todos estos elementos son parte de un mismo proceso y utilizan estos términos como sinónimos (Palmero, et al., 2006; Guedes y Estramiana, 2010). Cabe destacar que otro importante punto de divergencia ocurre en torno a la determinación que tienen la biología y la cultura sobre los afectos, apreciándose en este ámbito también la controversia herencia- ambiente que suele ocurrir dentro de la psicología (Palmero, et al., 2006).

En psicología existe una gran cantidad de estudios orientados a describir, clasificar, distinguir, etiquetar y explicar las emociones; en donde generalmente los afectos han sido tratados desde una perspectiva individualista (Martínez, 2010). Muchos de estos trabajos parten de la premisa de que las emociones y sentimientos son inherentemente intrapsíquicos, y que aunque emergen en las relaciones interpersonales, son procesados individualmente a partir de experiencias significativas (Martínez, 2010). Los enfoques tradicionales de comprensión de la afectividad se han centrado en el yo individual como unidad de análisis sobre la cual explicar este fenómeno (Martínez, 2010).

Los enfoques que destacan el “yo individual” para entender las emociones, dejan de lado lo inherente a las emociones mismas, que son las relaciones en las cuales éstas se producen, “poniendo al afecto como una categoría que opera hacia el exterior de la relación, comprensible solo desde el individuo y resultante de decisiones privadas y no de intercambios sociales y simbólicos” (Martínez, 2010, p. 153). Estas miradas, al centrarse en aspectos internos, reducen el fenómeno de la afectividad a elementos biológicos y psicológicos, aislándola de las relaciones en que surge y de las funciones sociales y culturales que cumple (Martínez, 2010). Estas tradiciones teóricas clásicas se han enfocado en explicaciones, racionales, adaptativas e individualistas de los afectos, dejando de lado la importancia de las relaciones (Martínez, 2010). El problema de estas concepciones centradas en lo individual, es que tienen efectos ideologizantes que llevan al empobrecimiento colectivo, al poner por encima la individualidad (Martínez, 2010).

Si bien tal como he señalado, tradicionalmente en los estudios psicológicos se ha tratado la afectividad como un fenómeno de carácter principalmente individual (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008; Surralles, 2005), en las últimas décadas han emergido posturas -como las que sustentan esta investigación- que señalan que los afectos no son patrimonio exclusivo de la interioridad de las personas sino que son construcciones sociales (Belli e Iñiguez- Rueda, 2008, p.140).

Las contribuciones de la psicología social crítica al estudio de las emociones.

Dentro de la psicología social ocurre lo mismo que en otras áreas de la psicología, en las que hay distintos enfoques comprensivos; siendo los énfasis cognitivos y evolucionistas, los que han dominado tradicionalmente (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008). Cabe destacar que acuerdo a Belli e Iñiguez- Rueda (2008), dentro de la psicología social contemporánea, la psicología social crítica es la que ha generado mayores cambios en el estudio de las emociones, produciendo trabajos principalmente en las siguientes cinco líneas: 1) los centrados en comprender las relaciones en el binomio lenguaje- emoción; 2) los focalizadas en comprender la construcción social de las emociones que buscan, centrándose en el discurso, distinguir los aspectos históricos y antropológicos vinculados al desarrollo de las emociones; 3) la psicología discursiva de las emociones, focalizada en el estudio de las emociones dentro de los discursos y el papel del habla sobre éstas (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008; Belli, Harré e Iñiguez, 2009), otorgándole al discurso un nivel ontológico en la construcción de la realidad (Enciso y Lara, 2014); 4) los trabajos postconstruccionistas que utilizan el concepto de performatividad de Judith Butler y comprenden las emociones como procesos abiertos a constantes transformaciones en donde se comprende que la emoción no solo requiere ser enunciada, sino también necesita de una performance completa en donde está incluida la corporalidad (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008; Belli et al., 2009) y; 5) la vertiente tecnocientífica que se embarca en la noción de máquina afectiva (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008).

Belli e Iñiguez – Rueda (2008) han analizado la contribución de la psicología social al estudio de las emociones (entendidas como construcciones sociales) y han organizado y clasificado temáticamente los estudios de los últimos años en tres principales áreas: percepción de la naturaleza de la emoción; naturaleza discursiva de la emoción y procesos de consumo de las emociones.

Dentro de los trabajos que, dentro de la psicología social crítica aluden a la naturaleza de la emoción, ha habido en los últimos veinte años -pese a los puntos de encuentro- varias divergencias en cuanto a cómo se definen las emociones y se percibe su naturaleza. Ante esto Belli e Iñiguez- Rueda (2008) reconocen cinco grandes miradas desde las que se ha comprendido su naturaleza: la antropológica, focalizada en el vínculo

emoción - cultura y que intenta comprender la relación entre las vivencias emocionales subjetivas y su expresión en distintos contextos; la mirada semántica, focalizada en los significados de las emociones; la mirada centrada en la comunicación que estudia los cambios, contextos y relaciones entre emoción y comunicación; la mirada que concibe a las emociones como constructoras de identidades; y finalmente la mirada simbólica, que se focaliza en los aspectos simbólicos de la relación individuo- sociedad (especialmente en las expresiones lingüísticas), bajo el supuesto de que las emociones, al pertenecer al orden de lo natural, son incontrolables y se resisten a ser reguladas por las normas sociales (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008).

En cuanto a la emoción como práctica discursiva, es posible señalar que el análisis del discurso emocional tiene gran preponderancia en las investigaciones sobre la construcción de las emociones y, aunque quienes trabajan en este campo pueden diferir en el modo de comprender las prácticas discursivas, tienen como argumento común el ver las emociones como producciones lingüísticas (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008).

En cuanto a las investigaciones centradas en estudiar las emociones y su relación con la sociedad de consumo, éstas han tenido mucho éxito en la última década y se pueden distinguir dos grandes líneas: las que se enmarcan en la dimensión afectiva del consumo y las que se focalizan en el consumo de las emociones en la vida cotidiana (Belli e Iñiguez – Rueda, 2008).

Cabe destacar que pese a la diversidad que existe tanto entre enfoques como entre temáticas de estudio, todas coinciden en comprender la emoción, tal como lo plantea Gil (2004, citada en Belli e Iñiguez – Rueda, 2008), como un proceso social y discursivo.

Relación entre lenguaje y afectividad. Si bien teóricos evolucionistas (como por ejemplo Ekman, 1992) han presentado evidencia de que existen emociones básicas universales que son esenciales para la perpetuación de la especie, éstos no han logrado explicar las diferencias culturales en los modos de expresar, interpretar y dar significado a las mismas, lo que da cuenta de la relevancia de la construcción simbólica de las emociones a través del lenguaje y de los significados que adquieren en los diversos contextos sociales (Guedes y Estramiana, 2010). Las emociones no pueden entenderse exentas de un sistema

social y cultural, y para comprender su significado hay que también aprehender los valores y normas sociales de quienes las expresan, así como las creencias culturales sobre su naturaleza (Guedes y Estramiana, 2010). Considerando lo anterior podemos comprender por qué las emociones van cambiando en el lenguaje de la vida cotidiana y se van introduciendo nuevos términos, a la vez que otros van quedando obsoletos (Belli, 2009). Tanto el vocabulario de las emociones como las llamadas pautas de expresión emocional, varían cultural e históricamente (Gergen, 1996). Por ejemplo, hoy las personas no dicen sentir melancolía, pero sí hablan de depresión, de angustia o de estar “quemados” en sus trabajos; términos que habrían sido por completo incomprensibles e irrelevantes unos siglos atrás (Gergen, 1996). Estas variaciones sociohistóricas son difíciles de cuadrar desde un enfoque de la emoción individualista, de propensiones universales y biológicamente fijas (Gergen, 1996).

Autores como Levy (1984, citado en Guedes y Estramiana, 2010) para destacar la importancia de las distintas emociones en determinadas culturas y la relevancia del lenguaje en la construcción social y cultural de las emociones, distinguen entre los conceptos “hypercognized” y los “hypocognized”. El propone que la importancia de las emociones en las diversas culturas, se relaciona con el número de palabras disponibles para referirse a las mismas (Guedes y Estramiana, 2010). Si se encuentran muy valoradas, tienen un amplio repertorio de palabras (hipercognized), mientras que en el caso contrario poseen un abanico limitado de posibilidades de nombrarlas (hypocognized) (Guedes y Estramiana, 2010). Estas diferencias en cómo nombrar las emociones, son uno de los argumentos principales de quienes critican una concepción universal de éstas, obligando a situarlas en los contextos de producción de sentido que ocurren gracias al lenguaje (Guedes y Estramiana, 2010).

Dentro de este contexto, en la llamada “Psicología discursiva de la emoción”, el foco está puesto en comprender el uso que se da a las emociones en los discursos y en las acciones y efectos que estos producen en términos relacionales (Belli, 2009). Cabe destacar que una de las principales críticas que se le ha hecho al estudio focalizado en el rol del discurso sobre las emociones, es que el interés clave que ha tenido el lenguaje y la organización social, han devenido en un “olvido del resto del mundo y fundamentalmente

del cuerpo” (Lara, 2015, p. 18). Se critica de la psicología discursiva, su focalización en la discursividad, ya que se considera insuficiente en la comprensión de la relación entre la corporalidad (embodiment) y los afectos, y tiende a comprender a los cuerpos como una masa pasiva e inerte (Wetherell, 2013). Sin embargo, según autores como Wetherell (2013), pueden ser útiles cuando se supera la mirada binaria afecto/discurso.

Cabe destacar que es a partir de las críticas anteriormente señaladas que se desarrolla el llamado “giro afectivo”.

El “Giro afectivo”. El “giro afectivo” (affective turn), término acuñado por primera vez en el 2007 por Patricia Clough y Jean Halley (Lara y Enciso, 2013), se enmarca de acuerdo a Belli e Iñiguez- Rueda, dentro de las corrientes postconstruccionistas (Belli, 2009; Belli e Iñiguez – Rueda, 2008), y surge como crítica a las limitaciones del llamado “imperialismo discursivo” y la insuficiencia de lo meramente simbólico para explicar las emociones (Lara y Enciso, 2013). “El giro afectivo se ha definido por dos urgencias teóricas: el interés por la emocionalización de la vida pública y el deseo de reconfigurar la producción de conocimiento encaminado a profundizar en dicha emocionalización” (Lara y Enciso, 2013, p. 101). Se podría entender el giro afectivo como “un cambio en la concepción de los afectos, que ha modificado la producción de conocimiento y la lógica misma de las disciplinas” (Lara y Enciso, 2013, p. 102). Se trata de una propuesta básicamente antiesencialista y antidualista, inspirada en aportes de filósofos como Spinoza, Deluze, Bergson y Whitehead (Lara, 2015; Wetherell, 2013), que incorpora en el estudio de los afectos nociones como devenir, cuerpo afectivo, esencia relacional y construcción histórica a partir de procesos situados (Lara 2015). La afectividad en términos de Spinoza se vincula con la capacidad de afectar y ser afectado, y estos afectos no solo se expresan en lo simbólico sino también en lo corporal, donde quedan sedimentos corporales de la experiencia vivida y sentida (Alfama, Bona y Callén, 2005).

Para el giro afectivo, el énfasis en los estudios de los afectos debe estar puesto en los procesos “que ponen en juego capacidades, hábitos, dispositivos, acciones, etc., que movilizan el potencial de afectar o de ser afectado” y no sólo en los discursos (Lara, 2015, p. 33).

Considerando el giro afectivo desde un marco histórico, cabe destacar que éste viene antecedido de la propuesta de liberar las emociones como objeto exclusivo de las ciencias biológicas, para lo cual se acudió inicialmente a perspectivas cualitativas basándose en la interpretación y considerando la participación de factores culturales y sociales (Enciso y Lara, 2014). De esta manera, las emociones dejaron de comprenderse como algo que habita dentro de los cuerpos, sino entre las normas sociales, y el estudio de las emociones adoptó una perspectiva construccionista, en la cual el lenguaje y los significados tomaron gran centralidad (Enciso y Lara, 2014). Como una respuesta a las limitaciones y críticas a este último modo de comprender las emociones, surge el “giro afectivo”, que de acuerdo a Enciso y Lara (2014) se alimentó de siete líneas de estudio desarrolladas previamente: el socioconstruccionismo, la psicología social discursiva, los estudios culturales de las emociones, las emociologías, la sociología interpretativa, la sociolingüística de las emociones y los estudios feministas. Cabe destacar que estos autores plantean que estas líneas de trabajo se mantienen y siguen evolucionando en la actualidad por sus propios carriles, pero son las que han nutrido el desarrollo de este “giro”.

Conceptualmente dentro del giro afectivo se suele hablar de “afectos” más que de emociones o sentimientos, ya que se considera que la distinción entre estos términos, en vez de esclarecer la discusión, la nubla y obedece más bien a ciertas afinidades teóricas (Lara y Enciso, 2013). Al respecto es importante mencionar, que ha habido autores que han vinculado el “afecto” con la corporalidad y la materialidad, y la “emoción” con la experiencia subjetiva; mientras que otros han hecho la distinción de forma contraria, lo que refleja las dificultades y ambigüedades en torno a estas diferenciaciones (Lara y Enciso, 2013). Sin embargo, desde esta perspectiva hay autores que siguen manteniendo la distinción entre emociones, sentimientos y afectos.

En torno a estas distinciones, en este trabajo me alinearé con la postura de Lara y Enciso (2013), quienes señalan:

En este momento, no preferimos ningún término por encima de otro, cada término nos ayuda a la elección sensible de entre las alternativas teóricas, una elección que se alimenta de empatías a causa de las procedencias en la formación de los académicos, de historias de la vida académica que nos marcan y nos dejan su huella,

tal como el afecto/emoción lo hace en los cuerpos, los significados y todo el sinnúmero de agentes que pasan por su curso. En nuestro entendimiento, todas: afecto, emoción, sentimiento, pasión, intimidad, atmósfera y cualquier otra que intente nombrar lo que estamos intentando estudiar, están hechas de pura experiencia sensible. (p.111).

En cuanto a las características del giro afectivo, éste busca dar cuenta de las dimensiones afectivas refiriéndose tanto al cuerpo como a la mente, involucrando la pasión y la razón. “[El giro afectivo] argumenta a favor de una versión alternativa de lo material-paradigmáticamente del cuerpo involucrando en las emociones-, compatible con las premisas desestabilizadoras del postestructuralismo” (Macón, 2014, p. 169). Otro elemento que lo caracteriza es la crítica a la existencia de afectos positivos que, en sí mismos impulsarían la acción y afectos negativos que la detendrían, ya que todos los afectos podrían promoverla o paralizarla, pero a la vez tampoco enviste a las emociones de una cualidad naturalmente desestabilizadora (Macón, 2014). Los afectos son comprendidos como construcciones sociales, pero que exceden lo meramente lingüístico y están profundamente enlazados con la corporalidad (Macón, 2014). Se entienden como capaces de articular la experiencias, fijando la conexión entre ideas, valores y objetos (Macón, 2015). Desde esta perspectiva los afectos, no están ni en lo individual ni en lo social, sino que permiten que lo individual y lo social sean delineados (Macón, 2015).

Habiendo realizado un recorrido general sobre los modos en que se han estudiado y entendido las emociones en psicología social, a continuación presentaré la propuesta de la “afectividad colectiva”, desarrollada principalmente por Pablo Fernández (1994a; 1994b; 1999; 2004; 2007) y que corresponde al modo en que los afectos y el amor romántico, son comprendidos en esta investigación.

La propuesta de la Afectividad colectiva. La “afectividad colectiva” propone que las emociones son compartidas colectivamente, teniendo como referencia a un grupo, una situación, una sociedad, y un contexto determinado. La afectividad se manifiesta a través de diversas expresiones y es una construcción colectiva que argumenta todo el campo cultural (Calderón, Rodríguez y Soto, 2009). “La afectividad es colectiva, y la colectividad es afectiva” dice Fernández, (1999 p. 40).

Estos planteamientos son concordantes con la postura de Gergen (1996), quien señala que las emociones se hayan dentro de redes más amplias de significado cultural. La afectividad es social porque pertenece al ámbito simbólico, adquiere significado en la interacción social y en las prácticas que mantienen, reproducen y cambian la sociedad y las relaciones de poder (Gil, 2002). Al entender la afectividad más allá de la individualidad, emerge una subjetividad configurada desde relaciones sociales, convirtiéndose en un producto simultáneo entre lo social y lo individual, y que no es un mero producto de reglas sociales, ni que se encuentra incrustada en las psiques personales (Martínez, 2010). “Pensar la subjetividad desde una dialéctica recíproca de procesos que se van construyendo a partir del significado de las relaciones sociales, permite dar una nueva visión a la noción de afecto como un fenómeno colectivo” (Martínez, 2010, p.155).

Cabe destacar que la expresión emocional es individual en el sentido de que es un sujeto el realizador del acto emocional, pero este acto está enmarcado en un escenario relacional más amplio, y el acto emocional es una creación dentro de una relación y de una historia cultural particular (Gergen, 1996). Las expresiones emocionales se consideran legítimas cuando están insertas en secuencias particulares, temporales de intercambio. Estas pautas serían “escenarios emocionales”, donde hay pautas informalmente estipuladas de intercambio (Gergen, 1996). Las realizaciones emocionales son pautas amplias y extensas de interacción, que van más allá de lo individual (Gergen, 1996). Los sentimientos son formaciones que se gestan en medio de las fuerzas o poderes en que está activada una colectividad (Fernández, 1999).

La afectividad colectiva entiende la afectividad no como un producto intrapsíquico que está en relación con variables externas, si no como como una construcción subjetiva que se configura en un entramado de relaciones sociales (Martínez, 2010). Los afectos solo

pueden ser entendidos en referencia a algún modo de sociedad (Fernández, 1999), y es necesario comprenderlos desde los escenarios en que surgen, los significados que los sujetos dan a las distintas situaciones, y las redes de significado cultural que enseñan modos y formas particulares de vivencias afectivas (Martínez, 2010). Desde esta perspectiva, a su vez se asume que los sentimientos son el “motor de la sociedad” (Fernández, 2004, p.5).

Desde este modelo, se critican los intentos de clasificar la afectividad ya que se entiende que un afecto, una pasión o una emoción son todos sentimientos y viceversa (Fernández, 1999). En cualquiera de sus combinaciones, todos son todo (Fernández, 1999). Dado que los afectos, sin importar del tipo que sean, son simultáneamente corporales, morales, intuitivos, cognoscitivos, pueden entrar en cualquier casillero de clasificación, lo que hace que estas categorías queden disueltas (Fernández, 1999). Para Fernández, (2007) incluso la distinción estricta entre sentimientos y pensamientos no tiene sentido, en tanto pensar es algo que se siente, y sentir es también una forma de pensamiento: “no se puede establecer la diferencia entre pensamientos y sentimientos, excepto como extremos, como dos exageraciones opuestas de una misma realidad” (p. 300). Este autor critica que las teorías modernas y racionalistas de las emociones, piensan la realidad en oposiciones excluyentes y enemigas como las tradicionales distinciones mente/cuerpo; biología/conciencia; sentimiento/pensamientos; lenguaje/imagen (Fernández, 1994b).

Los sentimientos, de acuerdo a Fernández (1999), son singulares, sociales y relativos. Son singulares, ya que toda situación emocional es única e irrepetible aunque tengamos ciertos prototipos literarios y convenciones para nombrarla y tipificarla. (Fernández, 1999). Los sentimientos son sociales, ya que siempre se viven de cara a otros individuos o grupos (Fernández, 1999). Y son relativos, ya que siempre oscilan entre los límites de una colectividad, contienen su luz y su sombra, su creación y destrucción. Todo sentimiento trae dentro una promesa y al mismo tiempo una amenaza (Fernández, 1999).

En cuanto a su relación con el lenguaje, la afectividad puede definirse como “aquella parte de la realidad que antecede y/o excede al lenguaje” (Fernández, 1994a, p.100). La afectividad no puede explicarse solo desde el lenguaje racional, sino que debe comprenderse considerando sus funciones y efectos, desde el marco social, cultural e histórico en que se desarrollan los sujetos y grupos (Martínez, 2010).

En suma, la afectividad colectiva es el proceso simbólico que antecede a los objetos dotados de lenguaje, y el proceso simbólico que excede a la dotación de lenguaje de los objetos. Este proceso puede concebirse como una entidad constituida por la percepción de conjunto o la sensoriedad de conjunto de todos los objetos, y una entidad de esta índole puede describirse aproximadamente como sus relaciones y como un movimiento. (Fernández, 2004, p. 23)

La emoción es un lenguaje que construye determinadas realidades (Gil, 2002) y los nombres que asignamos a los distintos sentimientos, no son los sentimientos en sí mismos, sino sus límites, los nombres demarcan donde terminan los sentimientos (Fernández, 2004). A su vez, una misma sensación puede ser interpretada como distintos sentimientos; lo que para algunos puede ser amor, para otros es posesividad (Fernández, 2004).

Desde la “afectividad colectiva”, las emociones deben considerarse situándose desde las relaciones que las configuran y desde las cuales emergen (Martínez, 2010). Dado que es desde variables históricas, sociales y culturales que surgen los sentimientos, es insuficiente describir sus estructuras biológicas, mecanismos adaptativos, procesos internos involucrados o realizar taxonomías. Es necesario entenderlos en el marco de lo social, como una relación de interioridad y no solo de exterioridad (Martínez, 2010).

Cabe destacar, que al decir que las emociones son construidas socialmente se está diciendo que son un proceso en devenir, que se especifican, deciden y negocian en cada situación, que requieren de interacciones y de otros para existir, y que son -como procesos sociales- susceptibles de transformación y cambio (Gil, 2002).

Desde la propuesta de la afectividad colectiva, se entiende la realidad de la afectividad como una “forma” social (Morales, 2011). Las formas son la representación de los contenidos, las acciones llevadas a cabo y es el modo en que los sujetos impulsan a la sociedad que tienen dentro (Morales, 2011). Las formas sociales, son las diferentes construcciones que la sociedad puede desarrollar; que pueden ser tanto objetos sólidos como psíquicos (Morales, 2011). Para Fernández (1999), la afectividad no es algo distinto a la ciudad, la sociedad o la cultura, es coextensiva a éstas. La afectividad es la forma en la que la sociedad se expresa en sus variadas cualidades. La afectividad colectiva busca “estudiar la sociedad desde la perspectiva de los sentimientos y los sentimientos desde el

punto de vista social” (Fernández, 2000, p. 11, citado en Morales, 2011). La afectividad es la forma sensible de la sociedad y los afectos de ésta. La afectividad es también la sociedad y está presente en todos los modos de relacionarnos, desde la ropa que nos ponemos hasta la política (Morales, 2011). Desde esta perspectiva, el estudio de la afectividad permite comprender la forma afectiva de una sociedad, que se manifiesta, por ejemplo, en cómo nos expresamos, en la ciencia, en los modos en que la gente actúa y cómo se construye el diario acontecer (Morales, 2011). Para Fernández (1994b) el estudio de las emociones no se puede basar en la desarticulación de éstas, ya que al hacerlo pierden su forma, y por el contrario cuando los objetos son comprendidos desde su forma, adquieren una lógica estética. Es por esto que para este autor, la estética nos ayuda a comprender las formas de los afectos (Fernández, 1994b). Los sentimientos son formas con matices, ritmos y valores y por lo tanto para comprender los afectos es necesario conocer la forma de estos, y cómo son expresados en el lenguaje cotidiano en términos de sus formas (por ejemplo se habla de emociones cálidas o frías; suaves o duras; altas o bajas; vacías o llenas; leves o graves; claras, u oscuras) (Fernández, 1994b).

En cuanto a la función cultural de la afectividad, ésta se puede clasificar en tres tipos: conservadora, destructiva y creadora (Fernández, 1994a).

La afectividad conservadora es asociada a lo que Fernández (1994a) llama “sentimientos de colores”² que cumplen la función de resguardar y conservar el círculo cultural³, favoreciendo la cohesión, corrigiendo anomalías y evitando disgregaciones. En este grupo habrían: afectos que alentarían y premiarían la unión de sociedades conyugales, familiares o amistosas (ej. la simpatía); afectos que promoverían la unidad en círculos sociales mayores (ej. la tolerancia); afectos que detectarían, denunciarían y compondrían los desarreglos relacionales (ej. el perdón); y afectos que alertarían contra el riesgo de

2 El autor plantea que los sentimientos tienen una apreciación física y espiritual y dada la ausencia de lenguaje de esta última dimensión, es que se utilizan metafóricamente elementos de la dimensión física para describirla. Es por esto que se puede decir por ejemplo, que hay sentimientos luminosos, oscuros, cálidos, duros o suaves (Calderón, Rodríguez y Soto, 2009). A la vez el autor plantea que desde la estética es posible acercarse a la comprensión de los afectos (Fernández, 2004).

3 Este autor plantea un modelo donde se representa la cultura con una forma esférica, cuyo límite interior se encuentra en el centro representando el inicio y creación de la cultura, y que se expande hasta sus límites exteriores, que son donde acaba esa cultura y se diferencia de otras formas (Fernández, 1994; 1999).

resquebrajadura de una sociedad (ej. los celos) (Fernández, 1994a). Si bien estos sentimientos dan estabilidad a la sociedad, es necesario considerar que están en constante movimiento (Fernández, 1994a).

La afectividad destructiva, estaría compuesta por los llamados “sentimientos negros”, como el miedo, la angustia, la melancolía o la depresión. Estos sentimientos direccionarían sus energías hacia fuera de los límites de la sociedad y podrían provocarle una eventual ruptura y disolución (Fernández, 1994a). Estos afectos surgirían cuando los límites que enmarcaban una cultura se difuminan o derrumban (Fernández, 1994a).

El poder, también puede analizarse desde la afectividad, en la medida que los efectos de los afectos son un poder que actúa sobre los sujetos. Cromáticamente hablando el poder sería la sombra de la cultura, ya que cuando los sentimientos se tiñen del poder, se tienden a romper los lazos que se mantenían desde los afectos. Si bien el poder puede ser inevitable e incluso necesario para la tensión equilibrada de la sociedad, un poder desatado puede terminar rompiéndola y es en este sentido, que se podría considerar como parte de la afectividad destructiva (Fernández, 1994a).

La afectividad creadora, compuesta por los denominados “sentimientos blancos”, sería aquella dirigida hacia los límites internos de la cultura (Fernández, 1994a). Estos sentimientos que apuntan hacia el centro, están orientados a la creación, descubrimiento, conocimiento e invención (Fernández, 1994a). La afectividad creadora permite la creación o descubrimiento de nuevas organizaciones de relaciones (Fernández, 1994a).

Tal como ya se ha señalado anteriormente, es importante reconocer el elemento político que tiene la afectividad en la vida social y romper el proceso de despolitización que ha sufrido (Calderón, et al.2009). Para recuperar su carácter político, es necesario verla como un producto cultural, retirándola de los cuerpos individuales, reconociendo su carácter situado, construido y social (Calderón, et al., 2009).

Los estudios a realizarse desde la propuesta de la afectividad colectiva, deben reconstruir los afectos en función de los escenarios sociales en donde se construyen, permitiendo comprender las emociones desde el rol que cumplen en contextos particulares y no solo como entidades intrapsíquicas únicamente individuales (Martínez, 2010).

Tomando en consideración esto último es que a continuación desarrollo el siguiente apartado referente al rol que cumplen los afectos en el orden social.

El rol de la afectividad en el orden social. Las emociones son una construcción social que puede funcionar tanto como dispositivo de control ⁴, como motor de transformación social (Gil, 2002). Las emociones, dado su carácter normativo social, son un instrumento de control más poderoso que la ideología y la moral (Calderón et al., 2009). La afectividad sirve para mantener o cambiar una determinada relación social y alrededor de ella, se despliega actividad destinada a orientarla hacia lo más conveniente (Gil, 2002). Las emociones también son acciones, en cuanto pueden generar efectos inmediatos y por medio de prácticas afectivas se pueden establecer relaciones de poder y generar cambio social (Gil, 2002). Los afectos son algo que se mueve y a la vez hace mover las cosas, he ahí su poder transformador (Alfama et al. 2005).

Diversos autores (como Armon-Jones, Lutz, Abu Lughod y Bailey), han estudiado las funciones culturales y políticas de las expresiones emocionales enfatizando su importancia pragmática para conceder afirmaciones morales, alinear relaciones, distribuir poder y establecer identidades (Gergen, 1996). Por su parte, Edwards (1999) ha identificado a partir de análisis empíricos, ciertos contrastes retóricos en los discursos emocionales que tienen una variedad de efectos respecto de lo que se puede hacer a través de estos discursos. Su interrelación y la flexibilidad, son características importantes de cómo funcionan. Los contrastes identificados por este autor en los discursos emocionales son los siguientes: 1) emoción v/s cognición; 2) emociones racionales v/s irracionales, (las primeras serían comprensibles racionalmente, mientras que las segundas no); 3) las emociones que surgen sobre una base cognitiva v/s emociones que generan consecuencias cognitivas; 4) emociones reactivas a estímulos gatillantes v/s emociones disposicionales en los sujetos; 5) emociones como una disposición estable v/s como estados temporales y pasajeros; 6) comportamientos emocionales como acciones controlables v/s reacciones

⁴ Entendidos como procesos ligados al mantenimiento del orden social vigente (Gil, 2008).

pasivas sin control de sujeto; 7) emociones como reacciones espontáneas que surgen internamente v/s provocadas externamente; 8) emociones naturales (inconscientes y automáticas) v/s morales o socialmente juzgadas; 9) emociones como estados internos y privados v/s comportamientos externos y expresiones públicas; 10) emociones espontáneas y honestas v/s falsas y de despliegue artificial (Edwards, 1999). Estas oposiciones y contrastes, se utilizan para construir discursivamente la naturaleza y causas de los acontecimientos, y por tanto para gestionar la rendición de responsabilidades (Edwards, 1999, p. 283). Los modos en que comprendemos los afectos, su surgimiento, sus consecuencias y las relaciones que ocurren alrededor de ellos, tienen efectos tanto en el orden social y cultural, como en la construcción de identidad.

Los discursos sobre las emociones afectan en distintos ámbitos la construcción del self, como por ejemplo sobre el género, la percepción del propio cuerpo, y la memoria (Calderón et al., 2009). La descripción de experiencias emocionales, son recursos para manejar y construir la identidad y para construir normas y relaciones sociales, y a su vez estas normas influyen en los modos en que las personas manejan y construyen sus emociones (Coupland, Brown, Daniels y Humphreys, 2008). Las situaciones sociales y los roles sociales determinan tanto cómo debemos comportarnos, como las emociones apropiadas que debemos manifestar (Guedes y Estramiana, 2010). El discurso emocional logra su significado, no desde su relación con el mundo interior, sino por el modo en que aparece en las pautas de la relación cultural (Gergen, 1996). “Las emociones no tienen influencia en la vida social: constituyen la vida social misma” (Gergen, 1996, p. 273).

Las emociones juegan un importante rol en la construcción, mantenimiento y transformación del orden social. “La interacción y la organización social son posibles porque están íntimamente relacionadas con la movilización y expresión de las emociones” (Turner y Stets, 2004, citados en Guedes y Estramiana, 2010, p. 37). La afectividad surge de las interacciones simbólicas participando en nuestras formas de entender, construir la realidad y significar nuestras acciones cotidianas (Guedes y Estramiana, 2010). Las emociones son procesos y productos sociales, cada cultura determina los contextos y roles en los que debemos expresar ciertas emociones y las reglas con que debemos manejarlas (Guedes y Estramiana, 2010). Por ejemplo, basado en la idea tradicional de la animalidad

que subyace a las emociones, el discurso oficial propone que éstas deben controlarse para posibilitar la vida social. Sobre esto, está implícita la idea de que la emoción es intocable en esencia y que por lo tanto, lo único que se puede hacer es gestionarla (Calderón et al., 2009). El discurso de control de las emociones, vigoriza la idea de que es necesario tomar acciones de dominio externo para quienes no podrían regularse emocionalmente por sí mismos; y así los dispositivos de poder usados contra mujeres, niños, pobres, ancianos, delincuentes y enfermos mentales, se justifican en la supuesta falta de autocontrol emocional de estas personas (Calderón et al., 2009). Sin embargo, pese a que se dice que las emociones deben ser gestionadas, al mismo tiempo se mantiene un discurso sobre su lado salvaje e indomesticable (Calderón et al., 2009). Esta dualidad facilita el control social que ejercen los afectos, ya que cuando es requerido, se permite e insta al despliegue afectivo en todo su esplendor (por ejemplo en el cine, la industria del consumo y la guerra) y cuando no es conveniente, se dice que las emociones deben ser controladas para la tranquilidad de la sociedad (Calderón et al.2009).

Para Ahmed (2004), las emociones tienen un rol crucial en la sociedad y sirven para alinear a ciertos grupos y unirlos en contra de otros. Es por ejemplo, lo que ocurre en los discursos nacionalistas donde el amor a la nación y a la pureza de la raza, funciona como un sentimiento que une a una comunidad y a la vez genera odio contra “los otros”, los distintos, que son configurados como una amenaza. Desde la perspectiva de esta autora, debemos comprender los afectos, no en términos individuales sino cómo funcionan para mediar entre lo intrapsíquico y lo social. Ahmed (2004) plantea un modelo económico en donde de las emociones trabajan para unir sujetos. Esta autora desafía la idea de que las emociones son algo que se tiene o que otro “te hace sentir”, a ella le interesa cómo involucran a sujetos y objetos, pero sin residir dentro de ellos. Ahmed (2004), usa el término “economía afectiva” para sugerir que las emociones circulan a través de un campo tanto psíquico como social y que no residen en un objeto o signo, pero afectan la circulación entre objetos y signos que van acumulando valor afectivo (Ahmed, 2004). “Los afectos se convierten en actos generadores de valor mediante mecanismos que, atravesando nuestras vidas, hacen converger cada vez más los ámbitos de la producción y la reproducción hacia la generación de capital” (Alfama et al. 2005, p.6). Cabe destacar que

gran parte de la producción mundial se relaciona actualmente con la fabricación de experiencias y afectos, más que de bienes (Alfama et al. 2005).

Tal como podemos observar, diversos teóricos plantean la relación entre las emociones y el orden social, en tanto tienen la posibilidad de cambiar y moldearse tanto para mantenerlo como para transformarlo.

Conceptualizaciones y modos de abordaje en los estudios del amor romántico

Una vez aclarado que en este trabajo entenderé el amor romántico desde la mirada de la afectividad colectiva; es decir, como una emoción que es construida socialmente, configurada desde lo colectivo, que surge desde variables históricas, sociales y culturales particulares, y que tiene funciones sociales y efectos políticos; me parece necesario realizar un recorrido respecto de cómo ha sido conceptualizado y teorizado el amor romántico en el ámbito académico de la psicología.

A lo largo de la historia una variedad de disciplinas han intentado definir, conocer la naturaleza, origen y características del amor (Regan, 2008). Las formas de comprenderlo y definirlo son múltiples, lo cual da cuenta de la complejidad de este fenómeno y de la imposibilidad de una definición única, que lo considere desde sus distintas aristas y en la cual no estén implicados elementos históricos y culturales.

Desde la filosofía, relevantes autores como Platón, Hobbes, Kant o Nietzsche se han referido a él desde distintos modos de comprensión. Para Platón, el amor es la unión del deseo de dar lo mejor de uno mismo con y la necesidad de recibir lo mejor del otro (Calatayud, 2009). Hobbes define el amor como el producto del miedo a no ser reconocido, a permanecer solo y a resultar diferente. Kant considera que una persona ama a otra cuando sus fines se vuelven importantes para éste y Nietzsche señala que el amor es una trampa que perpetúa la especie (Calatayud, 2009). Por su parte, Erick Fromm (1998/1956) considera que el amor sería aquello que permitiría resolver el conflicto de la “separatidad”⁵ del ser humano, permitiendo la unión entre las personas. Para este autor, el amor sería un arte que requiere ser aprendido y cuyos elementos principales son el cuidado, el respeto, la responsabilidad y el conocimiento.

En psicología, los estudios iniciales sobre el amor romántico surgen en la primera década del siglo XX y desde esa época se han realizado diversos trabajos teóricos y empíricos que buscan comprender esta emoción y las ventajas y perjuicios que las relaciones amorosas tienen para los individuos (Martins-Silva, Trindade, y Junior, 2013). Los primeros estudios en psicología, provienen desde el ámbito clínico, donde relevantes

⁵ Entendida como la conciencia del estado de separación respecto del resto de la humanidad (Fromm, 1998/1956)

autores como Freud, Reik y Maslow realizaron aportes significativos (Martins- Silva, et al., 2013). Para Freud, el narcisismo es importante en la configuración de las relaciones amorosas y el objeto de amor es elegido, según lo que el individuo carece en sí mismo; para Reik el amor es comprendido como un deseo apasionado hacia otra personalidad; mientras que para Maslow existen dos clases de amor: uno donde se busca en el otro remediar las propias carencias (D-love) y otro, que ocurriría en sujetos autorealizados que pueden amar auténticamente (B-love) (Martins- Silva, et al., 2013).

Desde la psicología, el amor romántico ha sido estudiado principalmente desde perspectivas biológicas, cognitivas y sociales (Martínez, 2004) y ha sido comprendido también como una actitud, una emoción, una conducta o una disposición motivacional (Ferrer, Bosch, Navarro, Ramis y García, 2008; Sangrador 1993; Valdivia, 2014). A la vez, han existido múltiples intentos por clasificar el amor romántico como un modo de comprenderlo y distinguirlo de otras experiencias amorosas como el cariño, el amor maternal o la amistad. Numerosos estudios han intentado describir y enumerar las características del amor, pero en general son descripciones vagas y difusas, lo que da cuenta de las dificultades y limitaciones del lenguaje y la abstracción para caracterizar la complejidad de este fenómeno (Tapia y Molina, 2015)

Desde los enfoques que clasifican el amor actualmente, los más conocidos son los de Sternberg y Lee, quienes crean tipologías de acuerdo a las características que predominan en las experiencias amorosas (Regan, 2008). Sternberg (1988), quien plantea una teoría triangular del amor, señala que éste se basaría en tres ejes: intimidad, pasión y compromiso, los cuales formarían los vértices de un triángulo que según la forma y tamaño que adquiere, daría cabida a distintas formas de relaciones de pareja y amor. Lee (1973) por su parte diferenció tres estilos amorosos básicos a los que llama “primary colours”. Eros, el amor pasional o romántico intenso y cargado de atracción física y sexual; Ludus, el amor lúdico con poca implicación emocional, enfocado en la diversión y sin expectativas futuras; y Storge, el amor amistoso basado en la intimidad, la amistad, el cariño, el compromiso y en donde la sexualidad y el erotismo no son intensos. A su vez la combinación de estos tipos daría lugar a tres estilos secundarios o “secondary colours”, los que corresponden a: Manía, que representa a un amor obsesivo formado por Eros y Ludus,

determinado por los celos intensos, la intimidad, la desconfianza y la posesividad; Pragma, establecido por Ludus y Storge, que se caracteriza por ser un amor pragmático basado en la búsqueda de la pareja compatible ideal, y Ágape, que corresponde a un amor altruista constituido por Eros y Storge, basado en la entrega total y desinteresada por la pareja. Desde la perspectiva de ambos autores se han desarrollado escalas para medir y categorizar estos estilos amorosos, siendo la más reconocidas la Love Attitudes Scale (LAS) desarrollada por Hendrick y Hendrick y basada en los supuestos de Lee y la Escala Triangular del Amor (ETAS) de Sternberg; (Martins- Silva, et al., 2013).

Cabe mencionar, que Sternberg ha ido modificando su modo de comprender el amor romántico y actualmente agrega que el amor se presenta en una narrativa autobiográfica con estructura de relato, en donde las experiencias de socialización amorosas buscan ser actuadas en las historias de amor de la propia vida (Valdivia, 2014).

Desde las perspectivas biológicas, se puede entender el amor desde la teoría de las emociones y las reacciones fisiológicas y cognitivas que lo acompañan; desde la teoría del apego y la necesidad de cuidado y supervivencia; desde perspectivas evolutivas Darwinianas vinculadas a la sobrevivencia y mantención de la especie; o desde las perspectivas neuroquímicas que explican los “síntomas del amor” (Martínez, 2004). Si bien es verdad que ocurren cambios fisiológicos al enamorarse, explicar el amor a partir de estos es darle un carácter mecánico, determinista, natural y universal que lo limita como fenómeno y le otorga un carácter individual, involuntario y privado, obviando los elementos sociales y culturales que participan en su desarrollo y manifestación (Martínez, 2004). Sin embargo me parece que vale la pena destacar que pese a que el amor no se reduce a la corporalidad, no es posible olvidar que es un fenómeno encarnado en tanto el cuerpo y la mente forman una unidad interconectada (Tapia y Molina, 2015). Las emociones son (en parte) experiencias corporales, pero no pueden separarse de los contextos socioculturales en que se encuentran (Belli, Harré, Iñiguez, 2009). Las emociones para ser externas, no son solo un enunciado sino una performance corporal completa (Belli, 2009).

Desde los estudios realizados desde perspectivas cognitivistas, el amor es explicado como una decisión que se toma, donde la principales variaciones teóricas se vinculan con

qué tan consciente es o no esta decisión. Desde estas miradas, el amor romántico es explicado como una acción en donde participan esquemas en interacción, influidos por experiencias previas, como un compromiso de aceptación asumido y de categoría natural y biológica (Martínez, 2004). A estas perspectivas se les puede criticar que promueven una distinción artificial entre emoción y pensamientos, manteniendo así una lógica mecanicista, positivista y dicotómica (Martínez, 2004).

Al igual que lo que ocurre con el estudio genérico de las emociones, podemos observar que en el caso del amor romántico, se replica una forma de abordaje centrada en una mirada individual, donde todo lo relativo al enamoramiento ocurre dentro del sujeto. Si bien es necesario reconocer la presencia de estos elementos, reducir el amor a la individualidad, es quitarle su carácter político y transformador. Por esto, este trabajo enfatiza sobre los elementos culturales y sociales que participan de la construcción del amor romántico.

En relación a las corrientes que relevan el medio social, se considera el amor romántico como un fenómeno ideológico, social y cultural que refleja ciertas reglas sociales, instituciones económico-políticas y consideraciones religiosas entre otras (Martínez, 2004). Desde este mismo enfoque social de análisis, Tania Rodríguez (2012), basada en la propuesta inicial de Felmler y Sprecher, propone cuatro visiones teóricas para acercarse a los estudios relativos al amor: socioestructural, cultural, socio-histórico, y de crítica social.

El estudio de las estructuras sociales y el amor, parte del supuesto de que el amor influye sobre la estructura social y dado esto, las sociedades tienen distintas formas de controlar el amor y la sexualidad. Por ejemplo, a través de la existencia de normas para la elección de pareja que están orientadas a mantener la estratificación social (Rodríguez, 2012). Quienes estudian el amor desde esta perspectiva, consideran que el amor tiene efectos tanto macro como microsociales y que las relaciones amorosas las determinan las estructuras, más que las normas culturales (Rodríguez, 2012).

El estudio del amor como una construcción cultural releva la importancia de comprender la determinación cultural y lingüística del amor. Dentro de este grupo de estudios se encuentran, por ejemplo, los estudios de las metáforas del amor, los estudios sobre la

cultura del amor, sus esquemas de creencias y los estudios sobre los relatos e historias amorosas (Rodríguez, 2012)

Dentro del enfoque de estudio de las transformaciones socio-históricas del amor, se destacan los estudios centrados en conocer de qué manera los cambios socio-históricos permiten explicar las concepciones de amor. Dentro de este enfoque estaría por ejemplo, el estudio de Antoni Giddens, quien estudia los impactos de la modernidad tardía en el amor y la identidad, por medio de lo que él conceptualiza como “relaciones puras” (Rodríguez, 2012). Giddens (1995) al hablar del amor de pareja distingue el “amor romántico”⁶ de lo que designa como “amor confluyente.” El primero estaría basado en un modelo tradicional donde las relaciones de género son desiguales y el segundo sería un nuevo tipo de amor, que a diferencia del tradicional “amor romántico,” no es eterno, presupone igualdad entre géneros, un dar y recibir emocional que ambos disfrutan y donde está incluido el erotismo. Giddens (1995), señala que el “amor confluyente” sería el predominante en la sociedad actual, dando paso a lo que él denomina “relaciones puras”. La propuesta de Giddens es bastante criticada, en especial por autoras feministas que la consideran más bien un ideal que una realidad (Esteban et al, 2005; Castrillo, 2013).

Por último el enfoque crítico, se centra en la realización de cuestionamientos sociales a la cultura del amor. Por ejemplo, en las desigualdades de género presentes en la actual concepción del amor, la normalización de la heterosexualidad y la mercantilización del amor (Rodríguez, 2012).

Cabe destacar que en este trabajo comprenderé el amor como un fenómeno multidimensional, en el cual participan distintos niveles de la realidad social, asumiendo que en el amor se incorporan aspectos afectivos, corporales, discursivos, ideológicos, socioculturales y económicos (García y Montenegro, 2014; Schäfer, 2008). En este sentido me adheriré a la definición que realizan García y Montenegro (2014, p. 67) al respecto:

Nos referimos al amor romántico como un fenómeno situado social e históricamente, una ideología cultural que se concreta en experiencias semiótico-

⁶ Vale la pena volver a aclarar que en este trabajo al aludir a “amor romántico”, no lo hago en términos de las conceptualizaciones propuestas por Giddens.

materiales encarnadas. Es decir, que relaciona aspectos simbólicos (discursos, narrativas, imágenes), materiales y afectivos que siempre pasan por el cuerpo.

Capítulo 3

Amor romántico, pareja y matrimonio como productos históricos y culturales

El amor romántico a lo largo de la historia en Occidente.

En cada período histórico se ha desarrollado una particular forma de entender el amor, el sexo, la pareja y el matrimonio, y la relación entre estos elementos ha cambiado en el tiempo (Barrón, Martínez-Íñigo, De Paul y Yela, 1999; Riviere 2012). Actualmente son tratados como fenómenos enlazados, sin embargo esto no siempre ha sido así. Hoy existe un consenso general de que para que una pareja sea feliz debe amarse profundamente, haberse elegido sin ninguna presión externa, colocarse en lo más alto de sus prioridades y poner la relación por sobre cualquier otro vínculo (Coontz, 2005). Además se cree que no deben permitir que la familia y otros parientes políticos interfieran en la relación, que deben ser buenos amigos, compartir sus intimidades, expresarse abiertamente su afecto, hablar de sus problemas y guardarse fidelidad sexual (Coontz, 2005). Sin embargo este conjunto de expectativas es históricamente excepcional (Coontz, 2005).

Como institución, al menos en Occidente, el matrimonio es anterior al matrimonio por amor y a las exigencias de la pasión sexual (Arnold, s.f). En las civilizaciones arcaicas existía un preponderante poder de lo femenino ligado a la fertilidad y la vida de los sujetos no era en pareja si no en uniones grupales en donde el enlace no era poligámico sino en grupos de varios jóvenes (Beneyto, 1993). En la medida que los varones van adquiriendo mayor poder se van formando nuevas formas de relación en las cuales se van sustentando la monogamia y la familia patriarcal, jerarquizadora y politizada (Beneyto, 1993). Las uniones monogámicas no solo dan paso a la posterior institución del matrimonio, sino que también cumplían un rol pacificador y de alianza entre grupos por medio de la exogamia (Beneyto, 1993). Existen distintas explicaciones relativas al establecimiento de la monogamia: desde la línea marxista ésta se vincularía con el surgimiento de la propiedad privada; mientras que otros autores plantean que es consecuencia de la elección que realiza el varón de entre las mujeres que tenía (Beneyto, 1993).

En la antigua Grecia las relaciones afectivas, hetero y homosexuales, estaban relacionadas con la esfera sexual y separadas del matrimonio, en donde solo la mujer debía

ser fiel y el sexo tenía como finalidad la reproducción (Barrón et al, 1999). Platón describe el amor como una tendencia a complementarse; el ser humano estaría incompleto y con el otro vendría a lograrse su completitud (Espina, 1996). Platón llamaba “Ágape” a una forma de amor desinteresado, centrado en la bondad y espiritualidad más que en lo físico o sexual, y es por esto que se habla del “amor platónico”, donde queda excluida la sexualidad (Espina, 1996).

Si bien en el Imperio Romano el placer erótico, también estaba desligado del matrimonio (Barrón et al, 1999), fue Roma quien inició los ritos nupciales que podían ser de carácter religioso, civil o naturales (relaciones maritales aceptadas como hábito) (Beneyto, 1993).

Con la llegada del cristianismo se releva una forma de amor donde lo sexual está vetado, acentuándose aspectos del Ágape, lo que facilita que las personas se entreguen a comunidades espirituales (Espina, 1996). En términos generales se puede decir que hasta la Edad Media no existió una legislación relativa al matrimonio, pero en la antigüedad los filósofos estoicos comenzaron a crear el fundamento moral matrimonial, tomado después por los cristianos para elaborar el derecho eclesiástico o canónico (Hipp, 2006).

En la medida que se va sacralizando el matrimonio, va ocurriendo una progresiva des-sexualización del amor (Beneyto, 1993). En la alta Edad Media, amor, matrimonio y erotismo eran entidades independientes que se satisfacían separadamente (Barrón et al., 1999). Entre los aristócratas europeos de los siglos XII y XIII el adulterio llegó a idealizarse como la forma más elevada de amor y era común en todas las clases sociales la distinción entre amor y matrimonio (Coontz, 2005).

En el siglo XIII, la bendición que anteriormente daban los padres a la pareja, queda en manos de los sacerdotes que son quienes recogen y sustituyen el poder del patriarca (Beneyto, 1993). En la medida en que aumenta el poder de la iglesia cristiana, las leyes civiles van incorporando las ordenes eclesiásticas (Beneyto, 1993). A fines de la Edad Media, en el Concilio de Trento, se fija la normatividad matrimonial reconociendo la importancia del matrimonio cristiano, fijando ritos, regulaciones y otorgándole un carácter sacramental e indisoluble (Hipp, 2006; Beneyto, 1993). Es a partir de este Concilio que se

comienza a llevar a cabo un registro de matrimonios, antecedente del que luego crearían las leyes civiles (Beneyto, 1993).

En el pasado, el intercambio material era una característica del matrimonio (Beneyto, 1993). Existían distintas formas como las *arras sponsalicia* (que era una garantía material del acuerdo de matrimonio), el *ajuar* de la novia para preparar las nupcias, o la *dote* (el patrimonio que la novia debía dar al futuro esposo) (Beneyto, 1993). Desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII, el matrimonio de conveniencia coexiste con el amor romántico extramarital (que no era de carácter sexual y cuyo origen era el amor cortés medieval) (Barrón et al., 1999). Es en el siglo XVIII que se comienza a vincular el amor a la relación conyugal, cuyo sustento hasta entonces era económico y social (Corona y Rodríguez, 2000). En esta época, los afectos y lo espiritual predominan por sobre lo sexual y el amor romántico está desligado de la pasión/sexualidad, que queda como una forma de amor fuera del matrimonio (Corona y Rodríguez, 2000).

En el siglo XIX se masifica el matrimonio que hasta esa época era común solo en las clases poderosas, que requerían legalizar contractualmente su patrimonio (Herrera, 2013). En la medida que el matrimonio deja de ser por conveniencia aumenta la relevancia del amor romántico y la aspiración de intimidad en las relaciones (Herrera, 2010). La centralidad social del amor romántico aparece en el siglo XIX con la revolución industrial y el auge del capitalismo; durante este periodo el amor pasa a ser un valor cultural y el ideal para las bases del matrimonio (Martínez, 2004). En este siglo, el amor se asoció a la reproducción, se fijó en el espacio concreto del hogar, se ritualizó por medio de las bodas, se perpetuaron las normas morales cristianas y se consolidaron las estructuras sociales que presentaban el matrimonio y la familia patriarcales como instituciones “naturales” (Herrera, 2013). En esta época, comienza una corriente que se consolida en el siglo XX, que vincula por primera vez el amor, el matrimonio y la sexualidad; a partir de la cual el amor romántico pasa a ser normativo, hasta considerarse la razón fundamental para mantener relaciones matrimoniales, y estar enamorado/a pasa a ser la razón para formar y establecerse en pareja (Ferrer, Bosch y Navarro, 2010; Barrón et al. 1999).

Con la aparición del amor romántico se construye la figura del hogar que requiere de cuidados y surge la representación de la madre, como quien debe proporcionarlos

(Corona y Rodríguez, 2000). El amor romántico queda asentado en la figura del matrimonio con división sexual del trabajo y requerimientos de perdurabilidad (Corona y Rodríguez, 2000).

Cabe destacar, que la familia, centrada en la pareja conyugal, pasa a ser un espacio cargado de emocionalidad en la medida que los lazos comunitarios se debilitan (Esteban, Medina y Távora, 2005). El amor como componente de la intimidad, habría acompañado los procesos de secularización y pérdida de trascendencia, otorgándose a través de él, el sentido y cohesión social que se habían perdido (Esteban et al, 2005).

Posteriormente con el desarrollo de la clase media y la globalización de los medios de comunicación de masas, el romanticismo se ha extendido mundialmente, principalmente a través del cine (Herrera, 2010). El amor romántico pasa a ser presentado como el estado civil/amoroso ideal cuyo fin “lógico” es la formación de una familia nuclear (Herrera, 2013). Cabe destacar que en la medida que el amor se constituye en una razón para casarse y surge la expectativa de que sea un vínculo satisfactorio, también se abre la posibilidad de socavar su estabilidad como institución, pasando a convertirse en el lazo más optativo y frágil (Coontz, 2005). Tan pronto como se impuso el ideal del matrimonio por amor y de intimidad para toda la vida, las personas comenzaron a exigir su derecho a divorciarse (Coontz, 2005). Si bien separarse o romper la unión es algo común en la humanidad, el divorcio es un fenómeno con una historia legal reciente que, al igual que el matrimonio, surge como una forma de distribuir legalmente el patrimonio (Herrera, 2013). En este sentido, el divorcio suele ocurrir con más frecuencia en parejas que poseen más bienes económicos que en aquellas que no los poseen, debido a la imposibilidad de muchas parejas de subsistir materialmente si no están juntas (Herrera, 2013).

Cabe destacar que para Giddens (1995), el amor romántico ha evolucionado en el último siglo hacia el denominado “amor confluyente”, siendo éste último el que operaría actualmente en Occidente. Este amor se sostendría en las que Guiddens llama “relaciones puras”, basadas en un mutuo acuerdo de duración según la satisfacción de sus miembros (Corona y Rodríguez, 2000). Sus planteamientos en torno a una relación igualitaria, como ya he señalado anteriormente, han sido criticados por quienes lo consideran una

racionalización optimista que no considera los efectos de género y que es más bien normativa que real (Esteban et al, 2005; Castrillo, 2013).

De acuerdo a Herrera (2009), el actual modelo de amor romántico, se encuentra basado en la hegemonía patriarcal cristiana, donde la heterosexualidad y la monogamia son consideradas como lo normal. A su vez, actualmente se plantea que los esposos deben poner al otro en primer lugar, pero cabe destacar que en muchas sociedades no occidentales, el matrimonio no ocupa el nivel más alto en la jerarquía de relaciones significativas, pues las lealtades y conexiones más profundas son hacia la familia de origen (Coontz, 2005).

Como se puede identificar de acuerdo a lo ya señalado, la unión entre amor romántico, pareja, matrimonio y sexualidad no es atemporal y ha estado influida históricamente en Occidente por elementos religiosos y productivos.

Participación de la postmodernidad en las experiencias e ideales amorosos

El desencanto con las principales ideas influyentes de los tres siglos pasados, el abandono de las grandes utopías movilizadoras y la decepción con la idea moderna de progreso, el libre mercado y el capitalismo neoliberal, son elementos que caracterizan la postmodernidad y han cambiado las formas de vida y vivencias de los sujetos (Luco, 2013). En relación al amor, en la postmodernidad las expectativas y exigencias románticas son inmensas y excesivas; nunca se esperó tanto de la pareja y nunca provocó al mismo tiempo tantas frustraciones (Luco, 2013). De acuerdo a Herrera (2009), la mitología romántica ha adquirido en el siglo XXI el estatus de “utopía colectiva de carácter emocional”, presentando al amor como fuente absoluta de felicidad y de emociones que amortiguan la soledad. De este modo, son muchas las personas que buscan estar en una relación de pareja estable, que les asegure sentirse acompañadas y ser felices.

Sin embargo, si bien debido al debilitamiento social hoy se le exige a los vínculos amorosos lo que las otras relaciones no nos pueden proporcionar, al mismo tiempo también se releva -más que en cualquier otra época- la individuación, siendo las biografías personales muy importantes, para hombres y mujeres (Castrillo, s.f). En Chile por ejemplo, esto se puede evidenciar en el cambio en la edad media del matrimonio que en el año 2002 era a los 27 años para los hombres y 24 años para las mujeres, y que en el año 2011 pasó a

ser a los 31 y 30 años respectivamente (Instituto Nacional de Estadísticas [INE], 2011). Este dato nos puede hacer pensar que se ha postergado el proyecto de pareja y familiar, a favor de las aspiraciones individuales.

En la actualidad, coexisten dos importantes anhelos en los sujetos: el deseo de una relación sustentada en el amor romántico y el deseo de desarrollar sus proyectos personales. Tal como se ha señalado, esta primera aspiración se sustenta en un modelo cristiano y patriarcal; mientras que la segunda se sostiene en ideales característicos de la posmodernidad. Dentro de estos últimos destacan el derecho a la autonomía, al deseo y a la felicidad; la defensa de la individualidad; el rescate de la diversidad y pluralidad; la defensa de la democracia, la crítica a la aspiración de objetividad y certeza, y el realce del relativismo moral (Sánchez, 2006).

Es necesario sin embargo, tener en consideración que la posmodernidad no ha sustituido del todo a la modernidad, ni se encuentra opuesta a ésta de manera dicotómica (Sánchez, 2006). Así es como conviven muchas veces discursos que apelan a la recuperación de valores “tradicionales”, con aspiraciones de corte más individualista (Sánchez, 2006). De este modo, los sujetos postmodernos se mueven entre varios sentimientos encontrados, el deseo de ser libres e independientes, con el consecuente temor al compromiso, y las necesidades de compañía y miedo a la soledad (Luco, 2013).

De esta manera si bien, el actual modelo dominante de amor romántico es más bien de corte moderno, se ha visto influido por tendencias postmodernas. La posmodernidad ha participado en los cambios referentes a la velocidad y ritmo en que ocurren los enlaces de pareja, los tiempos en que estos perduran, las formas espaciales y geográficas en que se desarrollan y en las maneras y escenarios en que se generan los vínculos amorosos (Sánchez, 2006).

Evidencia de lo anterior es un estudio sobre las representaciones sociales de amor en jóvenes urbanos mexicanos (Rodríguez y Pérez, 2007), que muestra como coexiste el modelo hegemónico tradicional de amor, con modelos alternativos de corte postmoderno. Los resultados de este estudio dan cuenta de que, en torno al amor entran en competencia representaciones que lo asocian con la entrega y el sufrimiento, junto con representaciones que lo comprenden como negociación, reciprocidad y respeto. Este estudio revela cómo

conviven modelos que sitúan la experiencia amorosa desde la lógica del deseo, la posesión, y el sacrificio; con representaciones alternativas que conciben el amor como respeto o como un negocio e intercambio (Rodríguez y Pérez, 2007).

La evidencia empírica da cuenta que actualmente existen tensiones y ambivalencias vinculadas a la coexistencia de un modelo amoroso de corte patriarcal cristiano, con valores postmodernos. Distintas investigaciones (Esteban y Távora, 2008; Fundación Mujeres, 2011; Tenorio, 2012; García et al., 2012; Pérez, Estrada y Pacheco, 2007; De la Peza, 1998; Rutland, 2013; Ferrer, Bosh y Navarro, 2010; Cervantes, 2005; Guardo, 2012) evidencian tanto la presencia que aún tiene el modelo dominante de amor, como las nuevas aspiraciones, deseos amorosos y tensiones que en torno a esto se generan.

Un ejemplo de lo anterior, es un estudio realizado el año 2010 en España por Ferrer, Bosh y Navarro (2010), que busca dar a conocer qué tan difundidos están actualmente los mitos amorosos⁷, dando cuenta de que los más aceptados en este país son los de la media naranja, la pasión eterna⁸, la omnipotencia del amor y la idea de que el amor debe conducir a una relación de pareja estable. De acuerdo a este estudio, el mito más cuestionado es el del emparejamiento⁹, que sin embargo sigue siendo aceptado por el 33.4% de la población participante (Ferrer, et al. 2010). Llama la atención que estos resultados sean similares a los obtenidos varios años atrás por otros autores (Barrón et al 1999), en especial en lo referente a la media naranja y la omnipotencia del amor (Ferrer et al 2010). De este modo se puede señalar, que aún persisten ancladas en la población general española, una serie de creencias románticas que contribuyen a perpetuar la estructura de poder, la desigualdad en las relaciones amorosas y a consagrar la pasividad, la subordinación, la idealización y la dependencia del otro (Ferrer et al. 2010).

En cuanto a las nuevas aspiraciones y deseos amorosos, existen estudios como el de Montilva (2006) en donde los resultados señalan que las mujeres esperan de sus parejas la misma consideración que ellas entregan y piensan que no estar emparejadas es producto de

7 Temática que abordaré en detalle posteriormente.

8 Alude a la creencia de que la pasión puede y debe durar tras años de relación.

9 Que señala que la pareja heterosexual es algo natural y universal, y que la monogamia está presente en todas las culturas y épocas

sus propias decisiones y no lo ven como algo trágico o disruptivo. Otros autores como Sánchez (2006) y Luco (2013), señalan que la postmodernidad ha influido en que actualmente las relaciones de pareja muchas veces puedan ser vividas como un espacio de atrapamiento, lo cual es coherente con un estudio de Sharim, Araya, Carmona y Riquelme. (2011) que da cuenta de que en los relatos sobre las relaciones de pareja existe poca alusión al concepto de intimidad y al sentimiento amoroso, en donde pareciera que la intimidad y la cercanía personal pudiesen desestabilizar los proyectos propios o de la pareja.

Por su parte, Luco (2013) postula que el modelo tradicional de amor romántico se encuentra en vías de extinción en las nuevas generaciones, que no toleran relaciones infelices en una cultura que sobrevalora el encantamiento por sobre el amor a más largo aliento. Sin embargo, pese a que la vida en pareja se posponga o postergue y a que a veces se cuestione el estándar de amor romántico, se sigue esperando en la actualidad satisfacer las necesidades afectivas dentro de un vínculo amoroso y este sigue siendo muy relevante (Montilva, 2006; Sánchez, 2006; Herrera, 2010, Riviere 2012).

Capítulo 4

Escenarios sociales desde donde se construyen el amor y las relaciones de pareja.

La forma en que una persona se enamora y desarrolla como pareja está influida por los roles aprendidos, la cultura y sus cogniciones (Garrido, Reyes, Torres y Ortega, 2008). En las relaciones de pareja intervienen tanto elementos afectivos, como también factores estructurales establecidos socialmente que varían según época, clase social, cultura e ideal amoroso (Tenorio, 2012).

Dado que ya hemos visto como la relación entre amor, pareja y matrimonio es histórica; es necesario comprender entonces dentro de qué escenarios sociales se construyen actualmente estas nociones. En este análisis, me centraré particularmente en los escenarios culturales e institucionales, económicos, discursivos, comunitarios y domésticos¹⁰.

Escenario cultural e institucional: influencias de la hegemonía patriarcal cristiana y el capitalismo

Como ya señalé anteriormente, los modelos de amor romántico, de pareja y de familia no están exentos de la influencia de las ideologías, instituciones y estructuras sociales donde están insertos. Los deseos personales, no son totalmente autónomos e independientes sino que se construyen desde ciertas condiciones sociohistóricas (Izquierdo, 2000). “Los propios deseos, la voluntad y la capacidad de intervenir se construyen socialmente y son dependientes de las condiciones sociales que rodean a la persona” (Izquierdo, 2000, p.57). Lo que sentimos, deseamos o somos pese a ser único, se asemeja a lo que desean, piensan y sienten otras personas que se encuentran en circunstancias parecidas a las nuestras (Izquierdo, 2000). Desde perspectivas materialistas, se plantea que los patrones relacionales se vinculan, no solo con deseos individuales sino también con exigencias sociales estructurales, que llevan a las personas a elegir “libremente” aquello que es necesario para preservar la lógica económica (Izquierdo, 2000). El actual modelo amoroso sostiene a la familia y el matrimonio, que son las instituciones sociales básicas de

¹⁰ Utilizo el término doméstico para aludir al escenario más familiar y cercano al sujeto.

la cultura occidental (Sangrador, 1993), y ha jugado un papel fundamental en la construcción del individuo moderno ayudando a la consolidación de la separación entre el mundo público y privado (Castrillo, s.f).

La concepción tradicional de AR se sustenta en un modelo heterosexual, patriarcal y capitalista, que requiere de la pareja complementaria para sostener el matrimonio y la familia como instituciones sociales fundamentales (Herrera, 2010). Cabe destacar que mientras el patriarcado se elimina de muchas estructuras legales y económicas de la sociedad, se sigue manteniendo arraigado en la cultura y en los relatos amorosos (Herrera, 2010). El modelo tradicional de amor romántico, beneficia al sistema patriarcal en cuanto hace creer a las mujeres que solo serán felices si tienen a un hombre al lado, perpetuando los modelos de dependencia y necesidad basados en roles y estereotipos contrarios entre sí, y en una repartición tradicional de roles, que crea hombres que necesitan mujeres y viceversa (Herrera, 2010, 2013). Para Izquierdo (2000), este modelo amoroso permite la formación de familias “fusionales” (donde $1+1=1$), que contribuyen al sistema social que el capitalismo requiere. El capitalismo, para producir en grandes cantidades y reducir al máximo los costos de producción, necesita de la división sexual del trabajo: los hombres deben trabajar fuera del hogar para proveer, los niños deben ser cuidados y las mujeres deben atender y dar refugio afectivo a los varones, disciplinar y moralizar a la familia (Izquierdo, 2000). Es importante señalar que en este modelo, el hombre no trabaja solo para suplir sus propias necesidades sino también las de sus seres queridos, y dado que las decisiones laborales que tome pueden afectar negativamente a su familia, se reduce el margen de negociación que puede existir entre el trabajador y sus empleadores (Izquierdo, 2000). A su vez, las solidaridades familiares son mucho más arraigadas que los sentimientos de clase, de modo que los otros trabajadores pueden ser vistos como enemigos que amenazan la estabilidad y el bienestar material de la familia (Izquierdo, 2000). Se trata de familias donde las decisiones están centradas en cómo afectan al grupo, se dejan de lado los intereses personales y las relaciones son complementarias (Izquierdo, 2000). En este modelo fusional los sujetos son concebidos como “medias naranjas” y es propio de los niveles sociales muy altos o bajos, aunque en los niveles más bajos el aporte económico de la mujer es imprescindible para la mantención familiar. (Izquierdo, 2000). Dada la

centralidad que en este tipo de relaciones adquieren la familia y la pareja, cuando se genera una ruptura ésta es vivida de forma catastrófica, ya que la identidad sufre un colapso, en tanto los sujetos han renunciado a sus propios intereses (Izquierdo, 2000).

Sin embargo en la actualidad, no todas las parejas y familias occidentales funcionan desde esta lógica y existen diversos modelos y modos de relacionarse que generan nuevas exigencias y frente a los cuales las instituciones se han adecuado en ritmos diferentes (Izquierdo, 2000). La tendencia a adoptar modelos de familia más o menos ajustados a los criterios institucionales, no solo depende de los procesos de modernización sino también de nuestros niveles educativos y posiciones socioeconómicas (Izquierdo, 2000). Si bien el modelo fusional está muy generalizado, no es el único, ya que también está presente el modelo que Izquierdo (2000) llama “asociativo”, que es de carácter individualista, asentado en la ideología liberal, y que se puede encontrar en las personas jóvenes, con altos niveles de estudios e ingresos. Se trata de un modelo que no se ha implantado totalmente y en algunos casos convive con elementos fusionales (Izquierdo, 2000). En él, las relaciones familiares se valoran en términos contables según el saldo que la persona recibe, entre lo que entrega a los otros y recibe de ellos (Izquierdo, 2000). Quienes orientan su conducta en torno a la realización personal, suelen entender la familia y la pareja como una asociación de intereses siendo su foco, tanto la pareja como los gustos y proyectos de cada integrante; y dado que es posible que los intereses difieran, se hace necesario negociar y llegar a acuerdos (Izquierdo, 2000; Tapia, Poulsen, Armijo, Pereira y Sotomayor, 2009; Tapia et al. 2014). En estas familias la división sexual del trabajo doméstico en la casa es débil o bien estas tareas son realizadas remuneradamente por otra persona; las uniones suelen ser consensuales o matrimonios civiles, y cuando se produce una separación, si bien es dolorosa, no es tan traumática como en el caso de las familias fusionales (Izquierdo, 2000). Este modelo familiar se sustenta en una visión de la vida social como un conjunto de individualidades interconectadas por diversas relaciones (Izquierdo, 2000). El foco central, está puesto en el individuo, a quien se le atribuye gran autonomía, de modo que pareciera que sus deseos, valores y aspiraciones no están influidos por las ideologías y circunstancias sociales (Izquierdo, 2000). Desde esta concepción individualista y liberal del ser humano, se asume que éste es autónomo respecto de la influencia del entorno en que se desarrolló

(Izquierdo, 2000). La tendencia a que la individualidad prevalezca sobre las normas tradicionales, se integra adecuadamente al modelo de sociedad de consumo, en cuanto las leyes que rigen el orden económico basado en un racionalismo consumista, se han trasladado también en las relaciones personales, desde la lógica: deseo-posesión-consumo (Verdú, 2014).

Como podemos intuir, la familia fusional se inclina hacia el lado del deber sin dejar espacio para el deseo de las personas; mientras que las familias asociativas se inclinan hacia los deseos o los derechos, ignorando que en la vida humana requerimos de la concurrencia y el cuidado de los otros (Izquierdo, 2000). Cabe destacar que además de la coexistencia de estos modelos hay posiciones intermedias entre ambos (Izquierdo, 2000).

En cuanto a los elementos que favorecen el desarrollo de estas concepciones, vale la pena señalar que la idea de que una persona no es adulta hasta que forma una familia, propicia una concepción de pareja fusional; mientras que la idea de que el adulto es quien puede autosatisfacerse económicamente, conduce a concepciones de pareja asociativa (Izquierdo, 2000).

Si bien la utopía romántica postmoderna se plantea como inclusiva, populista, transgresora y aspirante a cortar las divisiones sociales; la realidad es que contiene y reproduce divisiones basadas en diferencias sociales (Martínez, 2004). Aunque hoy los matrimonios ya no son arreglados, existen diferentes clases de presiones externas, existiendo un alto grado de homogamia¹¹ (Lemaire, 1986; Espina, 1996; Roca, 2008); las presiones del medio de origen siguen siendo muy fuertes respecto de la elección de pareja, las que no vienen solo de la familia sino también del medio general (Lemaire, 1986). A su vez, los rasgos personales que nos atraen de alguien están influidos por aspectos culturales, donde en cada sociedad se valoran distintos atributos que pasan a considerarse cualidades (Espina, 1996). Las preferencias relacionales, dependen tanto de nuestras características personales, como de planteamientos compartidos por quienes tienen una posición social equivalente, y es por lo mismo que los amores que quiebran estas reglas suelen generar algún tipo de escándalo (Herrera, 2013; Roca, 2008).

11 Relaciones de pareja entre sujetos que comparten características sociales y culturales (Lemaire, 1986).

Desde otro ángulo vale la pena señalar, que en nuestra cultura lo que se considera “normal” y esperable del amor romántico y las relaciones de pareja, se basa en un modelo heterosexual, monogámico, adultista, coitocéntrico, constituido por dos miembros que son distintos, pero complementarios (Herrera, 2013). Dentro de este modelo la heterosexualidad y la monogamia son consideradas como lo normal, y si bien hoy hay mayor apertura hacia las diversidades sexuales, el ideal de monogamia es aún poco cuestionado (Herrera, 2009). Lo que transgrede estas normas es evaluado como raro, promiscuo, enfermo, extravagante o pecador (Herrera, 2013).

Por otra parte, el amor y las relaciones de pareja, han pasado a ser parte del repertorio de los sistemas de expertos, donde por ejemplo, psicólogos, psiquiatras, y revistas pseudocientíficas buscan resolver conflictos relativos a estas temáticas. De esta manera, alrededor de estas disciplinas se ha creado un “biopoder” que normaliza y regula cómo, de quién y cuándo debemos enamorarnos (Castrillo, s.f).

Como podemos ver, nuestras preferencias amorosas no son independientes de elementos culturales y estructurales, y a la vez los modos en que vivimos el amor, también pueden contribuir a la mantención de éstos.

Escenario económico: la pareja como unidad de consumo y el romanticismo como un bien mercantil

Tal como ya vimos el AR ya sea concretizado en familias fusionales o asociativas, se vincula con el modelo productivo capitalista, pero la pareja puede ser también entendida en sí misma como una unidad de consumo, en donde los miembros aportan con bienes de uso común y que se comporta, en este sentido, de forma común y unida (Wainstein y Wittner, 2003).

Actualmente el amor y las relaciones amorosas tienen requerimientos que se encuentran conectados con la industria de consumo y los estándares que esta impone respecto de los productos y servicios referidos a las expresiones de amor (Arnold, s.f; Illouz, 1997). Existe una vasta industria relativa al amor y la pareja, ejemplos de esto son las agencias de citas, las agencias de viajes que ofrecen paquetes para parejas, los sex shops, los servicios asociados a la celebración de un matrimonio o despedida de soltero/a,

la industria cultural que vende canciones y películas basadas en estas temáticas, o toda la serie de productos que son promocionados publicitariamente como propiciadores de un romance (por ejemplo perfumes, productos de belleza, lugares de ocio, etc.) (Illouz, 1997; Herrera, 2013).

De acuerdo a Illouz (1997) ha habido tanto una “romantización de los bienes de consumo”, como una “mercantilización del romance”. El primer proceso, se refiere a que los productos de consumo han adquirido a través del cine y la publicidad un “aura romántica, que los relaciona con experiencias amorosas (Illouz, 1997). El segundo, alude a que lo “romántico” se asocia a la presencia de un clima y escenarios marcadas por el consumo y la opulencia que propiciaría determinados sentimientos (Illouz, 1997). En este sentido, para Illouz (1997) la relación entre amor y consumo no se comprende desde una lógica unidireccional en la que el mercado haya creado las expectativas románticas; si no que las prácticas de consumo vinculadas al amor, se vieron impulsadas por la evolución en las definiciones culturales de amor y matrimonio, y viceversa. Sin embargo, para esta autora el uso generalizado del romance con fines de marketing, lo ha transformado en una forma vacía, donde los sujetos son conscientes de la presencia de “clichés” que muchas veces repiten a sabiendas (Illouz, 1997). En la actualidad, de acuerdo a los resultados empíricos obtenidos por esta investigadora, sólo quienes viven en condiciones de privación cultural se ven constreñidos a creer en las fórmulas románticas que presenta el mercado; a mayor capital cultural, mayor alienación con respecto a las creencias románticas, que son tratadas por estos sujetos con ironía y escepticismo (Illouz, 1997). A su vez y paradójicamente, la cultura de la publicidad posmoderna genera una fantasía anti-moderna, donde se niega la ostentación y se realza el valor de la autenticidad, promovido por el consumo de determinados productos (Illouz, 1997).

Escenario Discursivo: estar “realmente” enamorado/a

Desde la psicología social de la emoción, se ha demostrado que tanto los procesos, como los determinantes y las consecuencias de las emociones se desarrollan por medio del lenguaje (Belli, Harré e Iñiguez, 2009). Desde esta lógica, así como se aprenden las emociones a través de los relatos, es posible también cuestionarlas y desaprenderlas, y en este sentido es importante el estudio de los relatos amorosos ya que nos permiten entender cómo y por qué amamos (Herrera, 2009). Los relatos construyen emociones para ser sentidas y no solo para ser contempladas, estas reacciones crean pautas de conductas amorosas, que luego son replicadas por los sujetos en su vida real (Herrera, 2009). Las narrativas amorosas que están presentes en la cultura popular, tienen gran importancia en los modos en que significamos nuestra experiencia cotidiana (García y Montenegro, 2014). Sin embargo es importante mencionar, que no somos sujetos pasivos frente a estas grandes narrativas culturales, sino que también realizamos una elaboración “propia” de éstas; en tanto las incorporamos, rechazamos o subvertimos mediante una elaboración que surge en relación con otras personas, eventos y sentidos inscritos en un contexto social más amplio de significación (García y Montenegro, 2014).

En cuanto a los relatos sobre el amor, estos existen como una constante desde la antigüedad hasta nuestros días (Herrera, 2009). A nivel narrativo y mitológico el amor ha sido representado como *veneno*, *brebaje mágico*, *hechizo*, *embrujo*, *locura*, *éxtasis* y *trance* como si fuese algo ajeno a los sujetos, que provoca emociones que van más allá de sus posibilidades de control (Herrera, 2009). La pasión caracterizaría al amor romántico, pasión que es superior a los sujetos e imposible de controlar. Las personas son *esclavas del amor* y bajo esta conceptualización se pueden justificar situaciones que de otro modo serían inentendibles o penalizadas (Riviere, 2012). El carácter pasional del amor romántico -entendiendo la pasión como una emoción enajenada e incontrolable- se ha destacado desde las distintas formas de expresión artística (Villegas, 2006). Una de las experiencias más significativas asociadas al AR es no poder resistirse a las emociones que nos invaden frente al amado/a (Villegas, 2006), este poder del amor da espacio a figuras literarias asociadas con *terremotos*, *huracanes*, situaciones frente a las que las personas no pueden hacer nada (Herrera, 2009). El amor sería también *mágico*, situado fuera de la normalidad como algo que no se puede prevenir, ni medir; no sentir ese efecto mágico rebajaría la calidad del

amor (Riviere, 2012). Estas formas de representar el AR como algo avasallador, emocional e incontrolable darían cuenta de lo que Illouz (1997) llama el modelo de “amor como placer o amor como pasión” y que se vincularía con los relatos asociados a los momentos iniciales del romance.

Siguiendo a esta autora, el modelo de “amor como placer” coexistiría con el de “amor como trabajo”. Este se vincula a las relaciones a largo plazo, y se evidencia en que al referirse al AR se usan términos asociados al trabajo como por ejemplo: crecimiento, esfuerzo o construcción; palabras que a la vez pueden vincularse con un lenguaje comercial (Illouz, 1997).

Por otra parte, en muchos relatos de la literatura y el cine se concibe que el amor es más fuerte mientras más imposible es y más dificultades debe sortear; la capacidad de amar estaría definida y valorada por la posibilidad de superar obstáculos (Riviere, 2012). A su vez se idealiza del amor romántico su ausencia, ya que es a través de ésta que se pueden evidenciar las pruebas del amor eterno (Riviere, 2012). Los finales trágicos vinculados a la muerte, también engrandecen el amor, dándole un alcance religioso, de amarse por la eternidad (Riviere, 2012). Otra de las características de los relatos amorosos es situarlo por sobre todo; el amor se sitúa por sobre el valor de la propia vida, que incluso no tendría sentido vivirla sin el amado/a (Riviere, 2012).

Cabe destacar que a través de los mitos y relatos amorosos es posible evidenciar la influencia de la cultura patriarcal. Quien comúnmente logra superar las barreras e impedimentos es el hombre (representado muchas veces como un príncipe), que rescata a una mujer que espera en su castillo a ser salvada (Herrera, 2009). Sin embargo, vale la pena destacar que en los últimos años ha habido una problematización al respecto y lentamente comienza a ser más común ver heroínas mujeres tanto en el cine, como en la literatura. Es el caso por ejemplo de Katniss Everdeen, protagonista de la saga de los juegos del hambre o de la colección de cuentos de “antiprincesas”, lanzada por las editoriales argentinas Sudestada y Chirimbote.

En cuanto a los mitos románticos, se trata de creencias formuladas de manera tal, que aparecen como verdad y se expresan de forma extrema y poco flexible (Ferrer, et al. 2010). Se pueden considerar los mitos amorosos como creencias compartidas sobre la

“naturaleza del amor”, que suelen ser irreales e imposibles de cumplir y que participan en lo que esperamos de una relación de pareja (Yela, 2003).

Es posible identificar dentro de los mitos más difundidos en torno al amor romántico, el *mito de la media naranja*, basado en la creencia de la existencia de una pareja predestinada, el *mito del emparejamiento*, que alude a la creencia de que la pareja heterosexual monogámica es universal a distintas épocas y culturas; *el mito de la exclusividad* que plantea que es imposible enamorarse de dos personas a la vez; *el mito de la fidelidad*, basado en la creencia de que todos los deseos pasionales, románticos y eróticos deben ser satisfechos en una sola persona que es la pareja (si es que se la ama de verdad). De estos, el primero tiene su origen en la cultura grecoromana y los últimos tres en la cristiandad, con el objetivo de instaurar un nuevo modelo de relación de pareja monogámico (Ferrer et. al, 2010). Se encuentra además presente el *mito de los celos* como signo de amor, que también fue introducido por el cristianismo para apoyar los mitos de exclusividad y fidelidad (Ferrer et. al, 2010). Es posible también reconocer el *mito de la equivalencia* en donde se equiparan el enamoramiento con el amor, de modo de que si ya no hay un amor apasionado por la pareja ya no habría amor; *el mito de la omnipotencia del amor*, es decir que el amor todo lo puede y por tanto es capaz de superar cualquier tipo de obstáculos; *el mito del libre albedrío*, que alude a la creencia de que el amor es algo íntimo y por tanto no está influido por aspectos socio-bioculturales; *el mito del matrimonio o convivencia*, que apunta a que el amor romántico debe conducir a una relación de pareja estable; y *el mito de la perdurabilidad y pasión eterna* que alude a que el amor romántico y pasional del inicio de una relación, puede y debe mantenerse en el tiempo (Ferrer et. al, 2010)

Estos mitos amorosos han sido trabajados y clasificados en España por diversos autores como Yela (2003), Ferrer et. al (2010) y la Fundación Mujeres (2011). Esta última agrupación identificó diecinueve mitos románticos, que conglomeraron en cuatro grupos y que son considerados un riesgo para el desequilibrio de poder dentro de las relaciones de pareja (Fundación Mujeres, 2011):

Grupo 1: “El amor todo lo puede”: Mitos relativos a la falacia de cambio por amor , omnipotencia del amor, normalización del conflicto, creencia de que los polos opuestos se

atraen y entienden mejor, compatibilidad del amor y el maltrato, creencia en que el amor “verdadero” lo perdona/aguanta todo.

Grupo 2: “El amor verdadero predestinado”: Mitos relativos a la “media naranja”, la complementariedad, el razonamiento emocional, la creencia de que sólo hay un amor “verdadero” en la vida, la perdurabilidad, pasión eterna y equivalencia de enamoramiento y amor.

Grupo 3: “El amor es lo más importante y requiere entrega total”: Mitos relativos a la falacia del emparejamiento y la conversión del amor de pareja en el centro y referencia de la existencia, atribución a la pareja de la capacidad de dar la felicidad, falacia de la entrega total, entender el amor como despersonalización, creencia de que si se ama se debe renunciar a la intimidad individual.

Grupo 4 “El amor es posesión y exclusividad”: Mitos relativos a que el amor debe terminar en matrimonio; la fidelidad, la exclusividad y los celos como reflejos y manifestaciones de amor.

Un estudio realizado por Ferrer et al., el año 2010, en cuanto a la presencia y aceptación de los mitos románticos, demostró que estos tenían una amplia aprobación en la población general española. La persistencia de los mitos que ligan relaciones afectivas con el control, los celos, sacrificios extremos y abandono de sí mismo, muchas veces son el origen de la incapacidad de reaccionar ante señales que indican que se está en presencia de una relación eventualmente violenta (Fundación Mujeres, 2011).

Tal como podemos ver en este apartado y en relación a los elementos señalados en el capítulo 1, existe una multiplicidad de discursos sobre cómo es el AR y qué se debe hacer cuando se ama; relatos que van definiendo regulaciones en torno a las experiencias amorosas.

Escenario comunitario: la pareja como estructura refugio

Aunque la pareja es un grupo social, no se conforma según las mismas modalidades de otros; ya que si bien los factores económicos y sociales son importantes, son los aspectos afectivos los que hoy desempeñan un papel principal en la formación de este vínculo (Lemaire, 1986).

Lo que las personas buscan en la pareja es distinto de lo que buscan en otras estructuras sociales, desean encontrar en ella una *estructura refugio* donde puedan vivir los deseos, necesidades y tendencias que no son satisfechos en otros grupos e instituciones (Lemaire, 1986). El amor romántico posee una mayor valoración en sistemas sociales individualistas que en aquellos donde se releva a la colectividad (Tapia y Molina, 2015). Es lo que ocurre actualmente en occidente, donde los sujetos en vez de reunirse en grupos de ayuda mutua, suelen compartir penas, alegrías y proyectos vitales en torno a una sola persona que es la pareja (Herrera, 2013). Esto se puede relacionar con el malestar que existe con la organización social contemporánea, que si bien es distinto en los diferentes países y sectores sociales, igualmente afecta a la pareja. Cuanto más grande es el malestar, más se le exige a la pareja como *estructura refugio* (Lemaire, 1998). A su vez cuanto más numerosas y consistentes relaciones tienen la personas con su entorno social, menos demandas y expectativas abocan a la pareja y los hijos/as; y por el contrario quienes están más orientados a sus relaciones familiares, más demandan de éstas (Izquierdo, 2000).

Por otra parte, hay quienes plantean que es probable que el modelo de AR contribuya a la desintegración de las redes locales y de la responsabilidad cívica, pues fomenta la obtención de las principales satisfacciones emocionales mediante experiencias individuales que se asocian con ritos de consumo (Sandel, 1984, citado en Illouz, 1997). En relación a esto cabe mencionar que, muchas comunidades africanas de campesinos y obreros, estiman que demasiado amor entre una pareja es peligroso, porque la alienta a separarse de la red de dependencia más amplia, que es la que permite el funcionamiento social (Coontz, 2005).

Actualmente se espera más de la pareja y de la familia, en comparación a siglos y décadas anteriores (Luco, 2013). Hoy se espera tanto de la relación de pareja, que es difícil que todas esas expectativas sean satisfechas. La pareja debe cumplir funciones económicas, procreativas, sociales y aportar a los individuos satisfacciones afectivas y

sexuales (Lemaire, 1986). Este cúmulo de exigencias pueden ser excesivas y conducir a insatisfacciones, fracasos y rupturas (Lemaire, 1986). Cuando las expectativas relativas a la relación son tan altas, ésta puede ser asfixiante acabándola, desequilibrando los roles que la sustentan o creando relaciones de dependencia como forma de mantener el vínculo (Villegas, 2006).

A su vez, cuando se espera satisfacer todas las necesidades en una sola persona, el amor pasa a ser egoísta porque no se desea compartir, ni perder la atención del amado/a (Herrera, 2013). Esto se ve reflejado en los celos, que pueden dirigirse a otra persona potencialmente atractiva, a familiares o a los gustos que acaparan la atención del otro/a (Herrera, 2013). Es aquí donde los mitos juegan un rol importante, en cuanto el amor individualista es reforzado por ellos (Ej, “si me amaras dejarías de hacer esto”) (Herrera, 2013). El modelo de pareja fusional basado en la complementariedad de roles sexuales e institucionalizado en el modelo de la familia nuclear fomenta esto, en cuanto las diferencias son comprendidas como algo negativo y se valora la fusión como señal de amor (Luengo y Rodríguez, 2010; Riviere, 2012).

Escenario doméstico: socialización y expectativas diferenciadas por género en torno al amor y las relaciones de pareja

Como hemos visto, el amor romántico y las relaciones de pareja se aprenden a través de la cultura. Estar enamorado/a es algo que se aprende y socializa, en donde se van introyectando desde la infancia y adolescencia normas sociales (Sangrador, 1993). Se aprende de quién, y cómo es posible enamorarse, cuáles son los roles de género en torno al amor, y los medios de comunicación cumplen un importante papel en este ámbito (Sangrador, 1993).

En el aprendizaje de cómo ser pareja, se nos indica cual es nuestra posición en el mundo y que es lo que podemos y debemos hacer (Riviere, 2012). En la actualidad la socialización del amor romántico y las características y formas de ser pareja se han universalizado en Occidente por medio de la tecnología y los medios de comunicación (Riviere, 2012). Sin embargo, hombres y mujeres son socializados de manera distinta respecto al AR y las relaciones de pareja (Riviere, 2012).

La forma en que comúnmente se sitúan ambos géneros frente a las normas amorosas es distinta: un hombre que las transgrede parece atractivo, mientras que una mujer que lo hace es considerada una “mala mujer” (Riviere, 2012). Lo mismo ocurre con la sexualidad, en donde la capacidad y experiencia sexual es vista positivamente como señal de hombría en el caso de ellos, lo que no ocurre comúnmente en el caso de ellas (Riviere, 2012).

Respecto a los roles dentro de la pareja y familia se mantiene en muchos casos, el rol masculino de proveedor de los bienes materiales y el rol femenino de encargada de los bienes emocionales (Riviere, 2012). En la misma familia, los modos de relacionarse en algunos casos son disímiles, y se crean condiciones asociativas para ellos y fusionales para las ellas (Izquierdo, 2000).

A las mujeres educadas en nuestro sistema patriarcal se les ha enseñado a esperar que la pareja las trate con delicadeza, las mime, cuide y proteja; mientras que a los hombres se les ha enseñado que deben ser protectores, pero también desean compañeras incondicionales, que estén atentas a sus deseos y les refuercen su autoestima (Herrera, 2013).

Este modelo tradicional de vivir el amor, sitúa a hombres y mujeres en lugares desiguales, donde las decisiones de ellos son en muchos casos, de mayor peso y más importantes, y en donde sus renunciaciones personales por la relación, son menores que las de ellas (Riviere, 2012); y si bien cada vez existe una mayor problematización de estos roles, tradicionalmente se ha posicionado a la mujer como un ser “naturalmente” emocional y amoroso, y al hombre como un conquistador y protector innato.

La mujer como ser amoroso. Las mujeres tradicionalmente han sido consideradas como seres amorosos y cuidadores. Las imágenes de la “mujer femenina”, la socialización y los discursos sobre el amor, participan en que las necesidades de apego hayan sido ejes estructurantes en muchas vidas e identidades femeninas, y que muchas veces se encuentren entre el dilema de atender a los deseos del otro o a los propios (Esteban et al, 2005). Dado los procesos de socialización y subjetivación vividos, se ha fomentado que se considere que el poder fundante de la identidad femenina es el poder de los afectos, ligado a la maternidad, a la femineidad y las relaciones íntimas, bajo la creencia de que atender a

las emociones y necesidades de otros garantizará su amor (Esteban y Tavora, 2008). Dentro de este contexto, las niñas tradicionalmente comienzan a valorar las relaciones de pareja como espacios legítimos para satisfacer sus necesidades afectivas, incorporando la fantasía de que por medio del amor de un hombre se pueden cubrir y reparar otras carencias afectivas (Esteban y Tavora, 2008). Comúnmente a las mujeres educadas en la cultura patriarcal, se les enseña a ser entregadas y a autosacrificarse por los otros (Herrera, 2009)

Sin embargo estos valores tradicionales, son cuestionados en la actualidad y muchas veces las mujeres se debaten interiormente entre la tradición, la modernidad y la postmodernidad, sintiendo tensiones entre el amor a la libertad y sus necesidades de amar y ser amadas (Herrera, 2009).

Cabe destacar que pese a los cambios, no tener pareja es un fracaso en mayor medida para la mujer que para el hombre (Riviere, 2012). A su vez, las renunciadas asociadas a la vida familiar y en pareja, suelen ser más experimentadas por las mujeres que por los hombres, y aunque esto también se debe a factores de tipo económico, suelen ser ellas quienes renuncien a sus trabajos para criar a los hijos/as o se cambien de ciudad por motivos laborales de sus parejas (Riviere, 2012).

El hombre como conquistador y protector. Por su parte, los hombres han sido educados debiendo demostrar independencia y autonomía y es por esto que pareciera que están más ajenos a los sentimientos amorosos y les es más difícil expresar amor, sobretodo en público (Riviere, 2012). Ser dependiente es visto como una debilidad, frente a la independencia y autonomía asociada a la virilidad (Riviere, 2012). Cuando un hombre expresa su amor y dependencia, se arriesga a ser considerado menos hombre; la conformación de la masculinidad muchas veces se basa en aquello que no se debe ser, y un hombre se define porque no se comporta ni como mujer ni como homosexual (a quienes se excluye comúnmente del grupo de varones) (Riviere, 2012). Para ellos, gran parte de su autoestima se basa en cómo son vistos por otros hombres, lo cual requiere de constantes muestras de virilidad alardeando, presumiendo y ocultando los sentimientos que demostrarían “debilidad” (Riviere, 2012). De este modo se permite que los hombres

expresen orgullo, alegría y satisfacción, pero se les coarta en la expresión de miedo, tristeza o cariño (Riviere, 2012).

A su vez, la importancia y el lugar que ocupa el amor para los hombres, suele ser menos absoluto que para las mujeres ya que el modelo masculino, sitúa el éxito personal más allá del ámbito familiar y del amor (Riviere, 2012).

Cabe destacar también que en el imaginario de amor romántico, los roles vinculados al hombre son de héroes y conquistadores en donde el hombre, que es un “príncipe azul”, debe ser joven, sano, viril, rico y culto (Herrera, 2009; Riviere 2012). Sin embargo estos modelos masculinos y de pareja, generan frustración en los hombres, debido a la imposibilidad de vivirlos a cabalidad (Riviere, 2012).

En cuanto a la influencia de la postmodernidad, es necesario señalar que actualmente muchos hombres sienten que han perdido sus referentes, ya que sus padres educados en un modelo marcadamente patriarcal, no sirven como ejemplos. El varón posmoderno se encuentra desorientado respecto de modelos a seguir y a las exigencias de igualdad de las mujeres (Herrera, 2009).

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, el amor romántico no es independiente de los elementos sociales y culturales en que estamos inmersos. Si bien se trata de algo que sentimos corporal e individualmente, los modos de vivirlo, comprenderlo, narrarlo y expresarlo están influidos por elementos que trascienden nuestra subjetividad.

Capítulo 5

Algunos elementos que participan en las vivencias amorosas

Tal como hemos visto en apartados anteriores, los modos de vivir el amor romántico no son iguales para todos/as y no están exentos de las influencias que ejercen distinciones como la posición social y el género. Al mismo tiempo el amor romántico no es estático sino que varía a partir de distintos elementos como son el momento vital en el que se encuentran los sujetos, el tiempo de vínculo con el amado/a o las circunstancias en las que se encuentra la pareja. En este capítulo me detendré a tratar brevemente algunos de estos elementos

Elementos vinculados a los roles de género

Las transiciones y cambios en los roles de género ocurridos en la postmodernidad participan en las dificultades y ambivalencias en las relaciones de pareja y vivencias del amor romántico (Luco, 2013). Así al conflicto que emerge entre la coexistencia de deseos postmodernos de individualidad y deseos tradicionales de fusión; se suma el choque entre las expectativas de reciprocidad generadas en la sociedad democrática y las dinámicas desigualitarias provenientes de los roles de género tradicionales (Verdú, 2014).

Históricamente, con la emergencia del feminismo en la década de los 60 se cuestiona el amor como un opio y una prisión para las mujeres y cómo las mitologías románticas prorrogan la idea tradicional de la mujer dependiente del hombre (Lipovestky, 2007). Aunque hoy las costumbres igualitarias prosiguen y se habla mucho de los “nuevos/as” hombres y mujeres, nos sigue rigiendo la asimetría sexual de los roles afectivos y aunque es menos marcada que en el pasado, aún no se logran asemejar las exigencias amorosas de ambos sexos, pese a la fuerza que ha adquirido la cultura igualitaria (Lipovestky, 2007).

Aunque actualmente las mujeres han tomado distancia del lenguaje romántico y están cada vez más reacias a sacrificar estudios y profesión por amor, su adhesión al ideal amoroso se ha mantenido, y siguen soñando con el amor aunque sea fuera del matrimonio (Lipovetsky, 2007). Por ejemplo, aunque hoy muchas mujeres tienen una intensa vida

social, independencia económica y éxito laboral, varias se sienten incompletas porque no tienen un hombre a su lado (Herrera, 2010).

A la vez muchas veces se ven expuestas a tirantezas en torno a sus roles, lo que se ilustra en la imagen de la “superwoman”, una mujer que ha asumido valores feministas pero que está casada y tiene una familia “perfecta”, adoptando dos estilos de vida tensionantes entre sí: el estilo individualista postmoderno centrado en el trabajo y el estilo burgués de la “familia feliz” (Herrera, 2009).

En el caso de ellos ocurre algo similar, en el imaginario de amor romántico se mantienen los roles masculinos asociados a héroes y conquistadores, el varón debe ser viril, un “príncipe azul”, pero a la vez las mujeres desean un hombre sensible con quien poder hablar desde el lenguaje de las emociones y sentimientos (Herrera, 2009; Riviere 2012). Por otra parte también ocurre que mujeres fuertes y exitosas esperan a un hombre protector y seguro, y encuentran varones que no están disponibles a parecer siempre fuertes pero que tampoco están dispuestos a abandonar sus privilegios tradicionales (Luco, 2013). Como vemos muchos hombres se sienten desorientados en tanto se les pide asumir nuevos roles, no desean perder ciertos privilegios y a la vez cuentan con pocos referentes masculinos que les sirvan de guía frente a estas nuevas demandas.

En el ámbito de la sexualidad los cambios de roles de género y los conflictos emergentes a partir de estos, se evidencian por ejemplo en hombres que se sienten amenazados y toman una actitud defensiva ante la creciente actitud activa, libre y exigente de las mujeres en este tema (Luco, 2013). Si bien hoy las mujeres son más accesibles como compañeras sexuales también resultan más intimidantes para los varones, muchos de los cuales no entienden qué esperan de ellos (Lipovestky, 2007).

En cuanto a los modos de vivir el amor y las expectativas amorosas, considerando las diferencias de género, los resultados de los estudios empíricos son disímiles. Si bien hay estudios (Esteban y Távora, 2008; Valdés et al., 2005; Cervantes, 2005; Guardo, 2012; Pérez, Estrada y Pacheco, 2007; García et al. 2012; Blanco, 2008) que evidencian la mantención de las formas tradicionales de vivir el amor en cada género; también hay investigaciones que dan cuenta de cómo esto ha ido cambiado (Tenorio, 2012; Rutland, 2013; Montilva, 2006; Esteban y Távora, 2008). A partir de estos trabajos es posible pensar

que hay otros elementos, como podrían ser la edad o el acceso cultural, que participan en la mantención o modificación de los estereotipos de género en torno a las vivencias amorosas.

Elementos vinculados al acceso material y cultural

De acuerdo a Illouz (1997) los modos en que interpretamos las experiencias y objetos románticos varían en función de la posición social y el acceso cultural. A diferencia de lo que ocurre con los sujetos de clases medias y altas -que suelen cuestionarse o sospechar de los clichés románticos- los sujetos de posiciones sociales bajas (sobre todo los varones) están más influidos por los modelos estereotipados y mercantilizados del romance, pero no pueden llevar a cabo escenas románticas “sofisticadas” ya que estas requieren de un gasto monetario (Illouz, 1997). Por el contrario quienes sí pueden llevarlas a cabo, obtienen una sensación de seguridad derivada de la coincidencia entre sus acciones y los estándares culturales. A su vez el desprecio que presentan los sujetos con mayor acceso cultural frente a los clichés románticos, les entrega la certeza psicológica de vivir experiencias "especiales", "creativas" y "únicas"; pudiendo gozar de cumplir con los estándares culturales, pero conservando su sentido de autonomía e individualidad (Illouz, 1997).

Por otra parte como la vida cotidiana de la clase alta y media alta tiene menos limitaciones y premuras económicas, esto les permite significar de manera romántica situaciones más mundanas. De esta manera, quienes poseen un mayor nivel educativo y adquisitivo, pueden acceder más fácilmente a los rituales comerciales del romance y a la vez dependen menos de ellos en términos funcionales (Illouz, 1997).

Al respecto concluye Illouz (1997) que la intersección entre el romance y el intercambio comercial, ocurre de distintas maneras según el acceso material y cultural de los sujetos; que el romance es un bien que se distribuye desigualmente en la estructura social; y que el amor otorga libertad personal solo a quienes poseen cierta libertad objetiva en términos laborales y económicos.

Por otra parte y retomando los planteamientos de Izquierdo (2000), es importante recordar que las familias fusionales con división sexual de roles de género y una mirada del amor como “media naranja” suele darse más en las clases sociales y culturales bajas;

mientras que las familias asociativas donde los miembros se perciben como “naranjas completas” y los roles tradicionales de género están más desdibujados, suele ocurrir en sujetos con posiciones culturales y materiales más altas.

Estos planteamientos son coincidentes con estudios empíricos realizados en Latinoamérica, como los de Rutland (2013) y Tenorio (2010; 2012) que dan cuenta que la posibilidad de vivir un amor, en términos de Giddens de tipo “confluyente”, ocurre más frecuentemente en clases sociales altas y con un mayor nivel educativo. De acuerdo a Rutland (2013) el amor estaría influido por las competencias culturales y el capital simbólico de los sujetos, por lo tanto solo quienes poseen ciertas competencias particulares pueden vivir “relaciones puras”. De acuerdo a esta autora las diferencias socioeconómicas impiden tener un amor individualizado como el que propone la modernidad tardía, de modo que no todos pueden “*darse el lujo*” de vivir un amor confluyente (Rutland, 2013).

Elementos vinculados al ciclo vital

El ciclo de vida está formado por agrupaciones de edad que son reconocidas por todas las culturas, pero el criterio para determinar la pertenencia y características propias de cada momento varía entre las distintas sociedades y dentro de cada sociedad, de acuerdo a elementos históricos y a lo que es esperable para los distintos grupos sociales (Bodoque, 2001). Cada sociedad define las tareas que deben cumplirse y la edad en la que deben lograrse, es por esto que se usa el término de “tareas del desarrollo” que estarían asociadas a distintas etapas de la vida (Rice, 1997).

La sociedad define que ciertos sucesos debieran ocurrir en determinados momentos, existiendo culturalmente la creencia de que existen mejores edades para hacer cada cosa (ej. casarse, ir a la universidad, etc) (Rice, 1997). Cuando la gente realiza ciertas cosas antes o después de lo esperado, es presionada para comportarse según las expectativas. Sin embargo cabe destacar que hoy existe una disminución considerable del consenso sobre los tiempos adecuados para que ocurran ciertos hechos y que los relojes sociales no son los mismos para todos en occidente, ni dentro de una misma cultura. En general los sujetos de posiciones socioeconómicas más bajas abandonan la escuela,

trabajan, se casan y son padres antes que quienes están en posiciones sociales altas (Rice, 1997).

Las experiencias amorosas y de pareja no quedan exentas de estas “tareas del desarrollo” y han sido abordadas por diversos teóricos clásicos vinculados a la psicología evolutiva como Erick Erickson o Levinson quienes han establecido ciertas normas de lo que debiera ocurrir en términos románticos en que cada etapa del ciclo vital (Rice, 1997). A continuación presentaré lo que se describe respecto de las experiencias amorosas y de pareja que -culturalmente y desde la psicología evolutiva clásica- se espera que ocurran en los distintos momentos de la adultez:

Adultez joven: (20-40): culturalmente se espera el logro de intimidad, entendida como la capacidad de entregarse y compartir pensamientos y sentimientos estableciendo empatía y la disposición a desarrollar ciertos vínculos emocionales de dependencia. Suelen ocurrir los primeros años de convivencia con una relación de pareja estable. Muchos sujetos se convierten en padres y forman familia, reorientando las responsabilidades y tareas personales y familiares (Rice, 1997).

Mediana edad o adultez media (40-60): esta etapa es comprendida como un momento de revisión personal en la cual se reconsidera lo ya vivido y se pueden hacer cambios. En este periodo en términos de la vida en pareja, ocurren divorcios y quiebres amorosos y quienes no tuvieron una buena primera relación estable, muchas veces vuelven a establecerse con otra pareja. Dado que los hijo/as generalmente ya han crecido, las actividades dejan de estar centradas en la familia, se reenfocan en la pareja, y las amistades adultas van adquiriendo más importancia (Rice, 1997)

Vejez (60 y más): implica un ajuste a nuevos roles familiares, independencia de los hijos/as, convertirse en abuelos/as, el retiro laboral, muerte de la pareja y muchas veces volverse más dependientes de los hijos/as (Rice, 1997).

Cabe destacar que esta descripción está estrechamente vinculada a un modelo normativo de las tareas y crisis del desarrollo, que da cuenta de qué se espera culturalmente que ocurra en determinados momentos de la vida. Esto no significa que todos/as los sujetos vivan de esta manera el amor y las relaciones de pareja a lo largo del ciclo vital. Sin embargo es necesario para este trabajo, tener en consideración qué se ha determinado como

culturalmente esperable del amor y las relaciones de pareja en las distintas etapas vitales, ya que esto participa en nuestras experiencias e ideales románticos. Como podemos evidenciar respecto a lo planteado por Castrillo (s.f), existe una regulación y un biopoder en torno al amor romántico y las relaciones de pareja, en donde las disciplinas científicas van designando normativas sobre lo que nos debiera ocurrir en términos amorosos durante nuestra vida.

Elementos vinculados al momento de la relación de pareja

Existe coherencia entre distintos autores en señalar que el amor romántico no se vive como una situación estática sino como un proceso que se encuentra en movimiento (Zeifman y Hazan, 1997; Yela, 1997; Caponni, 2003; Pérez y Estrada, 2006).

El tiempo de duración del vínculo amoroso participaría en que cambien las formas de experimentar el amor romántico. Las formas de comprender los cambios con que se vivencia el amor romántico con el paso del tiempo durante una misma relación, han sido abordadas desde distintos modelos: por ejemplo Zeifman y Hazan (1997), en el marco de la teoría del apego, identifican cuatro fases en la formación del amor romántico; Yela (1997) basándose en elementos de la teoría triangular de Stenberg, plantea la existencia de tres fases principales en las relaciones amorosas; y Caponni (2003) desde una mirada psicodinámica, plantea que el amor romántico transita desde el enamoramiento hasta lo que él denomina “amor sexual estable”. Pese a los distintos énfasis de estos enfoques todos coinciden en la transición entre experiencias amorosas caracterizadas inicialmente por una fuerte exaltación fisiológica y sexual, que es más bien disruptiva y en la cual el sujeto idealiza a su amado/a, a vivencias amorosas en la cuales se va teniendo una visión más realista de la pareja, pierde centralidad la pasión sexual y cobran mayor importancia la intimidad y el compromiso (Zeifman y Hazan, 1997; Yela, 1997, Caponni, 2003).

Al mismo tiempo es posible identificar distintos momentos o etapas dentro de una relación de pareja, los cuales se vinculan a las experiencias y emociones que se han vivido y a las tareas que culturalmente se espera que ocurran y que afectan tanto las experiencias amorosas como la satisfacción con la relación (Pérez y Estrada, 2006).

Son numerosas las distinciones y criterios que se utilizan para caracterizar las transformaciones que se experimentan dentro de la vida en pareja¹²: algunas se focalizan en los cambios que experimenta la intimidad dentro de la relación, otras en los cambios vinculados con la comunicación, otras en la llegada y partida de los hijo/as, otras en las demandas de la crianza y otras en el tiempo de relación (Pérez y Estrada, 2006). Sin importar la forma de realizar estas clasificaciones todas coinciden en que la relación de pareja no es inmutable al paso del tiempo, si no que experimenta distintas transformaciones en su transcurso.

Cabe destacar que eventos vitales relevantes como por ejemplo enfermedades, duelos o trabajos, también afectan los modos en que se organiza la relación de pareja, al tensionar, definir o redefinir las necesidades amorosas de ambos, por ejemplo en torno al cuidado/pasión; la búsqueda de compromiso/libertad; los límites internos / externos de la pareja o la centralidad de la pareja en contraste con la familia (Tapia y Molina, 2015). Estas tensiones permiten e impulsan la construcción semiótica de modos de estar en una relación amorosa y de la posición de ésta en relación con las narrativas culturales (Tapia y Molina, 2015).

12 A partir de esta noción de etapas se utilizan comúnmente los términos de “ciclo vital de pareja” o “ciclo vital familiar” para aludir a los cambios que experimenta durante su existencia una relación de pareja.

Capítulo 6

Marco metodológico

A través de este apartado presento los fundamentos epistemológicos que guiaron este trabajo, las características del diseño, estrategias y técnicas metodológicas empleadas, los procedimientos realizados, las consideraciones éticas que tuvo y por último hago una breve reflexión en torno al diseño metodológico utilizado.

Fundamentación

Este trabajo se encuentra enmarcado epistemológicamente desde un paradigma socioconstruccionista, que destaca el rol del lenguaje (entendido como sentidos socialmente compartidos) en la construcción de la realidad y por tanto demanda situar la mirada en los procesos sociales que le otorgan sentido y existencia (Sisto, 2012). El socioconstruccionismo invita a la psicología a inyectar los retos del giro lingüístico y cultural a la disciplina, criticando el orden académico dominante al renunciar a universalismos y al “conocimiento objetivo”, considerando su carácter situado, histórico y culturalmente contingente (Reichertz y Zielke, 2008).

Cabe destacar a la vez que desde una mirada construccionista, las emociones, no influyen sobre la vida social, sino que en sí misma la constituyen y los discursos emocionales tienen significado, no en su relación con un “mundo interior” sino por el modo en que aparecen en pautas de relaciones culturales. Tanto el vocabulario sobre las emociones, como las pautas de expresión emocional cambian sustancialmente entre culturas y periodos históricos, variaciones que son difíciles de cuadrar con comprensiones individualistas y de propensiones universales y biológicamente fijas (Gergen, 1996). Comprender las emociones como construcciones culturales requiere identificar los modos en que las realizaciones emocionales están circunscritas en pautas más amplias de relación. Las expresiones emocionales constituyen la vida relacional y se configuran desde determinadas pautas de interacción. La expresión emocional es posesión de un único individuo en el sentido de que éste es el realizador de un acto, pero este acto emerge desde un escenario relacional y cultural más amplio (Gergen, 1996).

Desde esta perspectiva el lenguaje, y por tanto los discursos, no se consideran solo como un vehículo para expresar nuestras ideas si no como un elemento que participa y tiene efectos en la constitución de la realidad social (Santander, 2011). Cabe destacar que la noción de discurso, en este trabajo será entendido desde la propuesta de Iñiguez y Antaki (1998, p.278) que lo definen como “un conjunto de prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales”. Desde el socioconstruccionismo, se asume la positividad del discurso, en términos de que estos generan saberes que son productores de sujetos, afirmando “verdades” sobre la condición humana, y a la vez son creadores de sentido social (Boria, 2009). Se considera también la propuesta foucaultiana de la omnipresencia del poder, de modo que las relaciones de poder se integran a las instancias discursivas y por tanto a través del análisis de los discursos, es posible detectar las estrategias de poder (Boria, 2009).

A partir de los elementos anteriormente señalados, la realización de un estudio de tipo cualitativo es coherente con el enfoque construccionista, en cuanto esta metodología busca construir un conocimiento que permita comprender el punto de vista de quienes producen la realidad social y el uso de la subjetividad e intersubjetividad son entendidos como vehículos válidos para conocer la vida y prácticas humanas (Guardián, 2007). La investigación social cualitativa si bien es muy variada, tiene en común una aproximación naturalista e interpretativa de los fenómenos, buscando comprender la realidad social, más que explicarla (Iñiguez, 1999). Dentro de los enfoques cualitativos, el análisis del discurso (AD) como método de estudio es coherente con la epistemología construccionista, en tanto concibe el discurso como una práctica social constructiva de la realidad (Flores- Pons e Iñiguez- Rueda, 2009); es por esto y en consideración de los antecedentes ya expuestos en capítulos anteriores, que esta investigación utiliza el método del análisis del discurso como propuesta metodológica. El AD asume el lenguaje como “señal de una realidad social y como forma de crearla (...), el lenguaje es más una forma de construcción que de descripción de nosotros mismos” (Iñiguez y Antaki, 1998, p. 283). Lo anterior se complementa con los planteamientos de Edwards (1999) para quien los discursos emocionales (que son los que particularmente importan en este trabajo), no son aprehensibles sólo como sentimientos o expresiones individuales, ni reducibles a una

especie individual de construcción de sentido cognitivo. Son fenómenos discursivos y como tales deben estudiarse como transformadores de las realidades sociales (Edwards, 1999).

Es necesario tener en consideración que desde la perspectiva paradigmática y metodológica en la que se enmarca este estudio, es problemático pensar que se puede producir un conocimiento que se independiza del observador, en tanto los objetos que están en el mundo no yacen con externalidad ingenua y objetiva, sino que cobran sentido para alguien (Jaramillo, 2006). Las prácticas sociales están involucradas en la producción de conocimiento y en los resultados científicos, y son por tanto parte del conocimiento mismo (Martínez, 2012). Si se niega el lugar de la subjetividad y de la interpretación como objeto relevante de estudio en las ciencias sociales, se elimina también la posibilidad de reflexión crítica sobre la propia práctica (Gómez, 2013). La reflexividad en la investigación, puede ser entendida de dos grandes modos: el primero (y más común), cómo la fundamentación y justificación sobre las decisiones que se toman en el proceso investigativo; y el segundo relativo a la inclusión como objeto de análisis y reflexión, la implicación de los investigadores en el proceso investigativo (Rodigou y Paulín, 20011).

Selección y características de la muestra

En este trabajo, la muestra buscó reflejar los discursos relativos al amor romántico y a las experiencias amorosas de chilenos/as que se encuentran en un momento vital donde son biológica y físicamente jóvenes; se han independizado de sus familias de origen de forma relativamente reciente y se encuentran asentando sus proyectos personales, familiares y laborales, pudiendo o no tener hijo/as. Es a partir de esto, que los criterios de inclusión de los y las participantes fueron los siguientes:

- Ser chileno/a y haber vivido al menos 2/3 de vida en el país.
- Tener entre 25 y 40 o menos años de edad¹³

En esta investigación intencioné la variación interna de la muestra, considerando criterios que desde la perspectiva de distintos autores (Illouz, 1997; Herrera, 2010;

13 Si bien la edad no indica necesariamente encontrarse dentro de una determinada etapa vital, la utilizo como criterio ya que se vincula a cierto estado biológico y físico, y a ciertas metas, estatus y expectativas sociales.

Lipovesky, 2007; Luco, 2013; Pérez y Estrada, 20016; Riviere, 2009; Rutland, 2013; Tenorio, 2010, 2012) participan en la configuración de las experiencias e ideales amorosos. De esta manera, la variabilidad de los participantes estuvo dada por su género; acceso material y cultural¹⁴ y presencia/ausencia de hijo/as.

Para acceder a la muestra se utilizó un muestreo intencionado, el cual de acuerdo a Flick (2007) se caracteriza porque la selección y acceso a los/as participantes se define en base a criterios teóricos previamente definidos por el investigador, a partir de la riqueza de información que pueden aportar. La muestra quedó compuesta por un total de 18 participantes, tamaño que fue definido en torno a la posibilidad de incluir las diversas posiciones en las que el campo de estudio puede ubicarse y la posibilidad de alcanzar cierto nivel de saturación de los datos. La muestra tuvo las siguientes características:

Tabla 1. Distribución de las características principales de la muestra

Rango de edad de la muestra	Entre 25 y 40 años, promedio de 35 años
Género	Mujeres 55,5% (n=10); Hombres 44,5% (n=8)
Presencia de hijo/as	50% tiene hijo/as (n= 9) 50% no tiene hijo/as (n=9)
Acceso cultural y material	44% Alto acceso cultural y material (n=8) 33% Medio acceso cultural y material (n=6) 22% Bajo acceso cultural y material (n=4)
Tamaño total de la muestra	18 sujetos

¹⁴ Para estimar el acceso cultural y material consideré como criterio general la educación formal de los y las participantes, de modo que quienes poseían un título de licenciado, magíster o doctor fueron considerados como sujetos con un alto acceso cultural; quienes tenían estudios técnico-profesionales o educación universitaria incompleta se consideraron con un acceso cultural medio, y quienes accedieron a la educación escolar media, como nivel educacional más alto, se clasificaron con bajo acceso cultural. Este el criterio a la vez fue contrastado con otros antecedentes para conocer el acceso material como la comuna de residencia, la posesión de cuenta corriente, el ingreso familiar y el lugar y puesto de trabajo. La totalidad de estos aspectos fue la que determinó cómo se clasificaba a los sujetos.

En el anexo 1 se presenta una tabla con el detalle de las características de los y las participante, de modo que si al leer los análisis de las entrevistas se desea caracterizar a los/as hablantes se pueda recurrir a esta síntesis.

Técnicas de producción de información

En este trabajo los datos fueron producidos a través de entrevistas en profundidad. Si bien existen múltiples definiciones de esta técnica, en esta investigación me guíé por la propuesta de Gainza (2006), quien la describe como una técnica social que implica la comunicación directa cara a cara entre un investigador (entrevistador) y el sujeto entrevistado, y que supone los rasgos de apertura y flexibilidad, accediendo a información que incluye aspectos de profundidad, cuyo acceso requiere de un despliegue verbal y oral flexible (Gainza, 2006). Se trata de una entrevista que no sigue una estructura de pregunta-respuesta, sino el modelo de una conversación entre iguales (Taylor y Bogdam, 1992). La naturaleza de la información que se produce es de carácter cualitativo, expresando y dando curso a los modos de pensar, y sentir de los entrevistados, permitiendo conocer sus propios marcos referenciales en torno al tema en cuestión (Gainza, 2006).

Las entrevistas fueron llevadas a cabo por mí y se realizaron de manera individual con cada participante, en un lugar a convenir. Tuvieron una duración aproximada de una hora y quince minutos, en la cual se abordaron los tópicos relevantes para esta investigación. Para lograr amplitud en las entrevistas, es decir asegurarme de abordar todos los aspectos relevantes para la pregunta de investigación (Flick, 2007), la entrevista estuvo orientada por un guión de temas y preguntas. Este guión experimentó modificaciones menores a lo largo del trabajo de campo, cambios que respondían a temáticas emergentes que surgían en las entrevistas y a tópicos que eran redundantes. En términos generales las temáticas tratadas fueron las siguientes: comprensión, expectativas y experiencias en torno a estar enamorado/a; modos de comprender las relaciones de parejas, expectativas y experiencias en torno a éstas; tensiones relativas al amor y las relaciones de pareja, y coexistencia de la vida amorosa con otros ámbitos de la vida (para más detalle sobre el guion, revisar anexo 3). Para cumplir con el criterio de especificidad (Flick, 2007), que impide que la entrevista se quede en declaraciones generales sobre una temática, puse

especial énfasis durante la conversación en aquellos aspectos que para el/la participante eran más significativos. A su vez, hubo apertura para el abordaje de nuevos tópicos (vinculados con el tema a tratar) que emergieran en la conversación.

Posteriormente las entrevistas fueron transcritas íntegramente para ser analizadas. La totalidad de las entrevistas transcritas está disponible en el anexo 2. Cabe destacar que el proceso analítico se realizó simultáneamente con el trabajo de campo.

Procedimiento de trabajo de campo

Para llevar a cabo la investigación, en primer lugar se realizó la búsqueda de potenciales participantes. Una vez que se tenía un posible entrevistado/a lo contactaba indicándole las principales características del estudio y los requisitos de participación. Con quienes accedían a colaborar (casi la totalidad de los/as contactados) se acordaba una fecha y lugar de reunión, en un espacio que facilitara la conversación, fuese de fácil acceso para los y las participantes y permitiera lograr una conversación cercana. Antes de iniciar las entrevistas, se les indicaba con mayor detalle las características del estudio y luego se les entregaba un documento escrito de consentimiento informado que debían firmar. El proceso de trabajo de campo se realizó entre noviembre del año 2014 y noviembre del 2015. Las entrevistas fueron grabadas en audio, para posteriormente ser transcritas. En base a los resultados preliminares que se iban obteniendo y en función de los objetivos, se fue realizando modificaciones al guión temático. El proceso de pre-análisis se realizó simultáneamente al de producción de información.

Método de análisis y procedimiento analítico

Los datos fueron analizados por medio del método del análisis del discurso. Si bien bajo esta etiqueta se incluyen prácticas y procedimientos con variadas raíces teóricas (Iñiguez y Antaki, 1998), de acuerdo a Iñiguez (2003) se puede definir a grandes rasgos como el estudio de las prácticas lingüísticas que mantienen y promueven ciertas relaciones sociales. Los analistas del discurso dejan de lado la comprensión del lenguaje desde una perspectiva “realista representacionista”, entendiéndolo no solo como un medio para describir el mundo, sino como un actor y generador de realidad (Sisto, 2012). En el análisis

del discurso el énfasis está puesto en las consecuencias del uso del lenguaje, e implica estudiar cómo las prácticas lingüísticas actúan en el mantenimiento y promoción de ciertas relaciones sociales, sacando a la luz el poder del lenguaje como práctica constituyente y reguladora de la realidad (Iñiguez y Antaki, 1998).

En el proceso analítico, los discursos deben ser entendidos desde su *función, construcción y variación* (Iñiguez y Antaki, 1998; Sisto, 2012). Las funciones aluden a qué acciones se realizan y qué efectos se generan través del discurso (Flores- Pons e Iñiguez-Rueda, 2009). Dado que las *funciones* que tienen no siempre son explícitas, es necesario considerar los contextos para determinar la función específica de un discurso (Sisto, 2012). Se debe también considerar que los discursos *construyen* versiones sobre el mundo, lo cual está vinculado con cómo la elección activa de ciertos recursos lingüísticos crea, a través del lenguaje, distintas formas de realidad, en la búsqueda de dar sentido a los fenómenos sociales (Sisto, 2012). En cuanto a la noción de *variación*, esta permite detectar las funciones del texto (Flores- Pons e Iñiguez- Rueda, 2009). Desde esta perspectiva, se asume al lenguaje como una entidad variable y relacionada a sus contextos, de modo que el lenguaje puede usarse con una gran variedad de funciones. “Las personas no tenemos discursos coherentes y uniformes, sino que nuestras perspectivas son inconsistentes” (Flores- Pons e Iñiguez- Rueda, 2009, p.694). Un mismo fenómeno puede describirse desde una gran pluralidad de maneras que posibilitan distintas versiones del fenómeno. Es necesario comprender la variedad de funciones con que se usa el lenguaje y la diversidad de consecuencias que esto tiene (Sisto, 2012).

En términos generales, si bien existen distintas tradiciones dentro del análisis del discurso, este consiste en: la definición del proceso social que se va a analizar, la selección de material relevante para el análisis siguiendo el criterio de representatividad y producción de efectos; la materialización del corpus; y un detalle de herramientas específicas de análisis como la identificación de actos del habla, implicaturas, estructuras retóricas, repertorios interpretativos y polaridades (Iñiguez, 2003).

El procedimiento analítico fue llevado a cabo de la siguiente manera: las entrevistas transcritas fueron ingresadas al programa Atlas- ti, para una etapa de pre-análisis en la cual se leyó cada entrevista, se identificaron los contenidos más relevantes y los ejes

argumentales que sostenían cada relato, los cuales fueron integrados en un nivel inter-casos. Esto sirvió para familiarizarse con el material, formular comprensiones tentativas en torno a los discursos y realizar modificaciones en el guión de entrevista.

En un segundo momento tras finalizar el trabajo de campo, se leyó reiteradas veces la totalidad del material con la finalidad de tener una mirada panorámica que permitiera comprenderlo globalmente. Luego se realizó un análisis de contenido intra-caso, en el cual se codificaron las entrevistas, y posteriormente estos códigos se integraron en categorías emergentes inter-casos, que consideraron los datos de todas las entrevistas.

Finalmente se procedió a buscar desde una lógica inductiva y en un nivel inter-casos, los ejes argumentales que sostenían los discursos, para luego identificar en torno a cada eje: elementos retóricos relevantes, metáforas, construcciones de objetos y sujetos, mecanismos de validación de los discursos y sus efectos discursivos; bajo la pregunta de qué sujetos, realidades y relaciones promovían, mantenían o transgredían estos discursos.

Resguardos éticos y criterios de rigor:

A lo largo de todo el estudio, se resguardaron los principios éticos de autonomía, beneficencia, no maleficencia y justicia que deben guiar la investigación científica.

En primer lugar este estudio posee valor social o científico, en términos de que su realización facilita la obtención de conocimientos que en la actualidad no están disponibles o no han sido suficientemente desarrollados, y abre oportunidades para la comprensión y discusión de una problemática de interés social.

El estudio a su vez ha sido realizado considerando estándares de rigor científico en todas sus fases, tanto en la búsqueda y formulación de los antecedentes teóricos y empíricos, como en las etapas de diseño, trabajo de campo y análisis. Esta investigación cumple con estándares de transparencia, en tanto se presenta información detallada de todo el procedimiento metodológico y el contexto de realización del estudio. Para obtener profundidad y detalle en la información producida se generó un ambiente que facilitó la conversación íntima, se indagó y realizó sondeos para ahondar más allá de las respuestas iniciales y comprender los contextos en los que estaban insertos las y los participantes. Además cuando fue necesario, se modificó el guión de entrevista en función de la nueva

información que se obtenía. Al mismo tiempo el proceso de análisis fue detallista, en términos de que cada caso fue analizado minuciosamente para luego contrastarlo y analizarlo en un nivel inter-casos. Para asegurar que hubiese dependencia y coherencia entre las respuestas de los sujetos y las interpretaciones que realizaba, chequeaba que éstas tuvieran correlato en los discursos textuales, y el proceso analítico se llevó a cabo bajo el acompañamiento y supervisión de mi docente tutora y de reuniones de discusión con otros/as estudiantes de doctorado.

Por otra parte, la selección y contacto de los y las participantes fue realizada en base a su capacidad de aportar a las interrogantes del estudio y no por otro tipo de criterios. Cabe destacar que su colaboración no significaba ningún riesgo directo, y además se les explicitó que si no querían conversar sobre algún tema o no deseaban continuar podían hacerlo. En el momento del contacto inicial y al inicio de las entrevistas se explicó oralmente las características del estudio y posteriormente firmaron un documento de consentimiento informado (ver anexo 4). En él se les explicaba la naturaleza de la investigación, las demandas asociadas a su colaboración, cómo se resguardaría la confidencialidad y el anonimato, los riesgos/beneficios asociados al estudio y cómo se usaría la información producida. A su vez, quienes lo desearon serán re-contactados para recibir una síntesis de los resultados de la investigación. Para el resguardo del anonimato y confidencial, se omitió en la transcripción de las entrevistas los nombres de los y las participantes y para identificarlos se usaron siglas y números. Además las personas que colaboraron en la investigación (transcriptora y ayudante) firmaron un acuerdo de confidencialidad en donde se comprometen a no comentar la información a la que tuvieron acceso (ver anexo 5)

Reflexiones en torno al diseño metodológico y al trabajo de campo:

En primer lugar quisiera señalar que acércame a mi objeto de estudio, desde la propuesta del construccionismo social y del análisis del discurso ha significado un importante desafío, en tanto no se trataba de una epistemología con la que yo estuviera familiarizada previamente a mi formación doctoral y en tanto ha sido uno de los aprendizajes más relevantes que he logrado durante este proceso de formación. Decidir trabajar desde este paradigma ha significado cuestionarme supuestos previos, especialmente

respecto al modo de comprender el lenguaje y el rol del investigador. Siempre había intentado asumir una postura ojalá invisible respecto del trabajo investigativo que realizaba, y aprender a posicionarme desde esta mirada ha significado cuestionar mis propios supuestos y las convenciones dominantes sobre qué es y cómo debe ser el conocimiento científico. Si bien no ha sido un proceso fácil y aún hay aspectos que me son difíciles de integrar, como por ejemplo el uso de un estilo de escritura que dé cuenta de mi subjetividad como investigadora, cada vez me siento más cómoda en este modo de hacer investigación, que me hace sentido respecto de cómo considero que se construye la realidad y el rol político y transformador que creo deben tener las ciencias.

En tanto a las decisiones relativas al proceso investigativo debo señalar que implicaron bastantes retos, desde lograr acotar el objeto de estudio, formular los objetivos, a llevar a cabo un diseño que sea consecuente con los supuestos epistemológicos con los que estoy trabajando.

En cuanto a los/as participantes, un primer desafío fue decidir sobre los criterios de inclusión de la muestra. En un principio cuando realicé la formulación inicial del proyecto de investigación opté por incluir sólo sujetos que hubiesen tenido una relación de pareja estable de una duración de al menos un año y que declararan haberse enamorado al menos una vez en su vida. Estos criterios fueron discutidos durante el proceso de presentación de mi proyecto de tesis, lo que me permitió cuestionarme mis propios supuestos. ¿Es que acaso sólo quienes se han enamorado y han estado en pareja tienen “autoridad” para hablar del amor romántico? Hoy me parece evidente que esto no es así. Dado que el amor es una construcción social que configura realidades, relaciones sociales e identidades, las experiencias y discursos de quienes no han tenido relaciones de pareja o no se han enamorado, son tan interesantes y válidas, como las de quienes sí han tenido estas vivencias. No enamorarse o no haber estado en una relación de estas características, es en sí mismo un modo de experiencia amorosa. Tomando en consideración esto, eliminé estos requisitos dentro de mis criterios de inclusión, pero vale la pena mencionar que azarosamente la muestra no estuvo constituida por personas que tuviesen estas características.

Otro elemento en torno a la muestra que me parece interesante aclarar, dado que en muchas ocasiones se me preguntó al respecto, es que decidí no intencionar su heterogeneidad considerando la orientación sexual, puesto que no encontré antecedentes teóricos o empíricos que dieran cuenta de que este fuese un elemento que participaba en los modos de vivir el amor romántico. Sin embargo en este trabajo sí participaron algunas personas que no eran heterosexuales.

En cuanto a la producción de datos, si bien (como creo que le ocurre a la mayoría de las y los investigadoras/es) me tardé más de lo planificado, no fue un proceso difícil en tanto la mayoría de las personas que contacté aceptó ayudarme a realizar este estudio. Sin embargo la mayor dificultad que tuve para realizar el trabajo de campo, fue acceder a personas de un bajo acceso cultural y material, lo que se ve reflejado en que la muestra estuvo constituida por un grupo menor de sujetos con estas características.

Durante la realización de las entrevistas ocurrió algo que me pareció curioso, varios de los y las participantes me manifestaron que se sintieron agradados frente a la posibilidad de contar y reflexionar sobre sus propias creencias y experiencias amorosas, en tanto me señalaban que no era un tema sobre el cual comúnmente se pusieran a pensar. Otro elemento que vale la pena comentar fue que varios participantes pensaban que se iban a enfrentar a un formato de entrevista estandarizada, lo que les llamó la atención ya que no esperaban que se tratara más bien de una conversación sobre el tema. En este sentido, creo que haber usado entrevistas fue lo más pertinente ya que me permitió lograr una conversación íntima con los y las participantes y así acceder a sus experiencias y modos de comprender el amor romántico

En general la realización de las primeras entrevistas me fue un poco más difícil, en tanto me di cuenta que en el guión habían algunas preguntas que no se entendían, que eran reiterativas o que provenían más bien de mis propias reflexiones y distinciones teóricas que de las de ellos/as. Cabe destacar que a la luz de los resultados obtenidos, creo que hubiese sido útil haber añadido al guión de entrevista, temáticas relativas a la percepción de diferencias de género al amar.

Un temor que yo tenía en torno al proceso de producción de datos era la deseabilidad social que se podría dar en las respuestas. Tal como señalé inicialmente existe

un modelo dominante de amor que al funcionar como dispositivo de control, podía limitar a que los participantes se sintieran libres de expresar sus experiencias, frustraciones y deseos. Sin embargo creo que en general esto no fue así y las personas se abrieron a contarme cosas que podían ser consideradas “políticamente incorrectas”. En este sentido creo que logré la generación de un clima de confianza y respeto, para lo que intenté conscientemente no realizar intervenciones que pudieran coartar a los sujetos de expresar sus propios significados y experiencias. Me parece también que ser parte del mismo grupo etario que deseaba investigar (actualmente tengo 35 años), permitió que los/as participantes me vieran como una persona más cercana y pudo favorecer el logro de mayor confianza. En cuanto a los efectos que pudo tener ser mujer sobre la realización del estudio, creo que pudo haber tenido impacto en el caso de las entrevistas con hombres, que tal vez se pudieron haber sentido más evaluados, aunque en general no noté diferencias en los grados de intimidad que logré en las entrevistas con hombres y mujeres. En relación a los efectos que pudo tener ser psicóloga, creo que estos pudieron ser más evidentes en tanto algunas personas (pese a que lo explicité inicialmente) pensaban que había respuestas más correctas o que ciertas declaraciones no iban a ayudarme en mi estudio. Cuando sentía que esto podía estar ocurriendo, yo les aclaraba que todo lo que me dijeran me iba a ser útil y que todas las experiencias y opiniones eran válidas.

Finalmente quisiera señalar que me encuentro satisfecha con el modo en que se desarrolló el trabajo de campo, ya que me permitió acceder a la información que requería para mi estudio sin que hubiese mayores contratiempos.

Resultados

En los siguientes capítulos presento los principales resultados obtenidos. En ellos, se muestran extractos textuales de algunas entrevistas, los que posteriormente son analizados en detalle. Vale la pena señalar que, con el fin de darle mayor hilo conductor a la comprensión de los ejes argumentales que estructuran los discursos, en algunos casos no reparo en algunos aspectos interesantes de las citas, cuando estos se distancian mucho del foco de analítico de ese momento.

Tras el análisis identifiqué la presencia de cuatro grandes ejes discursivos en los relatos: 1) El amor romántico es un sentimiento sublime; 2) El éxito amoroso depende de cada uno; 3) Cuando amas debes entregarte, priorizar y valorar a tu amado/a, pero esto debe ser recíproco y sin que te hagas daño; 4) Con el tiempo amamos de forma menos apasionada, pero más racional y comprometida. A su vez decidí incluir en los resultados a presentar un quinto eje argumental, que si bien no adquiere en los discursos la centralidad de los ejes anteriores, sí es relevante para los objetivos de este trabajo: 5) La mujer es más sentimental y entregada, y el hombre es más racional y sexual.

Cada uno de los ejes discursivos mencionados corresponde a un capítulo de los resultados y en ellos también se presentan los argumentos que los nutren. Con la finalidad de introducir al lector, realizo una breve presentación de estos ejes y de cómo operan desde una lógica discursiva.

El amor romántico es un sentimiento sublime, por medio de este argumento el amor romántico se configura como un sentimiento altruista y superior, que si bien en estos discursos está condicionado a la reciprocidad, permite que los sujetos cuando están enamorados/as, se “entreguen” a la relación, prioricen al amado/a y su bienestar, y deseen construir un vínculo duradero con su pareja. Por medio de este discurso, se jerarquizan las distintas emociones y vínculos, y se posiciona de manera distinta a quienes están en pareja y enamorados/a, de quienes no lo están.

El éxito amoroso depende de cada uno: este argumento sostiene la idea de que si bien en el amor y la vida amorosa existen aspectos incontrolables, el “éxito” está definido por nuestra capacidad de “vencer” a los deseos, emociones y “tentaciones” que se

interpongan. En este eje discursivo, se evidencia la dicotomía razón – emoción, y el mandato de que la razón y la voluntad deben dominar. Si bien se asume que esto no es fácil, se entiende que sí es posible y la vida amorosa se configura como un espacio en donde nuestra capacidad de autogobernarnos está en juego, y en dónde los resultados dependen en gran parte de nosotros.

Cuando amas debes entregarte, priorizar y valorar a tu amado/a, pero esto debe ser recíproco y sin que te hagas daño. Este eje discursivo caracteriza qué y cómo se debe amar, creando una pauta de los “derechos y deberes” del enamorado/a. Bajo este argumento confluyen valores modernos y postmodernos, se sostiene la idea de que el amado/a debe ser prioritario pero se introducen el valor del sí mismo y de la reciprocidad, lo cual matiza las condiciones en las que los sujetos estarían dispuestos a hacer “todo” por amor.

Con el tiempo amamos de forma menos apasionada pero más racional y comprometida. A través de este argumento se define cómo se debe amar cuando se es adulto y se está una relación estable. En este discurso se configura el “verdadero amor”, como una emoción que va más allá de la pasión, que se sostiene en la profundidad, el compromiso, y que requiere de voluntad. Se trata de un discurso, que define cómo debe comportarse un sujeto “maduro/a”, cómo debieran ser las trayectorias amorosas y cómo se vive en pareja cuando se tiene hijo/as.

La mujer es más sentimental y entregada, y el hombre es más racional y sexual. A través de este argumento hombres y mujeres se posicionan de forma distinta frente al AR y las relaciones amorosas, manteniéndose en estos relatos los tradicionales estereotipos y roles de género. Si bien no se trata de un eje argumental preponderante en los discursos, llama la atención que en él no se presentan matices. En las entrevistas analizadas, cuando se apeló a las diferencias de género, siempre se mantuvo el discurso tradicional, sin que se observaran variaciones.

Capítulo 7

El amor romántico es un sentimiento sublime

Un eje que articula los discursos de los y las participantes, es que el amor romántico es un sentimiento superior a otros, en tanto lo que sientes y estás dispuesto a hacer cuando estás enamorado/a no sucede en otros afectos o relaciones. En estos discursos el amor dota a los sujetos de cierta nobleza y altruismo que los hace ir más allá del deseo y la pasión, les permite construir una relación pese a las dificultades, priorizar el bienestar del amado/a y a la vez los gratifica emocionalmente. Sin embargo cabe destacar que esto está mediado por la existencia de reciprocidad. Los argumentos que sostienen este eje discursivo son los siguientes: el amor romántico saca lo mejor de uno; cuando amas te sientes pleno/a; del amado recibes un apoyo y contención que no te dan otros vínculos; cuando amas priorizas el bienestar del otro y la relación (siempre y cuando sea recíproco).

El amor romántico saca lo mejor de uno

Un argumento presente en las entrevistas analizadas es que el amor saca lo mejor de las personas, en tanto es capaz de sanar heridas, genera cosas positivas y te permite ser mejor persona.

Participante: Sí. Y ella...yo era compañero del hermano de ella y él me dice que ella me encontraba bonito y yo no lo creía, entonces nos juntábamos y empezamos a conversar, pero yo seguía con un conflicto adolescente derivado de mi historia familiar, de mis carencias afectivas. Pero estaba ella también, y ella me quería incondicionalmente. Y eso fue en el fondo lo que me salvó.

Entrevistadora: Cuando tú dices que te salvó ¿de qué te salvó?

Participante: Porque yo podría haber seguido el mismo destino de otros jóvenes. Tuve un montón de amigos que terminaron en la cárcel, en esto de la droga y ella me dio la fuerza para creer y para ser yo mismo. (Participante 15, 31 de agosto, 2015).

Este relato se articula a partir de la lógica de que el amor salvó al hablante de un futuro desfavorable. En él entran en tensión el futuro que fue (gracias al amor) y lo que podría haber sido (sin éste) y se hace la distinción entre él que fue rescatado, y sus amigos que no pudieron salvarse. El amor irrumpe frente a un destino poco auspicioso y lo

transforma. Es capaz de suplir conflictos y carencias, y por tanto tiene el poder de “salvar” a los sujetos. Me parece interesante el uso de este término, en tanto evidencia el rol y el poder que el hablante atribuye al amor que es posicionado como una fuerza poderosa y suprema, capaz de transformar a quien toca.

Participante: Siempre está uno, no sé, uno va a tomar una decisión y está esa persona.

Entrevistadora: Ya.

Participante: O va a hacer algo y siempre considera esa persona. O a veces, si los proyectos a futuro que uno tiene. Porque eso es lo hermoso del amor, que el amor no te hace, te resta egoísmo y tienes que tú abrirte a compartir. O sea, entre más amor tienes, menos egoísta eres. Es mi opinión, o ha sido mi experiencia por lo menos. (Participante 7, 8 de mayo, 2015).

El argumento que configura la cita anterior es que el amor te hace ser menos egoísta, en tanto el amado/a siempre se encuentra presente en tu mente. Amor y egoísmo se encontrarían en contraposición y en una relación inversamente proporcional. Me llama la atención que el participante señale: “tienes tú que abrirte a compartir”, en tanto “compartir” se configura como requisito del amor. Sin embargo, me parece necesario preguntarse cómo se entienden el egoísmo y la generosidad en estos discursos. Al parecer en ellos, la pérdida de egoísmo se asocia a desear el bien del amado/a y a tenerlo en cuenta para decidir, pero me parece que los aspectos egoístas que puede tener nuestro modelo cultural del amor (como por ejemplo los deseos de posesión asociados a amar), al menos en estos discursos, casi no son problematizados salvo excepciones.

Los relatos que argumentan que el amor romántico saca lo mejor de uno/a, contribuyen a posicionarlo por sobre otro tipo de emociones y relaciones, y también a mantener las altas expectativas que se tienen de él.

Cuando amas te sientes pleno/a

Existe coincidencia entre los y las participantes en que estar enamorado/a es una vivencia positiva, asociada a felicidad, plenitud y deseo del otro/a.

Entrevistadora: ¿Y qué se siente cuando uno está enamorado? ¿O que has sentido tú al estar enamorado?

Participante: No, que me gusta la persona de al lado, que siempre estoy contento con la persona de al lado. No sentirme solo, no sentirme...hay una cuestión como de tristeza cuando estaba solo y cuando estoy bien con la persona de al lado, estoy acompañado. Puedo contarle mis cosas íntimas y viceversa, que me cuente cosas íntimas a mí.

Entrevistadora: Y cuando tú dices siempre ¿estás pensando en constante o la mayoría de las veces?

Participante: Siempre en constante, siempre que tengo cosas que decir las puedo decir y viceversa, las escucho y eso. Eso para mí es mi sentimiento de estar enamorado. Cuando estoy con ella, abrazarse y sentir el amor, sentir que pucha estoy bien. No sentirme avergonzado ni nada con la pareja ¿cachai'? O sea hay parejas que tuve de pololeo que no me sentía bien con ellas, con las demás y eran puras peleas. (Participante 10, 1 de junio 2015).

En el extracto anterior estar enamorado se vincula a agrado, satisfacción, compañía, intimidad, confianza y bienestar. Es interesante que para el hablante, amar implica estar “siempre contento con la persona”, esto me llama la atención pues es poco habitual y posible estar “siempre” contento, aunque él hablante pareciera que al usar este término no lo asocia a alegría, sino más bien a satisfacción y a sentirse cómodo con la pareja. En esta cita, estar soltero se homologa a soledad (“cuando estaba solo”) y se vincula a tristeza, sentimientos que el amor romántico aplacaría, lo cual tiene el efecto de significar la soltería como un estado negativo, de carencia. Llama la atención la especificación que realiza el hablante al indicar que cuando “estás bien” con la persona estás acompañado, ya que da cuenta de que el solo hecho de estar pareja no sería suficiente. Esto coincide con el discurso de la totalidad de las y los participantes para quienes estar en pareja es positivo o deseable, solo si a ésta se le ama. El amor se configura como piedra fundacional de este tipo de relaciones.

Entrevistadora: ¿Y qué sientes o qué has sentido más de emoción cuando has estado enamorada?

Participante: Ahí parece como que no sé. Como felicidad, plenitud, tranquilidad, paz, pero que son cosas que también siento ahora ¿cachai'?

Entrevistadora: Sí, pero ahora ¿qué sientes por tu pareja ahora?

Participante: Ah, claro. Cuando estoy con él siento paz, como protegida, como en el 100%. Como que estoy con él y estoy perfecto, como que no necesito agentes externos. Estar en mi pieza, sentados en la cama y es perfecto. (Participante 11, 10 de junio 2015).

Como se observa en este caso, los sentimientos asociados a amar, son similares a los del extracto anterior, pero me parece interesante profundizar en la metáfora de “estar al 100%” ya que lleva a creer que si no se está en pareja o enamorado/a no es posible encontrarse pleno. A la vez, la entrevistada usa dos veces el término “estar perfecto” para aludir a cómo se siente con su amado. Tanto la idea de perfección, como la metáfora del “100%” dan cuenta de la imposibilidad de que algo sea mejor de lo que ya es y por lo tanto pareciera que estar enamorado/a y con el amado/a es el estado ideal en el cual se puede encontrar una persona, manteniéndose a través de este discurso las creencias que posicionan al amor romántico como fuente de felicidad. Otra expresión que considero interesante es la de “no necesitar de agentes externos” ya que configura a la pareja como una unidad con límites respecto del mundo exterior, el cual pasa a ser innecesario cuando se está con el amado/a. La siguiente cita también da cuenta de esto:

Participante: (...) Yo creo estar enamorada es como..., sentirse parte del otro y sentirlo parte tuya (...) (Participante 1, 8 de abril 2015).

En este caso, se evidencia la representación del amor como una unión con el otro/a. Es interesante reflexionar sobre los efectos que esto tiene, dado que en la medida que en el amor se espera la fusión: ¿Qué rol y qué efectos tienen las diferencias e individualidades entre los amados/as? ¿Qué espacios existen para las diferencias sin que estas se conviertan en una amenaza para la relación?

Cabe destacar que en algunos relatos el amor se configura como un afecto que transforma los modos de dar sentido a la vida.

Entrevistadora: ¿(...) cómo se siente una persona [enamorada]?

Participante: Eh, bien porque te llena todos tus espacios.

Entrevistadora: Ya en qué sentido.

Participante: En el sentido que, no sé poh [sic], salís [sic] con ganas a trabajar, porque vay [sic] a terminar el día y lo vay [sic] a ver. (Participante 6, 4 de mayo, 2015).

En este caso podemos ver que también se alude a la metáfora de “estar lleno”, pero se le agrega el matiz de que cuando se ama la vida adquiere un sentido distinto, que gira en

torno al amado/a. “Sales con ganas a trabajar porque al terminar el día lo vas a ver” dice la entrevistada y con esto el enamorado/a se configura en aquello que da motivación a su vida. El amor se posiciona como centro de la propia existencia y se mantienen las creencias que señalan que la vida tiene más sentido cuando se está enamorado/a.

En los discursos aparece reiteradamente la idea de que amar implica un deseo del otro/a, no solo en el plano sexual sino también en lo emocional y dentro de la vida cotidiana.

Participante: [en respuesta a cómo sabe que está enamorado] O sea, me doy cuenta porque la... porque me acuerdo de ella, porque pienso en ella, porque me dan ganas de saber de ella, me dan ganas de hacer cosas con ella. Porque, me preocupo de ella. Un poco por las cosas que te he dicho. Yo creo que me proyecto con ella. Es como alguien con la que siento que quiero estar con ella, quiero hacer cosas con ella. (Participante 4, 24 de abril 2015).

El deseo de cercanía con el amado/a se constituye como evidencia de amor. La posición que tiene la pareja en nuestras vida, nos ayudaría a saber si amamos o no. Estar enamorado/a implica un anhelo del otro/a, que estaría presente tanto en nuestros pensamientos, como en las fantasías y cotidianidad. Si bien el deseo del otro se entiende como una característica del amor, existen matices respecto de la intensidad y la connotación con que esto se vivencia:

Entrevistadora: ¿Qué te hace darte cuenta que estás enamorada de él?

Participante: Porque no puedo estar sin él.

Entrevistadora: ¿Y qué vendría siendo no estar con él?

Participante: Por ejemplo, él trabaja de noche. Entonces cuando no está, me siento sola y trato de buscar el ladito de él, el calor. Pero no puedo estar sin él. (Participante 18, 28 de Octubre 2015).

En la cita anterior amar se asocia a una necesidad inhabilitante del otro/a. Si bien retóricamente se trata de una hipérbole, ya que la participante sabe que en términos biológicos sí le es posible vivir sin su amado, es interesante la potencia de esta afirmación. No se trata de no desear estar sin el amado, sino de no “poder” hacerlo, de estar incapacitado para vivir satisfactoriamente sin su presencia. Me parece que esta afirmación tiene consecuencias potentes en los modos de experimentar las relaciones amorosas, ya que, si se vivencia como inviable una existencia sin el amado/a; se podría estar dispuesto a hacer

y tolerar muchas cosas para tenerlo cerca. Este tipo de discursos serían los que a mi juicio, permiten sostener la idea de que hay que soportarlo todo por amor, ya que construyen al sujeto como alguien que sin la pareja está discapacitado y cuyo bienestar está condicionado a su presencia.

Como señalé anteriormente, el deseo de estar con el amado/a y la satisfacción asociada a su presencia se entienden como propios de estar enamorado/a, pero se presentan con matices distintos entre los y las participantes.

Participante: (...) Yo he visto mucho cine en mi vida, no veo muchas comedias románticas que es el género que más odio en el mundo, pero incluso en los dramas y todo está esa idea de que el amor te va a realizar y la felicidad. Yo creo que en parte eso está en mí, como que siento que estoy más feliz con el A¹⁵ que sin el A. Pero me da temor que mi felicidad dependa de él. (Participante 9, 26 de junio, 2015).

En este discurso, si bien se cuestionan elementos del modelo amoroso cultural, se acepta su influencia y se reconoce como parte de la propia experiencia. El conflicto surge de la tensión entre la emoción y la razón: el hablante reconoce que su vida es más feliz con su pareja, pero no quiere condicionar su felicidad a la presencia del amado. Me parece particularmente interesante este discurso, en tanto transgrede los modos tradicionales de comprender el amor. En este caso a diferencia de lo que dicen los mitos tradicionales y de lo que ocurre en algunas de las entrevistas analizadas, poner la propia felicidad en manos de otros es indeseable y problemático.

Del amado/a recibes un apoyo y contención especial

Otro argumento que articula los discursos es que el amor romántico es un afecto especial del cual se reciben satisfacciones especiales que no se obtienen a través de otras emociones y relaciones.

Participante: Entonces, igual extraño como, como el... a ver. El, el tener a alguien, que, que me apunte, que sea mi compañero, que me contenga, cachai'. Eso extraño.

Entrevistadora: ¿Y eso uno no lo puede tener en otras relaciones?

15 Inicial del nombre de su pareja

Participante: Eh, tal vez sí, pero no con la intensidad que uno lo vive teniendo en una pareja estable.

Entrevistadora: Y qué hará que con una pareja sea más intenso que con otra.

Participante: Está la confianza, está el amor. (Participante 6, 4 de mayo, 2015).

En este relato se posiciona al AR y las relaciones de pareja, con superioridad frente a otros vínculos y amores; que no pueden entregarte lo mismo o con la misma intensidad. De esta manera se configura a quienes no están emparejados como personas carentes, en cuanto hay algo que no pueden recibir ni sustituir en las relaciones que tienen, y esto sería el compañerismo, contención, y apoyo que otorgaría una pareja estable. Me llama la atención que el argumento sobre por qué esto no se puede encontrar en otros vínculos, esté dado en la confianza y el amor, ya que subestima el modo en que estas emociones están presentes en otras relaciones, como las familiares y de amistad.

Participante: O sea, es como mi partner. Muchas veces lo quiero matar y digo que soy súper woman y que me las puedo sola y que estaría mucho mejor viviendo sola en un departamento, pero en verdad no. Obviamente es mi apoyo todo el rato.

Entrevistadora: Apoyo en qué cosas, por ejemplo.

Participante: En todo. O sea en los días que estoy mal, en los días que estoy bien, me refuerza mis ideas o mis proyectos o mis planes o mi educación con mis niños, con todo. Como que me apoya todo el rato y me respeta. (Participante 11, 10 de junio, 2015).

En esta cita se evidencian los matices con que se vive el amor, la entrevistada señala que a ratos quiere “matar” a su marido, pero luego recula y reconoce lo que recibe de él. Ella dice “Obviamente es mi apoyo todo el rato” y al hacerlo enviste esto como algo tan evidente e indiscutible, que la hace desestimar sus cuestionamientos anteriores. Al evaluar su relación posiciona positivamente el apoyo que recibe, el que se percibe como completo y constante (“en todo y todo el rato”). Cabe destacar que en este relato, el apoyo no solo se asocia a cuando se está mal, sino también con impulsar y respaldar los proyectos y decisiones personales, lo que es vinculado al respeto. La valoración positiva que se hace de ser apoyado en los propios proyectos y decisiones, da cuenta de que en el amado tanto se busca un refugio para los malos momentos, como también a alguien que te respalde y estimule como sujeto. Esto a mi juicio evidencia la relevancia que adquiere la valoración de sí mismo y de los proyectos individuales.

Estos discursos tienden a mantener las creencias que posicionan el AR como algo superior. Estar enamorado/a y en una relación romántica, entregaría vivencias que no se puede obtener de otras maneras y posiciona a quienes están en pareja (y son amados en términos de AR) en una posición aventajada.

Cuando amas priorizas el bienestar del otro y de la relación

El amor se configura como un sentimiento altruista, anhelar el bienestar de la pareja y estar dispuesto a ceder, trazar o sacrificarse para lograr esto, serían característicos del AR. En varios de los discursos analizados, observamos que postergarse por el bien del otro/a se construye como evidencia del amor; quien ama está dispuesto a posponer lo que desea y a hacer lo que no le gusta:

Participante: Igual trato de: “Ya J¹⁶., sabís [sic] qué, vamos a Brasil”¹⁷. Igual lo trato de hacer, mi papá no lo hace. Trato de hacerlo. Un poco pa' [sic]... De repente a mí no me gusta acostarme tan tarde, pero lo hago pa' [sic]... que, pa' [sic]. ceder pa' [sic]. ella, porque a ella le gustaba salir antes, me cachai'. Igual sale con sus amigas y le digo que salga. A mí igual me gusta, de repente, salir a tomarme algo con mis amigos, y también lo acepta. (Participante 5, 29 de abril 2015).

En esta cita el hablante señala en reiteradas ocasiones que “igual trata” de hacer cosas que no le gustan por su pareja. El uso de este término, da cuenta de que hacerlo no es fácil y que no siempre lo logra. Al compararse con su padre, el hablante se diferencia de sus modelos familiares y al mismo tiempo exalta y excusa su propia conducta. A la vez, admite que su pareja ha realizado cambios en su estilo de vida e intenta ser recíproco y adaptarse sus gustos. Al dar cuenta de esto, en el discurso se reconoce al otro como un individuo distinto con sus propios intereses y la reciprocidad de la entrega se constituye en un valor y una aspiración que motiva al sujeto a hacer lo que no desea.

Estar enamorado/a se asocia a comprometerse y priorizar el bienestar del otro y de la relación, lo cual implicaría entregarse, ceder, trazar y hacer sacrificios. Es en estos actos dónde se demostraría el amor:

16 Inicial del nombre de su pareja.

17 Anteriormente el hablante había señalado que a diferencia de su pareja, él prefería ir de vacaciones al sur y no a una playa.

Participante: [aludiendo a los sacrificios que se hacen por amor] Yo creo que como hacer sacrificios de repente, no sé poh [sic], de no estar con su gente querida también, o familia, por estar contigo. Como eso. O de repente planificar cosas que quizás no la habría pensado si no hubiera estado enamorada de ti o contigo.

Entrevistadora: Y por qué esperai [sic] como ese tipo de cosas. O sea, por qué crees que esperas eso.

Participante: No, no. No esperar, pero yo creo que son como cosas donde se demuestran que en verdad alguien está enamorado de ti. O que quiere estar contigo, porque al final el resto de las cosas siento que son como más, no sé si superficiales, pero cosas que espero que, o cosas que haría alguien como un amigo o un conocido por ti, no, no marcaría una diferencia. ¿Cachai'?

Entrevistadora: O sea, como que una diferencia la podría marcar las cosas que está dispuesta a dejar el otro por ti, por ejemplo.

Participante: Yo creo. Yo creo, sí. Yo creo. Sí porque, por lo menos lo que he visto yo, no sé si será tanto mi caso, o lo que ha pasado, pero lo que he visto en otras parejas y en lo que he visto en otras relaciones, donde al final, si alguien está enamorado realmente como que logra transar cosas de repente, como decisiones de vida. Porque si hay gente como que cambia un poco cuando está en pareja (Participante 4, 24 de abril, 2015).

En este discurso, se diferencian las relaciones sociales y se posiciona al amor romántico como una emoción que provoca una entrega superior a la que se da en otros vínculos y que es lo que “marcaría la diferencia”. Llama la atención, el uso de los términos “realmente” y “verdaderamente” enamorado, ya que apelan a la existencia de amores ilusorios o falsos, que si bien pueden ser difíciles de distinguir, se revelan como tales al momento de realizar sacrificios y transar. Este discurso tiene efectos tanto en las formas de amar, como en lo que se espera del amado/a. Para amar debo estar dispuesto a transar en mis “decisiones de vida”, como a la vez el otro/a si “realmente” me ama debe hacer lo mismo.

En la siguiente cita, al igual que en las anteriores se plantea la relevancia de priorizar al amado/a, pero en ella se tensiona y cuestiona lo que esto significa y los efectos que tiene:

Entrevistadora: ¿Crees que estar enamorada implica dejar de hacer ciertas cosas?

Participante: ¿Cómo sacrificar ciertas cosas?

Entrevistadora: Como lo quieras interpretar tú.

Participante: Yo creo que uno sí va re organizando sus tiempos y priorizando en parte a esa persona y eso implica lo que decía antes: de ver menos a los amigos, pero yo trato. Y en este caso sí, como de negociar siempre cosas. Yo creo que es importante y en este caso siempre está esa tensión de tener una relación que puede ser más afectivamente feminista y que no caigamos en relaciones de dominación del otro o de estos celos o de pensar que el otro te pertenece, como de objetivizar [sic] al otro, de tener cuidado con eso pero a la vez eso pasa, de que igual uno siente celos e igual quieres que sea tuyo y eso un proceso doloroso igual.

Entrevistadora; ¿Y cómo explicas que pase eso, en el fondo? Como que uno dice ‘me encantaría no sentir celos, me encantaría no sé qué’. ¿Por qué crees que eso pasa?

Participante: Yo creo que tiene que ver con estos factores sociales y culturales con los cuales uno nace y se enmarca. (Participante 9, 26 de junio 2015).

En este caso, emerge una tensión entre lo que piensa y lo que siente; conflicto que aparece con recurrencia en los discursos y que será analizado en detalle en capítulos posteriores. En este extracto se distingue entre dos tipos de relaciones: las afectivamente feministas y las de dominación. Las primeras serían las deseables y las segundas las que hay que evitar. Por contraste, podríamos pensar que las relaciones feministas serían contrarias a las anteriores y la negociación sería el mecanismo que permitiría su desarrollo. En este discurso si bien se indica que amar requeriría priorizar a la pareja, esto se tensiona y problematiza, en tanto se cuestionan sus efectos (celos, relaciones de dominación, objetivar al otro). A la vez, se advierte que si no se desea que esto ocurra, es necesario “siempre” negociar, “tener cuidado” y estar atento a no “caer” en este tipo de relaciones. Se trataría de una amenaza siempre latente, ya que la tendencia cultural sería a formar este tipo de vínculos. A la vez, al argumentar que las relaciones de dominación están abaladas y promovidas socialmente, la hablante reconoce que sus aspiraciones amorosas son más bien contraculturales. Dado que las explicaciones de por qué este tipo de relaciones prevalece son de orden social y cultural, y no se apela a una “naturaleza” humana, este discurso da espacio a la posibilidad de establecer otro tipo de vínculos sentimentales, no basados en el sometimiento.

A modo de síntesis, cabe destacar que los discursos analizados mantienen la idea de que si se está enamorado es necesario priorizar y entregarse a la pareja pero condicionan esto a la reciprocidad, transgrediendo el mito de que el amor es incondicional.

Capítulo 8

El éxito amoroso depende de cada uno

Un eje que articula los discursos es que el éxito amoroso depende de cada uno. Esto se vincula con la creencia de que el “amor verdadero” requiere de trabajo, esfuerzo y voluntad, y por lo tanto para que te vaya “bien” en el amor es necesario ser perseverante, racional y no dejarse llevar por las pasiones. Estas últimas se configuran como una amenaza, tanto para el amor romántico como para los sujetos, en tanto nublan nuestro juicio y nos impiden evaluar críticamente la realidad. A partir de estos discursos los sujetos se configuran como actores de su vida sentimental, y el “éxito o fracaso” amoroso depende de nuestras habilidades. De este modo que la vida amorosa se constituye en un campo donde entran en juego nuestras competencias y a partir del cual podemos o no sentirnos orgullosos de lo que hemos logrado. Los argumentos que sostienen este eje discursivo son los siguientes: para “triunfar” en el amor la razón debe ganarle a las pasiones; el amor no llega, el amor se construye y; por amor no puedes ser irracional.

Para “triunfar” en el amor, la razón debe ganarle a las pasiones

A lo largo de los relatos se evidencia que las experiencias amorosas de los y las participantes están tensionadas entre la voluntad y la razón v/s las pasiones y deseos. Si bien los y las hablantes identifican en el amor un componente pasional y no controlable, a la vez esperan poder gestionar y manipular sus emociones.

Dentro de este contexto, la voluntad sería uno de los ejes centrales que permitiría gobernar los impulsos. El amor y la mantención de una relación amorosa estarían ligados a la decisión y fuerza de voluntad, lo que conlleva a posicionar al sujeto con agencia frente a su vida amorosa. Si bien, el rol de la volición se ve matizado por la presencia de aspectos irracionales que estarían vinculados al amor (como la definición del objeto amoroso o las reacciones físicas que ocurren frente al amado/a), se considera que son la decisión y la disposición, lo que definen la vida amorosa.

Participante: Cachai', como que nos fuimos conociendo, lo fuimos pasando bastante bien, empezamos a vernos cada vez más hasta que decidimos ser pareja así como estable los dos

y respetarnos y no ser infieles y no hacer otras cosas por otros lados y se nos fue dando. O sea, después de querer compartir más cosas o más proyectos hasta que llega un minuto que decidimos como vivir juntos porque...porque estábamos como, como...ay, la palabra, como los dos dispuestos a vivir la vida juntos y hacer el esfuerzo porque no es fácil (Participante 11, 10 de junio 2015).

La decisión se constituye como el eje que estructura el desarrollo de la relación sentimental. “Decidimos ser pareja estable” y “Decidimos vivir juntos”; señala la entrevistada y de esta manera los/as enamorados se posicionan con voluntad y agencia frente a su relación. La elección, a diferencia de lo que ocurriría siglos atrás, estructura la vida amorosa. Se alude a “querer compartir más cosas”; a “estar dispuestos a vivir la vida juntos y hacer el esfuerzo”; y ser pareja se constituye en una decisión y no en una imposición externa. Es importante destacar también, cómo en este extracto se advierte que esto “no es fácil”; la elección se vincula con decidir embarcarse en este proyecto, pese a las dificultades que pueda presentar.

Vinculado a los discursos que señalan que el amor requiere de esfuerzo y trabajo, aparece en varios relatos el argumento de que el amor es capaz de superar las dificultades:

Participante: (...) el amor verdadero se demora y yo en ese sentido he sido privilegiado. Me siento rico en varias cosas y me sobra de todo porque encontré el amor creo que muy temprano y además fui correspondido, no sé y hay esa tenacidad, como esa atracción de seguir a pesar de que hay conflictos y hay crisis: que te puede entrar otra persona o que te lleves bien con otra persona pero no va por ahí.

Entrevistadora: Porque tú en algún momento, cuando estábamos conversando me dijiste que creías que uno se podía enamorar más veces ¿Qué piensas de eso? Porque ahora me dices que finalmente uno se enamora una sola vez.

Participante: Porque los que se enamoran una segunda o tercera vez es porque no encontraron el verdadero amor.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Si no, hubieran seguido. (Participante 15, 31 de agosto 2015).

En este discurso se configura dos objetos: el amor verdadero v/s los amores “falsos”. El uso del término “verdadero”, tiene el efecto de devaluar y cuestionar la autenticidad de los otros romances. El “amor verdadero”, se expresa en singular, solo se

puede vivir una vez, y quienes se han enamorado varias veces es porque no lo han encontrado. El discurso de que el amor supera las dificultades, promueve que las personas se mantengan unidas pese a las desavenencias, ya que quien rompe una relación por las dificultades que experimenta, es quien no ama verdaderamente, quien solo ha vivido una ilusión adulterada del amor. A su vez tiene también el efecto de invalidar o al menos cuestionar, la autenticidad del amor que han experimentado quienes han tenido múltiples parejas. De esta manera se legitima, la idea de que el amor es solo uno y que para tener ese estatus debe prolongarse a largo plazo. Cabe destacar que este discurso coexiste con otros en donde se concibe que si se puede estar enamorado/a de distintas personas a lo largo de la vida.

Trabajar o esforzarse por la relación y el amado/a aparecen como constitutivos del amor romántico y por el contrario, el no tener la voluntad de hacerlo se identifica como evidencia de que algo está fallando.

Participante: [Argumentado sobre como sabe que está enamorada] (...) porque uno trata de hacer todo lo posible para que la cuestión mejore, de estas crisis y todo tratas de no hacer las cosas que le molestan, tratas de amenizar y armonizar toda la situación. (Participante 11, 10 de junio 2015).

Una evidencia del amor sería estar dispuesto y querer esmerarse por la relación pese a que sea difícil. Se puede entender por oposición, que cuando esto deja de ocurrir, es porque se ha dejado de amar. Se puede pensar sin embargo -considerando el relato anterior- que se trata de un argumento circular ya que para que el amor dure debe haber esfuerzo, pero la voluntad para esforzarse, la da el amor. En los discursos analizados, el amor se vincula a un compromiso que también tiene un carácter racional, asociado a la decisión de comprometerse con el otro.

Llama la atención que en algunos relatos, se utilizan términos bélicos para aludir al trabajo que requiere sostener el amor y una relación a largo plazo. Una expresión interesante que aparece en algunos casos es la de “luchar por la relación”. Es necesario pelear para mantener el amor y las disputas que hay que batallar son contra las tentaciones, los deseos personales y una cultura que privilegiaría el éxito individual. El análisis de la siguiente cita permite profundizar en torno a la lucha contra las llamadas “tentaciones”:

Participante: (...) Porque muchas veces se da por hecho que “ya, se casaron. Está todo listo”. Es una lucha diaria. Para mí, esta responsabilidad es una lucha diaria.

Entrevistadora: Pero tú dices lucha, ¿Lucha contra qué, por ejemplo?

Participante: Primero contra, porque no decirlo, contra tentaciones que son diarias.

Entrevistadora: Ya, cómo...

Participante: (Interrumpe) Por ejemplo, puede salir alguien que a uno también le guste, se lo haga ver y entonces ahí también hay algo que uno también tiene que decidir. Entre los deseos, eh, los deseos cómo decirlos, momentáneos, a lo que realmente son las cosas importantes. Y en este caso no puedo dejar ese sentir de amor, por algo que es pasajero. Que me encanta, que me gusta, pero que sé que no va a tener proyección. Por lo que te decía al principio, porque uno, el amor, uno se enamora una sola vez en la vida. (Participante 7, 8 de mayo 2015).

En este caso el término “lucha” sirve para enfatizar que mantener el amor no es fácil y tiene dificultades. Se trata de un combate que debe darse diariamente y por distintos frentes. El amor no se conquista de una vez, como por ejemplo por el hecho de casarse, sino que se trata de una guerra que hay que dar a diario: la lucha entre la razón y el deseo. En cuanto a los argumentos de por qué batallar se apela a la responsabilidad por el compromiso matrimonial, al deber, a lo realmente importante, a la proyección del vínculo y a la posibilidad de perder a la única persona que amarás en la vida. Una tentación –en este caso otras mujeres-, es algo atractivo pero inconveniente; algo frente a lo cual es necesario luchar ya que el riesgo de caer en ella es perder al “amor de tu vida”. De esta manera la creencia de que uno se enamora una sola vez, sirve como justificación para ir contra el “deseo”, para decidir entre lo momentáneo o lo “realmente importante”, entre lo que se proyecta o lo intrascendente; es el argumento para proseguir responsablemente con el compromiso matrimonial, la razón para mantenerse en la misma relación, para ser monógamo.

Otro término de carácter bélico utilizado por un participante es el de “rendirse”:

Participante: [Aludiendo a las razones de su separación matrimonial] (...) Entonces hago el mea culpa de no haber seguido intentándolo, de haberme rendido. Al final llegué a un punto que básicamente me rendí, yo me volví sumiso porque estaba cansado de pelear y de las discusiones. Lo único que quería hacer era llegar a la casa y ver una película con mis

cabros, abrazados y estar tranquilito ahí. Y finalmente no lo lograba” (Participante 14, 23 de julio 2015).

En este caso, el término “rendirse”, alude a darse por vencido en la batalla por la relación, lo cual parece que es vivido con culpa por el hablante quien cree que debió haber seguido “luchando”. En este extracto el sujeto se posiciona a sí mismo como alguien derrotado por las circunstancias, que no fue capaz de hacer lo necesario para mantener su relación; es culpable de no haber seguido luchando.

Como podemos interpretar de las citas anteriores, para que el amor se mantenga es necesario “luchar” y no “rendirse”, lo cual posiciona a quienes sostienen relaciones a largo plazo, con una capacidad superior a quienes experimentan quiebres amorosos o tienen vínculos de corta duración. Si la relación no funciona es porque alguien no trabajó o luchó lo suficiente. Esto a la vez se podría vincular al uso común del término "fracaso amoroso", en donde romper una relación es equivalente a fallar, ya que si nuestras vidas amorosas dependen de nosotros y de nuestra voluntad, el que no resulten según nuestros deseos también es responsabilidad nuestra.

Entrevistadora: [conversando sobre la trama de las películas románticas] ¿Y tú crees que eso puede pasar, en el fondo? ¿Lo de felices para siempre?

Participante: Sí, yo creo que sí. Si uno se lo propone...yo estoy dispuesto a eso. Yo antes llegaba, conocía a alguien y era como pololear, ahora no. Ahora estoy decidido a encontrar el amor, siempre lo he buscado y lo quiero encontrar. (Participante 16, 31 de agosto 2015).

En la cita anterior vemos que la felicidad amorosa, dependería de la voluntad: “de proponérselo, de estar dispuesto y decidido”. De este modo quien sufre en sus relaciones es responsable de esto ya que es incapaz de empeñarse en ser feliz y lograrlo. Este discurso destaca las responsabilidades individuales e ignora los elementos contextuales que participan de la vida sentimental, reforzando la creencia de que las personas que tienen relaciones felices, son más competentes que quienes no las tienen.

Si bien es común a los y las participantes, la idea de que la vida amorosa depende de cada uno, sí aparece con matices que relativizan el rol exclusivo de la voluntad.

Participante: (...) pero me doy cuenta de que cada uno elige la relación que tiene y que yo era posible tener una relación distinta y que las cosas que le pasaron a mi mamá no me van a pasar a mí y que las decisiones que tomó mi mamá y mi papá era por el contexto de las

cosas que habían vivido y que no tienen nada que ver conmigo porque yo me crié de otra manera. O sea, como que separé las aguas. Entendí que yo no tenía el destino predeterminado y que podía tener una realidad distinta que dependía de mí: elegía lo que quería, lo que no, podía ser vasta, podía ser adelante.

Entrevistadora: Y ahí hay una pregunta porque dices “hay cosas que dependen de mí, entonces siento que la construcción de mi destino depende de mí”

Participante: Sí

Entrevistadora: ¿Tú crees que el amor tiene una parte que no dependa de uno? ¿Cómo es eso del control o...?

Participante: Sí, por supuesto. No depende de uno lo que el otro sienta.

Entrevistadora: Ya

Participante: Pero la calidad de la relación que tú realizas con otra persona depende mucho de tus acciones, de las cosas que tú das, que entregas, las cosas que tú recibes también. Eso depende de uno, pero obviamente si la otra persona quiere tomar una decisión u otro camino, no depende de uno. (Participante 13, 22 de julio 2015).

En este extracto aparecen dos principales argumentos: uno que da cuenta de lo liberador que es que tu vida amorosa no esté predeterminada y el otro que matiza la idea de que los sujetos tengan total control sobre sus relaciones. En el primer párrafo de la cita, la hablante señala “me di cuenta”, “entendí” (que mi vida amorosa depende de mí) y con esto genera un quiebre entre cómo vivía antes sus relaciones y cómo las vive ahora, que ha comprendido como “realmente” funcionan. El uso de estos términos sirve como mecanismo para validar la veracidad de esta afirmación; se trata de una verdad inicialmente desconocida, pero que luego es develada. En este caso la premisa de que las relaciones de pareja no están determinadas por los modelos parentales y dependen de nuestros actos, la libera de un destino indeseable. Este extracto, invita a reflexionar sobre los efectos de creer que la vida amorosa depende de lo que hacemos ya que si bien, como se vio en citas anteriores, esto responsabiliza e incluso culpa a cada persona de su vida amorosa; también permite emancipar al sujeto de un destino indeseado, posicionándolo con agencia frente a sus vínculos. Sin embargo es necesario considerar que los siguientes párrafos del extracto analizado, relativizan la posibilidad de un total control de las relaciones amorosas, es “obvio” y se da “por supuesto”, que no todo depende del sujeto ya que existe un otro sobre

el cual no se pueden gobernar sus sentimientos y acciones. De esta manera, se restringe y relativiza el poder del individuo sobre sus vínculos sentimentales; no estamos predeterminados, construimos nuestras relaciones, pero sin embargo no podemos dominar los deseos del otro. Esto podría interpretarse como que la capacidad de “triunfar” requiere del esfuerzo de ambos miembros y no sólo de cada uno individualmente. A la vez, evidencia la creencia de que somos individuos separados, que si bien pueden estar juntos, también pueden distanciarse.

Es en la imposibilidad de dominar en su totalidad los afectos y relaciones, que se evidencian las tensiones entre la voluntad, y los aspectos irracionales e incontrolables que también caracterizarían al amor.

Participante: Yo creo que en general las relaciones de pareja y el amor en general, enamorarse, el amor y formar relaciones de pareja yo creo que es una decisión. Enamorarse no es una decisión, yo creo que es algo más como instintivo, algo como pulsional, bueno, yo creo que es complejo, es difícil enamorarse de la persona correcta, si es que hay una persona correcta. No sé si habrá... (Participante 3, 10 de noviembre 2014).

Si bien inicialmente el hablante señala que enamorarse es una decisión, inmediatamente agrega que se trata de algo instintivo. De este modo pareciera que lo relativo al desarrollo del vínculo es lo racional; mientras que la elección del objeto amoroso fuese lo incontrolable. Es interesante la alusión a los términos “pulsional” e “instintivo” ya que apelan a la naturaleza salvaje del ser humano, frente a la cual no puede mediar la reflexión. Y es precisamente esta parte indomesticable del amor la que generaría tensiones, ya que dado que no es posible elegir a quien se ama, no es posible tener certeza de que se realizará una buena elección, que se elegirá a “la persona correcta”. Este último término es interesante, en tanto al referirse a “la” persona correcta, se alude a un solo posible sujeto; no se trata de enamorarse de “una” persona correcta sino de “la” persona correcta. Esta noción es similar a las de “amor verdadero” o “media naranja”; que apelan a la existencia de un solo sujeto con el cual es posible vivir el amor. Sin embargo en este caso, el mismo hablante se cuestiona esto. Esta cita evidencia la presencia de dos creencias en conflicto; las que aluden a la existencia de una sola persona correcta y el cuestionamiento de si esto es

real. Mientras el discurso del carácter indómito de la elección amorosa, no responsabiliza a los sujetos de éstas, el discurso del amor como una decisión los posiciona con agencia:

Participante: (...) Ahora [mi forma de enamorarme] es más consciente, como que es un poco más racional. No es tan de guata, como así, ni tan hormonal, ni tan corazón, como más visceral en ese sentido. Como que observo más cómo reacciona, como que decido más si enamorarme o no. (Participante 1, 8 de abril 2015).

Pese a que en esta cita se enfatiza en la posibilidad de elegir enamorarse, cabe destacar que el carácter volitivo de esta elección es parcial, y sigue estando matizada por aspectos viscerales. Al señalar que es “un poco más racional”, que no es “tan de guata”, ni “tan hormonal” se manifiesta que estos aspectos siguen participando del enamoramiento y que no es posible eliminarlos por completo. Uno puede “decidir más” si enamorarse, pero pareciera que no es posible hacerlo totalmente. El amor se construye como una emoción que puede ser controlada en ciertos aspectos, pero no en su totalidad.

Como veremos en detalle más adelante, se espera que en la medida que transcurre el tiempo, la razón vaya preponderando sobre las pasiones. Sin embargo se reconoce en los relatos, que controlar las emociones muchas veces es difícil:

Entrevistadora: Y en ese momento cuando tú estabas con él [ex - pololo] ¿Pensabas que estabas enamorada o te sentías enamorada de él?

Participante: No, porque era una batalla interna y constante de cómo deshacerme de esto pero en realidad no puedo hacerlo y además tengo el nexo de que es el padre de mi hijo y...

Entrevistadora: “Cómo deshacerme de esto” ¿Es de un sentimiento o de esta persona?

Participante: De esta persona y de los sentimientos y de todo ¿cachai'? De amor, de rabia, de todo, sí (silencio cinco segundos). No sé, relaciones así como tortuosas. Horrible. (Participante 11, 10 de junio 2015).

Esta cita se realiza una distinción entre lo que se quiere racionalmente y lo que se siente, que se construyen como entidades no solo separadas sino que contradictorias y que por tanto generan tensión. La hablante alude a una “batalla interna y constante” que da cuenta de la intensidad de la pugna, en donde no logra “deshacerse de esto”. El uso del término “esto”, da cuenta de que las emociones son experimentadas como entidades externas a ella, de las cuales es necesario librarse. A la vez pareciera que la razón es lo que se vivencia como propio, y es la encargada de someter a los afectos. En esta cita a la

disputa razón- emoción, se le añade un tercer elemento: que la pareja sea el padre del hijo; un elemento que complejiza (no se especifica en qué sentido) esta lucha interna. En este caso, se alude a un hijo en común, pero cabe destacar que fue recurrente en las entrevistas que se aludiera a la presencia de elementos materiales y contextuales, como por ejemplo una vivienda en común, que incidían en la posibilidad de mantener o quebrar sus vínculos amorosos. Otro elemento interesante de esta cita es que la hablante declara que no estaba enamorada, argumentando que vivía una batalla interna y deseaba deshacerse de lo que sentía y de su relación; lo cual permite hipotetizar que se espera que en el amor exista una congruencia entre lo que se tiene, lo que se desea y lo que se siente. Otra cita que ilustra los discursos sobre la tensión razón – emoción, es la siguiente:

Entrevistadora: Y ahí después que ocurrió este episodio de que se fuera [su pareja de la casa] ¿cómo siguió todo?

Participante: Nada, él me iba a buscar, me mandaba mensajes, le hablaba a mi hermana y aunque yo quería volver con él porque mi corazón sí quería estar con él, pero mi mente era más fuerte. Era como que lo iba a perdonar y me mente decía “no, pero si él te pegó y te cagó” entonces no, yo me iba con mi mente y mi mente era la que decidía; mi corazón nunca fue más fuerte que mi mente. Mi mente era más fuerte que mi corazón. (Participante 16, 31 de Agosto 2015).

En este caso también se contraponen y luchan “corazón” y “mente”, pero a diferencia de la cita anterior ambos se posicionan como entes externos al sujeto, quien se ve tironeado entre ambas fuerzas (“yo me iba con mi mente”). Es interesante la dicotomía razón/emoción que se presenta en este caso, en donde no solo son elementos contrapuestos sino incluso alienados del propio sujeto, quien los vive como diferentes de sí mismo; como si la mente y el corazón no fuesen parte constitutiva de él.

La tensión que se evidencia en estos discursos entre lo que se desea pulsionalmente y los compromisos y elecciones adquiridos; y entre lo que se siente y lo que se piensa, evidencian la aspiración a que dominen la razón y la voluntad sobre los aspectos más salvajes e instintivos del ser humano. Pareciera que somos más “maduros” o evolucionados si podemos controlar nuestras pasiones; y la vida amorosa se constituye en un campo donde el dominio sobre nosotros mismos está en juego. Mantenerse en una relación a largo plazo, elegir adecuadamente una pareja, ser fieles, superar las dificultades y construir una relación

satisfactoria son ámbitos en los cuales se mide nuestra racionalidad. Sin embargo el anhelo de someter los deseos a nuestra voluntad, entra en conflicto cuando nos damos cuenta que no tenemos control total de nuestras emociones. Esto genera ambivalencia y tensiones, ya que en la medida que aspiramos a que nuestra vida amorosa esté determinada por nuestra capacidad individual de gestionarla, nos posicionamos como personas poco competentes cuando no lo logramos.

El amor no llega, el amor se construye

En relación con el argumento anterior, se evidencia también en los discursos la configuración del amor romántico como una construcción dependiente de lo que hacen o dejan de hacer los sujetos. El AR es producto de una construcción y por lo tanto requiere de tiempo para formarse. Incluso, aquellos participantes que creen que puede existir el “amor a primera vista”, lo relativizan en términos de que su mantención está influida por lo que ocurre después.

Participante: Porque a pesar de que uno conoce y hay personas que [han sentido] amor a primera vista, por así decirlo, siempre fue un impacto, y de ahí nunca más se separaron. A pesar de eso, creo que igual va creciendo, porque uno también tiene que dar y espera recibir, entonces uno para entregarse (...) va dando lo que la otra persona quiere, para eso necesita conocerlo. Para conocerse necesitai [sic] tiempo. (Participante 7, 8 de mayo, 2015).

En esta cita el amor no es concebido como algo estático que te “impacta” y que solo por el hecho de “llegar” se mantiene, sino que se comprende como un proceso, que cambia y puede crecer sólo en la medida que se conoce al amado/a. Se asume que dentro de las relaciones amorosas las reglas son la reciprocidad y la entrega (“Tienes que dar y esperas recibir”). Lo que debe sintonizar con las necesidades y deseos particulares del otro/a. El tiempo se concibe como el mediador que permite lograr esto, lo cual tiene el efecto de posicionar de distintas maneras a las relaciones amorosas según su tiempo de duración. Quienes llevan más tiempo podrían amar “mejor”, que quienes recién están conociendo a su pareja.

Participante: (...) Eso básicamente creo que es estar enamorada, como una mezcla de varios verbos y varias emociones y querer estar con otra persona para construir también.

Entrevistadora: ¿Cuándo piensas en construir, estás pensando en construir un qué?

Participante: Construir una relación que te acompañe por...por el tiempo que dure el amor. (Participante 13, 22 de julio, 2015).

De este extracto me llama la atención la metáfora que alude al amor como “mezcla de varios verbos y varias emociones” ya que se le saca del plano meramente afectivo y se le lleva también al de los verbos, es decir de las acciones; no basta solo con sentir sino que también hay que hacer. El amor, se asocia al deseo de proyección con el otro/a, en tanto lo que se construye requiere de tiempo para generarse. El amor no sería algo que “llega” sino que se edifica en conjunto. Otro elemento, que me parece novedoso respecto de lo que podrían ser discursos de otras épocas, es que en este caso la relación de pareja y lo construido, tienen su duración condicionada a la presencia de amor. Esto da cuenta que la posibilidad de la ruptura está presente en los discursos y no se espera que la relación necesariamente vaya a durar eternamente.

Entrevistadora: ¿Y tú crees en esta idea de la ‘media naranja’? ¿Te hace sentido que alguien sea tu media naranja?

Participante: ¿Así como perfecta, como que eres el complemento perfecto de esa persona? Yo creo que uno lo va armando, no es que hay una media naranja para ti y te cuesta encontrarla. No, yo creo que uno tiene afinidad con la persona pero después tienes que pulir un montón de cosas para llegar a una relación equilibrada y tranquila y de respeto. (Participante 11, 10 de junio, 2015).

El extracto anterior me parece interesante en cuanto da cuenta de los efectos de concebir el amor como el producto de una construcción. Dado que el amor y la relación son resultado de aquello se construye con la pareja, es que el mito de la media naranja pierde sentido y fuerza; no se busca a “la” persona perfecta para ti, sino a alguien con quien se tenga afinidad y se pueda, producto del trabajo, lograr una relación “equilibrada, tranquila y de respeto”. El primer paso sería la afinidad, pero después hay bastante labor por hacer: es necesario “pulir un montón de cosas”.

Configurar el amor como producto de una construcción y no como algo que se obtiene de una vez, tiene diversos efectos, tal como vimos en la cita anterior, transgrede la idea de la existencia de una media naranja perfecta y única; dado que el amor se construye, se pueden construir (“buenos”) amores con distintos sujetos. La relación amor-

construcción, se vincula también con la idea de que el amor requiere de trabajo y fuerza de voluntad.

Cabe destacar sin embargo que pese a que el discurso dominante es que el amor se construye, en algunos casos esta idea se ve tensionada

Entrevistadora: Oye, y han pasado muchas cosas ustedes juntos. ¿Qué es lo que tú más valoras de tu relación con ella hoy?

Participante: Todo (silencio de cinco segundos) todo, que está ahí, que somos una familia porque yo soy bien crítico de la idea de familia, no es que seamos la familia ideal. Parecemos desde fuera tal vez una familia ideal, pero no es lo que yo quería construir. Se ha construido solo, me siento privilegiado con eso. No siento todavía tan empoderado eso de que yo soy tan bacán, porque ha sido casi un milagro nosotros el habernos conocido, tener a estos tres niños preciosos. Creo que mejor no pueden estar y son felices los tres y eso. Como que ha valido la pena todo el esfuerzo y cuando veo eso... (Participante 15, 31 de agosto, 2015).

Si bien el hablante señala inicialmente que esto se ha “construido solo” y de “milagro” posteriormente indica que “ha valido la pena todo el esfuerzo”, lo que da cuenta que sí le ha implicado trabajo y es consciente de éste. A su vez, aludir a la familia “construida” podría evidenciar que esto ha sido vivido como parte de un proceso y no como algo externamente otorgado, en donde el hablante si bien no sabe cómo lo ha hecho, sí se siente satisfecho del producto de su esfuerzo.

Como podemos observar, el que el amor romántico y las relaciones de pareja sean comprendidos como una construcción que depende en gran parte de nuestro trabajo y esfuerzo, posiciona a los sujetos como actores responsables de sus vidas amorosas. A su vez se asume el que el amor inicial evoluciona hacia uno más maduro, en el que el trabajo y el esfuerzo conjunto son centrales para su mantención en el tiempo.

Por amor no puedes ser irracional

Tal como hemos visto, en los discursos existe una tensión entre la razón y la pasión, en donde la primera se configura como aquello que nos permite establecer relaciones de pareja exitosas y la segunda se constituye en aquello que las pone en riesgo. Sin embargo, en los relatos se asume que el AR también tiene elementos irracionales, que no se pueden

controlar del todo. Uno de estos es la pérdida de objetividad frente al amado/a, al por ejemplo asignarle más rasgos positivos de los que tiene o no viendo sus defectos. Si bien esto en sí mismo no es considerado como problemático, sí lo sería cuando nos impide evaluar racional y críticamente la realidad.

Entrevistadora: ¿Y cosas negativas que evalúes de tus experiencias amorosas?

Participante: Sí, yo creo que muchas veces uno cede mucho. Lo que te decía antes, “ya no importa. Si total una vez, dos. Ya a la quinta, no sé po [sic], a la dieciocho mil”. Como que de repente por ser confiada me paso de weona un poco. (Participante 1, 8 de abril, 2015).

De la cita anterior me parece interesante detenerme en la última frase: “por ser confiada me paso de weona un poco”. La confianza apela a cierto grado de certeza de que el otro/a actuará de forma adecuada, pero pareciera que hacerlo desmedidamente puede llevar a “pasarte de weona”. Es como si existiera un límite entre confiar y “ser weón”, es decir falta de razón. Podríamos pensar que la línea se traspasa cuando se es irracionalmente confiado en la buena intención o buen actuar del otro/a. Se puede pensar que al estar enamorado se corre el riesgo de perder la racionalidad para discriminar la realidad y se es más propenso a ser manipulado o abusado. En relación a la cita anterior, un argumento que sostiene los discursos sobre las experiencias amorosas negativas de los/as participantes, es la incapacidad de distinguir cuándo la relación está siendo poco equitativa y eres tú quien termina siempre acomodándose.

Participante: Esta experiencia fue la primera vez donde había una relación con muchas mentiras pero igual yo no mentía, pero él sí en algunas cosas...no sé, igual hubo muchas hueas [sic] que fueron muy cuáticas [sic] que ahora las pienso y no logro entender cómo era capaz de darle un sentido en ese momento y justificarlo ¿cachai'? . Las miro ahora y me dan lata y vergüenza de mí misma, no sé.

Entrevistadora: ¿Cómo qué cosas te dan vergüenza de ti misma, por ejemplo?

Participante: No sé, que estuvimos juntos mientras ella estaba embarazada, por ejemplo.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Que igual lo encuentro brígido como objetivamente, si existe tal cosa. Pero cómo él era capaz de decir que no, que eso era otra cosa y yo era otra, él era muy hábil y yo de alguna manera quería creerle también.

Entrevistadora: ¿Y por qué crees que le querías creer?

Participante: Porque me gustaba y quería estar con él, po'[sic]. Y era una manera de justificar que estaba y de sentir que estaba con él de verdad. (Participante 9, 26 de junio, 2015)

En este discurso lo que permite que las mentiras se sostengan es la pérdida de la capacidad de enjuiciar claramente la realidad. Hoy la hablante desde la distancia temporal señala: “no logro entender cómo era capaz de darle un sentido en ese momento y justificarlo”, y al hacerlo reconoce lo poco racional que actualmente le parece esto. Incluso apela a la objetividad como mecanismo para validar el carácter negativo de los hechos vividos. En cuanto a qué es lo que permitió que las cosas hayan sido de esta manera se alude tanto a la habilidad de él, como a las emociones sentidas (“quería creerle”; “me gustaba y quería estar con él”). Los afectos en este caso llegan a ser tan intensos que impiden ver la realidad de forma “objetiva” y llevan a tergiversarla a nuestro favor.

A través de estos discursos, el AR se configura como una emoción riesgosa ya que puede alterar tu capacidad de evaluar la realidad y te deja más vulnerable.

Otro de los riesgos asociados al dominio de la emocionalidad, es la imposibilidad de finalizar una relación de pareja aunque sea insatisfactoria.

Participante: Eh, a ver. Yo lo que evaluó negativo, pero claro es un, es algo que es casi imposible de no hacer, pero resulta que cuando uno está como, cuando está mal con una relación o está a punto de terminar, yo creo que lo negativo es todo el período que estai [sic] como que sí, que no, que no estai [sic] seguro si terminar. Como que hay un período, ese período es negativo para los dos, porque es el período cuando se hacen daño, el período que se, como que, como si la relación estuvieran al punto que uno dice que de aquí para adelante ya deberíamos terminar por la lógica, quizás sería menos malo lo que pasa después. Porque hay parejas que al revés, que no quieren terminar y se siguen haciendo daño.

Entrevistadora: ¿Y por qué creís [sic] que pasa eso?

Participante: Porque, porque yo creo que uno trata, quizás de repente a la fuerza o las parejas tratan a la fuerza de mantenerse. Aferrándose a cosas que pasaron antes, quizás. (Participante 4, 24 de abril, 2015)

En esta cita se alude a las dificultades para finalizar el vínculo, distinguiéndose tres momentos: cuando se está satisfecho con la relación, cuando se está “mal” y no sabes qué

hacer y luego de que ésta finaliza. Si bien a la primera etapa no se hace referencia explícita, es posible pensar por contraposición, que se trata de un periodo positivo, en contraste con cuando no se sabe si terminar que es significado como una fase “negativa para los dos” en la que “se hacen daño”. A su vez este momento intermedio influiría en cómo se vive el quiebre pudiendo hacerlo más o “menos malo”. De esta manera la ruptura se construye como una etapa en sí misma negativa, pero que puede matizarse. Me llama la atención que este discurso construye como inevitable (“casi imposible”), intentar prolongar el vínculo, lo que emerge como una tensión entre la razón y el deseo; cuando se “debiera terminar por lógica” y al “revés no quieren terminar”. En este relato la emoción domina e impide acabar la relación en “ese punto” en que ya debiera finalizar. Al respecto me parece que sería interesante indagar a futuro sobre cuáles son los elementos que indican la llegada de ese marcador temporal.

Entrevistadora: Y ese tiempo...tú me dijiste que habían estado un año entero juntos y después más ocasionalmente. ¿Cómo fue ese periodo?

Participante: ¿El juntos?

Entrevistadora: No

Participante: ¿El ocasional? Tormentoso, es lo que te digo. En los minutos que no estábamos juntos, igual estábamos juntos a escondidas; no a escondidas, pero si cada uno salía por su lado igual había un llamado a las 3 de la mañana en algún minuto y nos juntábamos y después no nos veíamos por una semana porque lo que hicimos está mal y no sé qué. Como un periodo intenso, tormentoso y también de muchas recriminaciones porque éramos los dos supuestamente solteros pero con un hijo entre medio, entonces querías como que la persona no se te fuera y la amarrabas de alguna manera con estos encuentros fugaces, pero igual esta otra persona o yo tenía relaciones por otros lados y entonces... (Participante 11, 10 de junio, 2015)

Esta cita también ilustra las dificultades y vivencias relativas a no poder cerrar definitivamente la relación. Esta etapa se califica como “tormentosa” donde están en pugna la razón y la emoción; desear terminar, pero a la vez querer mantener el vínculo. Me parece que en este discurso el énfasis también está puesto en el deseo de poseer al otro. “Como que no querías que la persona se te fuera y la amarrabas”; pareciera que lo que es difícil de “soltar” no es al amado en sí mismo, sino la posesión de este. La hablante dice: “querías

como que la persona no se *te* fuera”, dando cuenta de la responsabilidad que se atribuye a sí misma en su permanencia o distanciamiento, Es desde esta lógica que cobra sentido el uso de estrategias para “amarrarlo” e impedir que se “te” vaya. En este discurso la pareja se construye como un objeto que no se quiere dejar de poseer. Como se evidencia en este caso, las creencias que asocian el amor con la posesión dificultarían la posibilidad de un quiebre más sereno.

Si bien este capítulo no trata sobre las dificultades para finalizar una relación, me parece pertinente profundizar sobre ellas, ya que hacerlo permitirá comprender mejor los discursos que se analizarán más adelante. Respecto a las razones para mantenerse en una relación insatisfactoria y no romper el vínculo, en las entrevistas se apela a diversos argumentos: el deseo intenso de que la relación se mantenga; el no querer dejar de poseer al otro/a; el no desear alejarse de los hijo/as, y el miedo tanto a la soledad como a no poder mantenerse económicamente. Dado que varios de estos aspectos ya han sido o serán discutidos en otros momentos, me focalizaré en analizar el temor a no poder subsistir materialmente.

Entrevistadora: ¿Y en ese periodo tú eras feliz con él?

Participante: No.

Entrevistadora: ¿No?

Participante: No.

Entrevistadora: ¿Y por qué seguían juntos?

Participante: Siempre preguntan lo mismo, por qué sigo con él, pero yo creo que era el miedo a estar sola.

Entrevistadora: Ya ¿Y qué era lo que te daba miedo de estar sola?

Participante: Estar sola con mis tres hijos y no poder tener qué comer a lo mejor, porque pensaba que cómo lo iba a hacer sola, el rechazo de mis padres porque iban a ser cuatro hijos¹⁸. Eso me daba mucho miedo. Yo creo que el miedo siempre fue a estar sola, que a lo mejor no iba a tener pan para ellos, que no voy a tener comida un día. Yo creo que por eso seguí adelante con él (...). (Participante 18, 2 de noviembre, 2015)

En este relato, la relación de pareja se configura como un vínculo que no solo satisface necesidades emocionales sino también materiales y es por esto que tiene sentido

18 Sus padres ya estaban a cargo de su hijo mayor.

mantenerse en una relación insatisfactoria, ya que si bien no provee de lo emocional, sí entrega el sostén económico. A diferencia de otros discursos, en este caso, el temor a “estar sola” no es el miedo a perder al compañero sino a no poder cubrir las necesidades básicas de subsistencia, a “no tener comida” para ella y sus hijo/as. En este relato se asume que al desvincularse de la pareja, esta lo hará a la vez de sus hijo/as; de modo que ella quedaría a cargo de satisfacer todas las necesidades familiares. Esto no es en sí mismo problematizado y lo que se construye como tensionante es el no sentirse capacitada para hacerlo. En este discurso las condiciones materiales se configuran como elementos que también estructuran los modos de vivir el amor. Si bien entre los y las participantes del estudio existe variedad en torno a sus situaciones económicas y culturales, esta participante es una de las que vivía en las condiciones más precarias y dado que ella no trabajaba fuera del hogar y él asumía el rol de proveedor material; ella era dependiente económicamente de su pareja, lo que le impedía romper el vínculo.

Cabe destacar que en los discursos relativos a las dificultades para finalizar una relación insatisfactoria, existe una tensión entre los sentimientos y la razón, en donde comúnmente son los primeros quienes predominarían dificultando el quiebre. A la vez, se puede evidenciar que la lógica de que el amado /a es algo que se posee, participa en las dificultades para romper el vínculo, en cuanto es difícil aceptar que el otro/a ya no va a “ser tuyo”. Por último es necesario no obviar que las condiciones materiales y cómo el sujeto se posiciona respecto a ellas, participan en las posibilidades de finalizar una relación.

Como hemos visto en este capítulo, los relatos analizados configuran la vida en pareja como un ámbito cuyo éxito depende de nuestra racionalidad, voluntad y capacidad de gestión. De esta manera, quienes tienen relaciones a largo plazo y satisfactorias son posicionados como personas más competentes, que quienes no las tienen. Estos discursos ubican a los sujetos como agentes, lo que si bien los puede librar de un futuro predestinado también los puede culpar de sus vidas amorosas (en tanto hubo algo que no hicieron adecuadamente para mantener la relación). Si bien en estos relatos se asume que el AR tiene elementos que van más allá de la razón, estos no debieran nublar nuestra racionalidad.

Capítulo 9

Cuando amas debes entregarte, priorizar y valorar a tu amado/a, pero esto debe ser recíproco y sin que te hagas daño

En este capítulo articulo lo que llamo los “nuevos mandatos amorosos” cuyo eje argumental se puede sintetizar en que cuando amas debes entregarte, priorizar y valorar a tu amado/a, pero esto debe ser recíproco y sin que te hagas daño. Bajo este apartado, agrupo los discursos relativos a qué implica estar enamorado/a, cómo se debe amar y qué se espera del amor romántico. Se trataría de algo así como los “derechos y deberes” en torno al AR, cuyas principales premisas son las siguientes: cuando estás enamorado/a te proyectas únicamente con el otro/a; en el amor romántico la lealtad debe ir por delante; quien te ama te debe tratar bien y valorar; debes ser importante y priorizado/a por quien te ama; en el amor romántico la entrega debe ser recíproca; no todo debe aceptarse por amor y finalmente, el último argumento (que me parece que está en discusión en tanto hay discursos que lo avalan como otros que lo cuestionan) es: aunque estés enamorado/a se deben respetar y cuidar los espacios individuales. Vale la pena destacar que todos estos argumentos se presentan con distintos matices y tensiones.

En estos discursos confluyen tanto valores modernos como postmodernos, los que en ocasiones entran en tensión. Considero que lo más novedoso que se introduce, respecto de los antiguos relatos amorosos, es la valoración del sí mismo, lo que se refleja en la búsqueda de alguien que te respete, priorice y te lo demuestre, y en las expectativas de reciprocidad. La entrega incondicional es cuestionada y a la vez el amor es asociado al buen trato, lo que reconfigura las expectativas románticas y el modo de relacionarse de los enamorado/as. Estos discursos pueden ayudar a prevenir relaciones abusivas, en tanto el amor ya no tiene por qué tolerarlo todo, y a la vez pueden promover relaciones más simétricas en donde se espera que ambos entreguen y cedan de la misma manera. Sin embargo, en estos relatos el amor también se configura como un recurso limitado, que a veces funciona desde una lógica de mercado (como una transacción donde se da a cambio de recibir), y también coexisten mandatos tradicionales como por ejemplo, que el AR debe concretarse en una relación que se proyecte a largo plazo o que debe ser lo más importante y por tanto priorizarse. A través de estos relatos se producen regulaciones sobre qué se debe

hacer (o dejar de hacer) cuando se ama y muchas veces se limitan las posibilidades de acción de las personas, que cuando no cumplen con estos mandatos arriesgan ser calificadas como “no (verdaderamente) enamoradas”.

Cuando estás enamorado/a te proyectas únicamente con el otro/a

En los discursos analizados el amor romántico se distingue y puede reconocerse de otros afectos como el enamoramiento, el cariño, la “calentura” o que te “guste” otra persona. El deseo de proyección es lo que diferenciaría al amor de las emociones ya mencionadas.

La distinción amor - enamoramiento es una de las que más aparece en los discursos, en donde se concibe al enamoramiento como una fase inicial de la experiencia amorosa, que se caracterizaría por ser pasajera:

Entrevistadora: ¿Y qué pasará que al inicio del amor se vive de una manera distinta que como que es cuando ya pasa ese período de tiempo?

Participante: Yo creo que va por el tema de la etapa de enamoramiento.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Creo que existe una primera etapa que es el enamoramiento, que es cuando uno realmente va conociendo a la otra persona. Y tiene un deseo enorme de conocer más y eso los mueve, y eso como que inquieta a la persona al punto de volverla loca.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Pero después uno ve que uno llega ya a cierto tiempo viviendo con la pareja, eh, uno esos niveles bajan. Pero no es que se pierda el amor. Sino que uno ya al conseguir conocer más a la persona el desafío es mantener ese, eso que conoció. (Participante 7, 8 de mayo, 2015).

El enamoramiento se caracterizaría por su potencia arrolladora. Se habla de “deseo enorme”, de “inquietud” y de “volverse loco”, para dar cuenta de lo perturbadora de esta experiencia, la cual se justificaría en el deseo del otro, que al ser desconocido genera incertidumbre y curiosidad. El enamoramiento se construye como un estado emocional pasajero dominado por las pasiones y lo irracional, que con el paso del tiempo se debilitaría y daría paso o bien al amor, o al fin de la relación. Pareciera necesario e inevitable que la potencia del deseo por el otro/a disminuya en la medida que se nos vuelve más familiar. Sin

embargo aclara el hablante, que esto no quiere decir que se pierda el amor o que no haya nuevos retos: ahora el desafío está en mantener el vínculo.

El AR además se distinguiría de otras emociones, por la exclusividad que implicaría:

Participante: [aludiendo a la imposibilidad de amar a dos personas simultáneamente] (...)

Porque, cuando, estás enamorada es el todo para mí. Te puede gustar más de una persona.

Entrevistadora: Ya eso. O sea, sí crees que te podría gustar o sentirte atraída por más de una persona, pero no necesariamente enamorada.

Participante: Claro.

Entrevistadora: ¿Qué haría la distinción entre me gusta y estoy enamorada?

Participante: Lo mismo que un poco decíamos antes. Suponte, proyectarte con más de una persona, no se puede tampoco. Tendría que ser como amante. Como que creo que eso es parte del enamorarse. O también aceptar como su entorno... no sé. Y gustarse sí, te puede gustar alguien en la calle, da lo mismo. O te puede gustar el típico amigo, como que siempre te ha gustado. No sé. (Participante 1, 8 de abril 2015).

A través de este discurso podemos identificar tres características que se le atribuyen al amor: la centralidad con que se enviste al amado, la exclusividad que debe tener el vínculo y la proyección. Si se espera que el otro sea “todo para ti”, no es posible que se ame a un tercero simultáneamente ya que habría de compartirse el amor y por tanto perdería esta centralidad. Este discurso a la vez, imposibilita otros modos de relación amorosa, “no se puede” proyectar una vida con más de una persona y esta exclusividad sería una propiedad de estar enamorado/a. Sin embargo, sí es posible que te gusten otro/as sin que eso altere el amor, “da lo mismo” que esto ocurra ya que al parecer sería algo intrascendente en cuanto no implicaría el deseo de proyección. Este discurso mantiene las creencias que vinculan el amor con la proyección y la exclusividad, y si bien hay excepciones entre las entrevistas analizadas, este es el discurso dominante.

Entrevistadora: ¿Entonces tú crees que no es posible enamorarse de dos personas al mismo tiempo?

Participante: Yo creo que no. A lo mejor un gusto, una revolución de hormonas, algo así. Pero así como amor, amor no.

Entrevistadora: ¿Y qué haría distinta esa revolución de hormonas del amor, amor?

Participante: Que la revolución de hormonas puede ser un momento, pero te vas dando cuenta que tal vez no es la persona que quieres, que no quieres estar con él siempre, que fue un...no sé, una calentura pero no así para toda la vida. (Participante 17, 28 de octubre 2015).

Este extracto distingue nuevamente entre el amor y otras emociones, y es interesante retóricamente como lo hace, ya que si bien sería posible desear a otro/a y que esto se confunda, no se trataría de “amor, amor”. El uso reiterativo de esta palabra, se usa para diferenciar entre lo que puede parecerse al amor y lo que realmente es. El “amor, amor” está sobre la “revolución de hormonas” es decir el deseo sexual, en cuanto esta es pasajera, mientras que el amor trasciende y busca la proyección. El AR trascendería al deseo sexual. Al igual que en la cita anterior, este discurso no abre la posibilidad de modos alternativos de vivir el amor y se fundamenta en la exclusividad y la proyección. Sin embargo y pese a lo anterior, mantenerse a largo plazo dentro de una relación, no sería por sí mismo un indicador de estar enamorado.

Entrevistadora: (...) ¿Crees tú que es posible estar en una relación de pareja, o en una relación de pareja, sin estar enamorado o sin que haya presencia de amor?

Participante: Sí, porque puede haber cariño, poh [sic].

Entrevistadora: ¿Ya, y cuál sería la distinción entre el amor y el cariño?

Participante: Es que en el amor a ver... el amor, uno da todo por la persona. El cariño. El cariño es eso, poh [sic]. Contención. En el amor no sé poh [sic], uno de repente es medio tonto, pero quizás estoy dispuesto a dar la vida por ti. Cuando una persona cuando tiene cariño no creo que esté dispuesta a dar la vida por la otra persona. (Participante 2, 14 de abril, 2015).

El amor se distinguiría del cariño por su intensidad, por la exclusividad y por la entrega que se está dispuesto a hacer. Cuando uno ama “da todo”, está dispuesto a “dar la vida”, lo que no ocurriría cuando solo hay cariño. Este último puede dirigirse a varios objetos simultáneamente, mientras que el amor te llevaría a hacer cosas que únicamente se harían por “el” amado/a. El cariño otorga contención, pero ésta se puede recibir de muchas personas, en cambio el amor da algo que no todos te pueden entregar: la disposición incluso “aunque sea tonto”, a “dar la vida por ti”. De este modo el amor se construye como un sentimiento superior, que lleva a hacer cosas que no se harían por cualquiera.

Cabe destacar que si bien en todos los casos los y las participantes esperan proyectarse con sus amados/as, hay tanto quienes creen que la relación debe extenderse lo que dure el amor, como quienes explicitan su expectativa de que esto sea para siempre.

Participante: (...) yo a lo mejor vi muchas películas de Disney y que la princesa y el príncipe que están juntos para siempre, eso es lo que yo quiero: vivir con alguien hasta viejito y sentirme enamorado, que yo de un paso y que él dé el otro, siempre así. Eso es lo que yo quiero” (Participante 16, 31 de agosto, 2015).

En el caso de la cita anterior el hablante declara que espera tener una pareja con la cual “estar juntos para siempre”, lo cual recuerda a los finales de los cuentos de hadas y a las películas a las que el mismo entrevistado alude. El participante excusa este deseo en la influencia de lo que otra entrevistada llama el “modelo Disney”; y si bien al hacerlo reconoce que puede tratarse de algo fantasioso, también admite que ésta es su expectativa. A su vez se busca complementariedad en la pareja: “que yo dé un paso y que él de otro”. En tanto a los efectos de este discurso, me parece que la expectativa de estar con la misma persona “para siempre”, puede en ciertos casos promover que los sujetos se mantengan en relaciones desagradables con el fin de alcanzar esta meta. Aunque cabe aclarar que en el extracto anterior, el hablante acota que no solo quiere estar “para siempre” con su pareja sino también seguir sintiéndose acompañado y enamorado de ésta.

En cuanto a la manera en que desean que sus relaciones se proyecten, emerge con gran fuerza la expectativa de tener hijos/as con el amado/a.

Participante: Sí yo creo que entre más pasan los años, más me, como que más me hace ruido el proyectarme, el cómo me veo. Es inevitable pensar el cómo me veo con la otra persona.

Entrevistadora: Y cuando pensai'[sic] en cómo me veo, qué cosas así como concretas te estai'[sic] imaginando.

Participante: Eh, la familia. Ver si me veo con hijos, ver si me veo vieja, sí, si nos vamos a soportar los achaques de viejos juntos.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Y eso mayoritariamente. Como si veo hijos y si veo vejez junta. (Participante 8, 22 de mayo, 2015).

En este relato, bajo el argumento del momento vital en que se está, aparece como “inevitable” fantasear con proyectarse. El uso de la palabra “inevitable” me parece decidor en términos de la realidad que crea, ya que se trataría de un deseo y un proyecto amoroso que no se pueden evadir y que se encuentra cada vez más presente. En este relato se construye una trayectoria amorosa en el cual se espera que a cierta edad inexorablemente se deseen ciertas cosas; y en la cual aquello que se debe desear es formar a largo plazo una familia nuclear. A su vez está presente la expectativa de tener una pareja con la cual envejecer, lo cual es coincidente y mantiene los modelos románticos tradicionales.

Participante: No, en realidad. A ver es que ya tengo 33 po'[sic], cachai' ya no es como, como querís[sic] un pololo así como pa'[sic] pololear no más, bueno igual, eh, no sé, si se da la oportunidad, casarme y todo el tema. Pero, ahora tú ya mirai'[sic] como otras cosas, aparte de, de que te guste, de enamorarte y todo el tema, es que, no sé po'[sic], tenga un trabajo estable, cachai'. Eh, no sé, que sea, que sea buena gente, que sea buena persona. No que sea un delincuente cualquiera tampoco, cachai'. (Participante 6, 4 de mayo, 2015).

Me parece que la cita anterior ilustra claramente lo que ocurrió en los discursos de muchos de las y los participantes, en donde se introduce con centralidad el momento vital como un elemento que marca un cambio en sus expectativas amorosas. Tal como en este caso la hablante apela a la edad (“es que ya tengo 33”) para justificar su deseo de una pareja con la cual proyectarse, esto ocurre en varios de otros casos. En ellos, la edad aparece como un argumento que configura sus expectativas sentimentales, lo cual no se problematiza, sino que se construye como lo “normal” al llegar a cierta edad. Esta mirada normalizadora, impide cuestionarnos si inevitablemente llega un momento en el cual deseamos establecernos en pareja y eventualmente tener hijo/as, o si esto es una expectativa porque es lo que culturalmente hemos aprendido que debemos hacer.

En este relato, al igual que en otros ya revisados, se construyen imaginarios de lo que es ser adulto y lo que es ser adolescente, elemento que abordaré en detalle posteriormente.

Como hemos visto a partir de estos discursos, el amor se distinguiría de otros afectos por la exclusividad y el deseo de proyección que conllevaría, lo cual contribuye a la mantención del orden establecido para las relaciones de pareja y al dominio de la razón

sobre las pasiones. El amor romántico es monógamo, está por sobre el deseo sexual, en tanto implica querer proyectarse con el otro/a.

En el amor la lealtad debe ir por delante

En relación a cómo es el AR, qué se espera de él y qué se hace cuando se está enamorado/a, un argumento que estructura los discursos es el valor de la lealtad, entendida como ser honesto con el otro, con uno mismo y con no engañar, ni traicionar al amado/a.

Las y los participantes esperan encontrar en el AR una relación honesta. La honestidad se comprende tanto como que el otro/a no te mienta ni oculte cosas, como con ser uno mismo/a de forma transparente y sin caretas.

Entrevistadora: ¿Qué más esperas de una, de la persona que te ama?

Participante: Bueno que, que sea, que tenga honestidad. O sea, creo que el amor también conlleva a ser, a ser honesto. A ser uno mismo.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Y creo que por eso hoy en día cuesta tanto amar.

Entrevistadora: Ya, y por qué.

Participante: Porque hoy en día nos cuesta ser quienes somos. Siempre estamos involucrados en la sociedad que vivimos, por este modelo de vida que de repente llevamos que nos, que nos explota, por así decirlo, de una manera. Que, que nos hace ser lo que muchas veces no somos. O aparentar. Y al no tener esa honestidad, perdemos eso. Entonces yo creo que hay que mantenerse como uno es. De principio a fin y ahí uno refleja que tiene amor. (Participante 7, 8 de mayo, 2015).

En esta cita el hablante relaciona honestidad y amor, y homologa la primera con ser auténtico, lo que se configura como requisito del amor. “Nos cuesta amar porque nos cuesta ser nosotros mismos” y “si somos honestos es porque amamos”, argumenta el participante y con esto la honestidad se construye como una característica del AR. En este caso, la sociedad se configura como un elemento que atenta en su contra y presiona a aparentar. En este discurso se destaca el valor de la honestidad no solo en la relación con un otro/a; sino que también en relación con uno mismo: “mantenerse como uno es. De principio a fin”. Esto daría cuenta de una valoración del sí mismo y del deseo de no traicionarse por una relación de pareja.

En estos discursos la lealtad, además de relacionarse con la honestidad se vincula con no engañar o traicionar al otro/a:

Entrevistadora: ¿Y cómo esperas que actúe una persona que te ama?

Participante: En relación a mi pareja. Espero que me sea fiel, que tenga confianza en mí. Ehh... la lealtad. Para mí es algo importante.

Entrevistadora: ¿Qué es para ti la lealtad?

Participante: No sé poh' [sic] ... siempre con la verdad por delante, aunque duela...., con no sé... Si me va engañar, yo le digo prefiero que me digai' [sic] antes a enterarme después. (Participante 2, 15 de abril, 2015).

En esta cita se ilustra la posición que ocupa la verdad como manifestación del amor, la que debe estar “siempre” a pesar de que “duela”. En este caso la honestidad y el no-engaño son identificados como la exclusividad sexual. Me llama la atención que entre las/os participantes aparece reiterativamente el argumento de preferir que sus amados/as les digan que están atraídos por otra persona, antes de que les sean infieles ya que esto da cuenta que de la infidelidad, muchas veces lo doloroso no sería el involucramiento sexual con un tercero, sino el sentimiento de traición con que se vive esto, en tanto se asume que el amor requiere exclusividad.

Entrevistadora: ¿Y qué es lo que te hacía sufrir ahí?

Participante: Es que para mí él lo era todo. Yo no vivo con mis papás ni con mis hermanos y él era mi compañero y saber que él me engañó fue lo peor de la vida en ese momento y para mí vivir con dolor no es vivir. Entonces no.

Entrevistadora: Entonces prefieres cortar la relación.

Participante: Sí, de una. (Participante 16, 31 de agosto)

En este relato el engaño (asociado a la infidelidad sexual) es configurado como algo intolerable: “fue lo peor de la vida”. Al analizar por qué esto es experimentado tan intensamente, me parece que es la posición que ocupa el amado en la propia vida lo que lo explica. “Para mí él lo era todo” dice el hablante, posicionando a su pareja como el eje de su propia existencia. De este modo el engaño es vivido como una traición que impacta en todos los ámbitos. Sin embargo en este discurso, pese la centralidad que se le otorga a la pareja, el sí mismo está posicionado por sobre el amado y entre “vivir con dolor” y perderlo, se prefiere la segunda alternativa. Cabe destacar que el hablante señala que esa

situación fue “lo peor de la vida en ese momento” y al especificar que fue en “ese momento”, relativiza su importancia actual y las consecuencias de esta vivencia respecto de la totalidad de su vida; lo cual sostiene la creencia de que el paso del tiempo reduce la intensidad con que se viven las experiencias amorosas.

Como hemos visto, sentirse traicionado emerge con relevancia en los discursos relativos a las experiencias amorosas negativas y se narra con gran intensidad.

Participante: Y finalmente...después vamos y se quería comprar un auto de tres corridas de asientos y tenía que ser de tres corridas de asientos. Encontramos un auto y le pregunto ‘¿De dónde sacaste la plata? Estaba ahorrando porque soy ordenada y he estado ahorrando todo este tiempo’. Y yo decía, puta, qué fácil ahorrar así: Tu ahorrai [sic] y yo me endeudo y me endeudo; así es re fácil ahorrar hueón.

Entrevistadora: ¿Y ahí cómo te sentiste cuando te diste cuenta?

Participante: No, traicionado. Fue como, puta, por qué no me dijiste que estabas ahorrando; por último hubiéramos ahorrado los dos juntos y a lo mejor tendríamos más plata todavía porque durante todo ese tiempo ella se jactaba de que todo lo pagaba ella y finalmente yo pagaba por debajo todo; faltaba algo en la casa y yo llegaba y lo compraba pero no estaba diciéndole a todo el mundo ‘oye, yo compré esto, esto y lo de acá’, la dejaba. Eso también fue algo que ella así...un punto de inflexión grande y después de eso ya, fue un año antes de separarnos. (Participante 14, 23 de julio, 2015)

En este relato el tema central es la vivencia de ser traicionado por la pareja, lo que se vincula al ocultamiento de información (“puta, por qué no me dijiste que estabas ahorrando”), a sentir que el otro se aprovechó de ti beneficiándose a costa tuya (“Tu ahorrai [sic] y yo me endeudo y me endeudo; así es re fácil ahorrar hueón”), y a no funcionar como compañeros (“por último hubiéramos ahorrado los dos juntos y a lo mejor tendríamos más plata todavía”). El uso de groserías tiene el efecto de mostrar la intensidad con que fue vivida esta situación, que es calificada como “punto de inflexión grande”.

Los discursos analizados, dan cuenta de la expectativa de lealtad y de su importancia en torno al AR. Es por esto que la traición se evalúa como una falta grave, que incluso puede poner en riesgo la relación. Cabe destacar que la infidelidad se configura como un engaño importante, en tanto la exclusividad sexual sería parte de las normativas

amorosas. El AR es un sentimiento que se da exclusivamente con una persona y esta exclusividad también se debe reflejar en el ámbito sexual.

Quien te ama te debe tratar bien y valorar.

Un argumento que estructura los discursos es que quien te ama te debe tratar bien y valorar. Para estos participantes, es necesario sentirse apreciados por sus parejas y tratar bien al otro/a se constituye tanto en característica, como en evidencia del amor.

En relación a esto, al revisar las entrevistas me llama la atención, que es recurrente que en los discursos aparezcan relacionados respeto y cariño. “Espero que me traten con respeto y cariño”, aparece reiterativamente, lo que hace suponer que ambos serían caras de una misma moneda, que se manifestaría en recibir un buen trato:

Entrevistadora: ¿Cómo esperas que te trate una persona que te ama?

Participante: Que me trate bien. Con cariño, con respeto. (...)

Entrevistadora: Ya, y qué sería para ti que te traten con respeto.

Participante: Ehhh... sería como las discusiones que se conversan, lo mismo los problemas. No violencia, ni física, ni psicológica. Eso. (Participante 2, 15 de abril, 2015).

De la cita anterior me parecen interesantes dos aspectos: el primero, es que se asume la existencia de conflictos en las relaciones y lo que se espera no es que desaparezcan sino que haya un modo tranquilo de afrontarlos y lo segundo, es que al aludir a la violencia, se aclara que abarca tanto lo físico como lo psicológico. Esto me llama la atención porque da cuenta de que la violencia ha dejado de asociarse solo a los golpes y porque el que esto se explicita, evidencia también las expectativas de buen trato.

Ser tratado/a con cariño emerge como una expectativa pero existen ciertos matices; en tanto hay quienes lo asocian al romanticismo y a recibir mimos, y quienes no necesariamente esperan esto.

Entrevistadora: Y en actitudes en el fondo. ¿Qué esperas tú?

Participante: Que te traten como con cariño. Que te traten de buena manera, que no sean pesados, como tratarte... En realidad yo no espero tanto, como que creo que el trato al final... pero, que te traten bien, que sean como cariñosos, que no sean, que no sean... que no sean secos.

Entrevistadora: Ya. ¿Cómo el tratarte bien sería un poco eso, como ser cariñoso, no ser seco?

Participante: Claro, ser cariñoso, ser preocupado, como eso. (Participante 4, 24 de abril, 2015).

Considerando tanto esta cita como la anterior, es posible evidenciar que en ellas se sostiene la creencia de que quien te ama te debe tratar bien. El buen trato se asocia con el cariño, la conversación, la preocupación y ser agradable, mientras que el mal trato con violencia física y psicológica, con ser pesado y seco. Estos discursos transgreden los mitos y relatos que asocian el amor con el maltrato (como por ejemplo: “quien te quiere, te aporrea”) y posicionan el buen trato como lo mínimo que se debe esperar del amado/a (“En realidad yo no espero tanto”, dice en relación a esto el hablante). Vinculado con lo anterior, otra creencia que se articula en los relatos, es que quien te ama te debe valorar.

Participante: (...) lo que yo le digo a mis amigas, yo no pido que me entiendan, yo quiero que me quieran. (...) Nada más que eso. Eh. Tal cual soy. (Participante 6, 4 de mayo, 2015). En este caso vemos la expectativa de ser aceptado. “No pido que me entiendan (...) quiero que me quieran tal cual soy”, dice la hablante y con esto da cuenta de que busca que su pareja la ame y valore, sin cuestionarla, ni desear cambiarla. Para los y las participantes, ser valorado se vincula con ser reconocido/a, apoyado/a, priorizado/a, respetado y considerado.

Entrevistadora: ¿Ya, y qué vendría a ser? Por ejemplo cuando dices apoyarse, respetarse... ¿Cómo en qué se manifestaría el apoyo, el respeto?

Participante: Por ejemplo en que tú llegues a la casa.... cansado, y que la otra persona pueda leerle que a lo mejor no estás con ánimo de salir o de hacer algo que a lo mejor ya tenían planificado, sino que, sea capaz de entender que tú estás necesitando otras cosas, o estas con otras necesidades. En ese sentido de apoyarse. (Participante 3, 10 de noviembre, 2014).

A través de esta cita podemos ver, que el respeto se relaciona con identificar, validar y cubrir tus necesidades. Esto me parece interesante ya que para los hablantes sus propias necesidades son reconocidas como importantes, y del amor no solo se espera entregar sino también recibir y que se reconozca empáticamente lo que uno/a como sujeto requiere. No se espera que el “yo” se anule, sino que por el contrario que sea reconocido y validado.

Cabe destacar que como veremos más adelante, esto se expresa con ciertos matices y tensiones en los discursos.

Si bien se trata de algo que no fue común a las vivencias de la mayoría de los y las participantes, el no sentirse reconocido fue un argumento que adquirió gran centralidad en el relato de un entrevistado, y dado que sentirse valorado es parte de las expectativas amorosas, me parece que vale la pena detenerse al respecto.

Participante: “(...) nunca vio los sacrificios que yo hice por ella, que yo finalmente dejé todo lo que yo conocía para irme a vivir con ella y los niños a una comuna que me carga, que no conocía. Para ella fue como algo obvio. Pero cuando yo le pedí hacer lo mismo, puros dramas (...)” (Participante 14, 23 de julio, 2015).

Llama la atención de la cita anterior, el uso de términos absolutistas como “nunca” y “todo” que tienen el efecto de polarizar el discurso y de obviar la presencia de posibles matices. En este discurso el hablante denuncia una situación que considera injusta: él hizo sacrificios que no fueron reconocidos, y a la vez estos esfuerzos no solo fueron invisibilizados sino que tampoco fueron retribuidos. El dejó “todo lo que conocía para irse a vivir con ella”, pero a ella esto no solo le pareció “obvio” sino que además tampoco estuvo dispuesta a hacer lo mismo por él. A través de este relato podemos evidenciar la expectativa tanto de ser reconocido, como de que los sacrificios que se realizan en pos de la relación sean equitativos. Podemos ver que en estos relatos, no ser reconocido es significado como algo que desgasta la relación. Es posible hipotetizar que la valoración que se espera recibir de la pareja, puede ser evidencia de que el “sí mismo” hoy tiene una posición más privilegiada que antaño; actualmente se espera ser valorado y que ambos se sacrifiquen de igual manera por la relación.

Debes ser importante y priorizado por quien te ama

Otro argumento que estructura los discursos, es que debes ser importante para el amado/a, lo cual se entiende muchas veces como ser priorizado frente a otras personas o actividades. Sin embargo, cabe destacar que, si bien todos desean sentirse importantes y especiales, existen matices: desde quienes desean que esto ocurra dentro de un contexto de libertad y sin un afán posesivo, hasta quienes desearían ser el centro vital de su pareja.

Entrevistadora: ¿Y qué esperas hoy día del amor?

Participante: Ahora me gustaría conocer a alguien que lo de todo por mí y yo así dar todo por él.

Entrevistadora: Cuando tú dices esto de darlo todo ¿qué es para ti darlo todo?

Participante: A ver, es que a lo mejor pido mucho y por eso me va mal. Porque la gente igual me dice que soy bonito, que bailo bien; a mí me gusta que me digan que bailo bien, pero yo quiero a alguien que sienta que yo soy lo más importante para esa persona.

Entrevistadora: Ya y eso ¿en qué lo manifestaría, por ejemplo? ¿Cómo te darías cuenta qué es lo más importante para el otro?

Participante: Lo que pasa es que, mira, yo soy sola y si voy a tener una pareja yo le voy a dar mi 100% de amor a él y se lo doy todo a él: lo voy a amar, a cuidar, a respetar, todo. Y si siento que esa persona tiene otros amores, aunque no sean de pareja, de mamá, papá, hermanos, él no me va a dar el 100% como yo se lo estoy dando a él; él me va a dar un 40% de su amor porque el otro 30% es para su mamá y el otro 40% para su papá, sus hermanos y no sé ¿me entiendes? Entonces para mí lo especial, lo perfecto sería encontrar a alguien que tuviera las mismas necesidades que yo.

Entrevistadora: Me estoy imaginando esto de los porcentajes y ¿eso significa, por ejemplo, que si quiero a mi mamá, te voy a querer menos a ti?

Participante: Sí, una cosa así. Pero sé que estoy mal porque el amor de mamá al de una pareja es súper diferente, totalmente distinto. Pero tengo que aprender a aceptarlo.... (Participante 16, 31 de agosto, 2015).

Si bien en el extracto anterior hay varios aspectos interesantes de analizar, me focalizaré principalmente en el argumento del deseo de ser todo para el otro/a. Cuando el hablante señala: “me gustaría conocer a alguien que lo dé todo por mí y yo así dar todo por él”, se evidencia una condicionalidad y deseo de reciprocidad, ya que “dar todo por él” está sujeto a que el otro también lo haga por ti. Me parece necesario precisar en el impacto que tiene desear que el otro te dé “todo”, ya que no sólo se busca centralidad en la vida del amado/a, sino tener un rol exclusivo en ella, donde todo lo que este pueda entregar sea recibido únicamente por ti. Esto no es problematizado sino por el contrario es deseado; poseer al otro en su totalidad es entendido como un modo de asegurar su amor, promoviéndose así relaciones posesivas, centradas en sí mismas y egoístas con el resto. De este discurso, también me parece interesante el deseo de encontrar a una persona que

tampoco tenga familia para no tener que compartir el amor ya que da cuenta de que los afectos se comprenden como un recurso limitado. El uso de las metáforas que aluden a porcentajes, evidencia un entendimiento de los afectos como un recurso finito que se debe compartir, de modo que si se debe repartir entre más personas, menor será el pedazo que le corresponderá a cada uno. El hablante expresa que siente que su pensamiento es equivocado ya que se trataría de amores cualitativamente distintos pero pese a esto, ese es su deseo existiendo una tensión entre lo que siente y lo que cree que debería sentir. En este discurso, dada la lógica desde la cual se entiende el amor, se justifica el deseo de tener exclusividad en la vida del otro/a y se promueven las aspiraciones de poseer y ser el centro vital del amado/a, como modo de asegurar su atención y amor. Sin embargo tal como mencioné inicialmente, si bien todos los participantes desean ser importantes para sus pareja, hay diferencias respecto de cómo comprenden esto y de la centralidad que esperan tener en la vida del otro/a

Participante: Es súper violento que alguien te diga que no puede vivir sin ti, como que genere ese tipo de dinámica que no sean libres, entre comillas, pero que queremos estar juntos y donde tú también quieres el bien del otro y no quieres hacerle daño al otro y no esta cosa de absorber egoístamente y de controlar al otro. Creo que eso algo que me interesa no tenerlo en mis relaciones. (Participante 9, 26 de junio, 2015).

Esta cita es muy interesante, ya que es una de las más transgresoras respecto de los mitos y relatos tradicionales del amor. Comúnmente la frase “no puedo vivir sin ti”, se asocia a romanticismo, y a una expresión que da cuenta de la gran relevancia que cobra el amado/a y que probablemente podría coartar al otro/a si desea terminar la relación. En este discurso se asume una postura crítica frente a estos relatos y sus consecuencias. Se usa el término “súper violento” para dar cuenta de sus efectos que, en este relato, se vinculan con los deseos de posesión y dominación que muchas veces quedarían ocultos bajo el manto del “romanticismo”. En este caso lo que se espera es compartir el deseo de estar juntos y querer el bien del amado/a, pero no se desea generar dependencia en el otro/a. Este discurso, a diferencia del anterior, promueve el establecimiento de relaciones libres y no posesivas.

A través de estas dos citas he ilustrado y analizado las posiciones más extremas, que aparecieron en los discurso respecto de la expectativa de ser importante para el amado/a; la

cual si bien es común entre las y los entrevistados, se sostiene con distintos carices. En relación con la importancia que se espera tener en la vida de la pareja, se busca también ser priorizado y considerado por sobre otras personas, y el no hacerlo puede ser vivido como una deslealtad. Tal como hemos visto en análisis anteriores, se asume que amar requiere entregarse y hacer sacrificios y dentro de este contexto, posicionar a la pareja sobre otras personas y actividades sería parte de lo que se debe hacer cuando se ama.

Participante: Yo le pedí a mi actual pareja que dejara de tener comunicación con su ex pareja y ahí no fue leal porque lo que le dijo a ella fue que, como a mí me molestaba, él tenía que dejar de hacerlo. Pero no lo hizo por convicción.

Entrevistadora: Ya ¿y por qué eso fue una deslealtad si finalmente el hecho fue el mismo, dejó de ver a la ex?

Participante: Ya, pero él por respeto a mí tampoco debería tener interés en ver a la ex si a mí me molesta, entonces siento que me pasó a llevar a mí, que era su actual pareja, y ella que ya era la ex. Eso fue hace muchos años ya.

Entrevistadora: ¿Pero tú esperas que te priorice a ti frente a otras personas?

Participante: Claro, que encuentro que eso también es un poco de lealtad. Si yo digo algo y tengo una creencia o algo, espero que me respete la mía y no lo que dicen los demás. (Participante 11, 10 de junio, 2015).

Por medio de esta cita se evidencia la expectativa de que exista una jerarquía en la cual para tu pareja, lo que tú pienses o desees debe estar por sobre el resto de las personas.

En este discurso se mantiene la relación amor-dominación, en términos de que se espera que tu amado/a cumpla tu voluntad y te priorice respecto del resto. A la vez es interesante, que en este caso pese a que la pareja de la hablante hizo lo que ella le pedía, esto fue insuficiente dado que “no lo hizo por convicción”; es decir no solo se espera que el otro/a cumpla tu voluntad sino que además debe estar convencido que eso es lo que debe hacer. El costo de no hacerlo de esta manera es ser percibido como desleal. Es “claro” es decir evidente, que debes ser prioridad y eso se vincula con la lealtad. Me parece interesante reflexionar sobre los efectos de esto, ya que creo que se trata de uno de los mitos menos cuestionados desde lo cultural. Se critica por ejemplo, que el amor se asocie a la violencia, pero existen menos problematizaciones explícitas sobre los efectos de dominación que tiene el desear ser prioridad para el amado/a. Me parece que este deseo que

es bastante normalizado, le resta libertad al amado/a en tanto se vincula con un interés implícito de someterlo.

Tal como ya he descrito, un argumento que aparece es que amar requiere postergar otros vínculos, lo que a su vez es relacionado con las posibilidades de éxito de la pareja.

Entrevistadora: ¿Y alguna vez hay [sic] tenido conflicto con eso? Por ejemplo, que a tu pareja no le gusten tus amigos, o que no quiera que salgas tanto.

Participante: (Interrumpe) Sí, yo creo que eso sí. Sí, obvio.

Entrevistadora: ¿Y cómo ha sido eso, cómo lo hay resuelto? ¿Cómo lo vivís' [sic] también?

Participante: Yo creo que es difícil eso, porque a la larga uno igual va a tener que optar más por la pareja que por los amigos. (Participante 4, 24 de abril, 2015).

En este fragmento podemos ver que cuando el hablante dice: “Uno (...) va a tener que optar por la pareja”, elegir a la amada se constituye en un mandato. Se entiende que estar enamorado/a implica priorizar al otro/a y por el contrario, cuando esto no ocurre es vivido como una deslealtad o como falta de amor. En este extracto, me llama la atención el uso del término “igual”. Al señalar: “a la larga uno igual va a tener que optar más por la pareja”, evidencia que esto no siempre es lo que se desea hacer, pero sí es lo que se termina haciendo. A la vez al decir que se debe optar “más” por la pareja, se matiza este hecho por lo que se podría pensar que no es necesario optar constantemente por el amado/a, pero sí debe ser lo que prime. En este caso existe una tensión entre lo que se quiere y lo que se debe hacer, en donde esto último es lo que prima. Este discurso mantiene la idea de que las relaciones de pareja están por sobre otros vínculos y por tanto debe priorizarse. Otro elemento que vale la pena analizar de la cita anterior, es la respuesta frente a si han existido conflictos para congeniar las amistades y la pareja. El participante señala: “Sí, yo creo que eso sí. Sí, obvio” y su respuesta que parte con un tono dubitativo termina convirtiendo este hecho en algo “obvio”, normalizando esta situación, al configurar como evidente que la amistad compite con la relación de pareja.

Cabe destacar que, si bien se asume que es necesario priorizar a la pareja; como estrategia para congeniar las distintas relaciones, se busca integrar al amado/a a los otros ámbitos de la vida, de modo de conciliar ambas cosas y evitar conflictos.

Participante: Estar en pareja yo te decía que tiene una parte racional de decir bueno, esto...voy a decidir entonces o por esta persona quiero jugármela y voy a hacer algunas concesiones, por ejemplo por el tiempo que voy a dedicar para trabajar, por ejemplo los fines de semana ya no van a ser solamente de amigos, sino que va a ser un tiempo acotado que se yo para los amigos y ojalá los amigos se puedan mezclar también con esta pareja. Yo creo que así funcionan las cosas más fáciles. Tu familia también que se pueda unir, o que tu pareja se pueda unir a tu familia y tu unirte a la familia de tu pareja. Es más fácil, porque no es como que estas cambiando, no estas eligiendo a mi pareja o a los amigos, o las familias o los colegas, que se yo. Por eso yo dejo como que mi pareja inunde mis espacios, sociales y familiares, y él también, entonces ahí las concesiones son menos porque es como que tenemos finalmente un proyecto juntos, un proyecto de fin de semana juntos, un proyecto de viernes en la noche juntos y a veces también, bueno, tenemos espacio para nosotros que nos quedamos, no sé, el viernes en la noche en mi departamento tomando un ron, viendo una película y comiendo pizza, que es un espacio protegido para nosotros. En general yo creo que ceder ciertas cosas y reorganizar o reacomodar. (Participante 3, 10 de noviembre, 2014).

A través de esta cita se asume que estar en pareja requiere de estrategias racionales para mantener el vínculo, lo que implicaría ceder, reorganizar y reacomodar. La idea de “jugársela”, es decir apostar por la relación, se entiende como equivalente a hacer concesiones para que ésta resulte. Como estrategia para que el costo de esto sea menor, se integra al amado/a a los otros ámbitos de la vida. Al respecto me parece interesante el uso del término “inundar”, en tanto un sinónimo de esta palabra podría ser “invadir”, lo que comúnmente tiene una acepción negativa, lo que no ocurre en este caso. Pareciera que en esta cita se relaciona más bien con la idea de diluir las demarcaciones entre la relación de pareja y los otros aspectos de la vida, de modo que estos pasen a convertirse también en áreas de la relación. En esta cita -que ilustra lo que ocurre con centralidad en los discursos de los/as participantes- se considera que integrar a la pareja a los distintos ámbitos personales es el ideal, ya que evita realizar elecciones, en donde probablemente se terminaría (deseándolo o no) privilegiando al amado/a. Por otra parte se asume que al compartir las distintas áreas de la vida con la pareja, se va construyendo un proyecto

común, en la medida que la disolución de los límites de los espacios de cada miembro, favorecería la construcción de un “nosotros”.

Me parece que el ideal de compartir todas las áreas de la vida con la pareja, se vincula con la lógica de la media naranja, en tanto se espera que el otro/a “calce” en los distintos ámbitos de tu vida, lo que lleva a tener altas expectativas de la relación y a la vez se convierte en una fuente de decepción y conflicto cuando esto no ocurre. En cuanto a la factibilidad de compatibilizar la vida amorosa con otras áreas, un elemento que me llama la atención es que en algunos discursos se apela a la voluntad, desde la lógica de “el que quiere puede”.

En el amor romántico la entrega debe ser recíproca

Si bien esto ya ha sido abordado previamente, un argumento que estructura los discursos sobre cómo debe ser el AR, es que en él la entrega debe ser recíproca. Pese a que se asume que el amor requiere hacer sacrificios, se espera un equilibrio entre lo que cada uno da.

Entrevistadora: Ya, o sea tú estás como en ese sentido, como que estás dispuesta a postergar quizás ese tipo de cosas [aludiendo a las amistades] por una relación de pareja.

Participante: Claro. Pero si yo veo que es mutuo poh' [sic] .

Entrevistadora: Ya.

Participante: Si yo veo que, que solamente doy yo y la otra persona no, no es mucho lo que da, no. O se termina, cachai, [sic] o no, yo tampoco transo.

Entrevistadora: Ya. O sea, en ese sentido pa' [sic] ti como la reciprocidad es importante.

Participante: Sí. (Participante 6, 4 de mayo, 2015).

A través de este párrafo podemos evidenciar que la reciprocidad se construye como un requisito para la entrega. Se cuestiona la entrega incondicional, y se espera retribución. Lo que cada uno da a la relación está condicionado a lo que está dispuesto a ceder el otro/a. Si bien esto puede ser transgresor a antiguos mitos amorosos, se sigue manteniendo a la base la idea de que el amor requiere entrega total, sin embargo esta vez bajo la condición de que sea mutua. La hablante señala que es “claro”, es decir obvio, que está dispuesta a postergar sus amistades por su pareja, pero siempre y cuando él también lo haga. De esta manera no se cuestiona que amar implique postergar otros vínculos, sino que esto sólo es

problemático cuando no es correspondido. La expectativa es que el otro/a dé “mucho” por ti tal como tú lo debes hacer, pero la entrega solo debe existir en la medida que es retribuida. La reciprocidad es posicionada como un valor tan relevante, que condiciona la mantención de la relación.

Entrevistadora: ¿Cómo manejaste eso, cómo lo hicieron para congeniar estos proyectos o ideas?

Participante: Eh, a ver. Yo creo que por un lado sí ella tuvo que transar [en convivir antes de casarse] y, y decir “bueno, es eso o, o no sé, o nada”, porque en el fondo de alguna manera yo, yo ahí fui mucho más, más duro y mucho más intransigente en decir yo no voy a transar eso, por ejemplo.

Entrevistadora: ¿Ya, y por qué tú no estabai [sic], por ejemplo, dispuesto a transar eso [casarse sin convivir previamente]?

Participante: Más que dispuesto. O sea, sí. Porque yo, porque yo es algo que tengo muy claro de mi pensamiento, que es que yo no me casaría con alguien antes de vivir con ella, o, y si yo a futuro pienso casarme, que tampoco es algo que esté como en mí, en mis prioridades, pero si yo el día de mañana voy a transar de que casarme con ella, porque ella se quiera casar por lo menos necesitaba que ella transara en vivir conmigo y convivir antes de... (Participante 4, 24 de abril, 2015).

En este discurso emerge lo “intransable”, que en este caso corresponde a una convicción de vida, que sería tan potente que puede poner en riesgo la relación. “Bueno, es eso o, o no sé, o nada”, dice el entrevistado y con esto su pareja queda en la encrucijada entre ceder o romper el vínculo. Se apela a la reciprocidad como manera de justificar este acto: “si yo el día de mañana voy a transar de que casarme con ella, porque ella se quiera casar por lo menos necesitaba que ella transara en vivir conmigo”. De esta manera se espera que la concesión (aceptar casarse), sea retribuida: “por lo menos” ella debe aceptar convivir. La entrega no es incondicional y se espera una devolución a cambio, en donde el raciocinio que sustenta el discurso es el de la transacción: “sí yo entrego, tú también entregas”. A través de este relato podemos ver la presencia de una lógica mercantil en torno a la entrega; ésta se realiza pero bajo la condición de recibir algo a cambio. En tanto a los efectos que esto tiene sobre las relaciones sociales, me parece que por una parte, la valoración de sí mismos que realizan los sujetos en estos discursos (en tanto seres dignos

de recibir), puede evitar relaciones abusivas; pero a la vez la lógica de la necesidad de una retribución por cada entrega realizada, puede ser fuente de conflictos, en tanto crea una “cuenta bancaria imaginaria” que registra cuánto ha dado y recibido cada uno/a.

No todo debe aceptarse por amor

Tal como se evidenció en la última cita revisada, en los discursos aparece la premisa de que no todo se debe aceptar por amor. Lo que no se debe hacer o transar es lo que te haga mal y/o atente contra tus principios, proyectos o relaciones afectivas importantes. Respecto a estas últimas cabe precisar que si bien como vimos anteriormente para algunos/as amar requiere postergar otros vínculos, para otros/a amar no te puede llevar a romper tus otros lazos significativos lo que tensiona la creencia de que la pareja debe ser la prioridad y que el “nosotros” debe estar sobre otras relaciones.

Participante: (...) hay veces que hay cosas que uno no transa, como lo de mis amigas lesbianas, ponte tú. Hay una que le da celos en particular¹⁹ y ahí dije “Lo siento, son mis amigas y la hueá. Se van a seguir quedando acá y vas a tener que cachar que no pasa nada entre nosotras”.

Entrevistadora: ¿Y por qué por ejemplo, está esta tensión entre la amiga versus decir ‘ok, estoy dispuesta a no contarte estas cosas [detalles de relaciones pasadas] pero no estoy dispuesta a dejar a mis amigas’? ¿Qué cosas son prioritarias y que dices que son intocables para ti?

Participante: Yo creo que ahí pasa más por el tema de la amistad. Para mí la amistad también es una forma de amor, lo he sentido mucho con mi amiga que ahora está enferma por ejemplo y lo hemos hablado, son relaciones afectivas súper intensas y que de alguna manera me interesa cultivarlas y mantenerlas de la misma manera que las relaciones de parejas, son distintas formas de amar yo siento. (Participante 9, 26 de junio, 2015).

Esta cita me parece particularmente interesante, en tanto difiere a los planteamientos de otro/as participantes que posicionan al amor sobre la amistad. En este caso se trataría de formas de amor distintas, pero equivalentes en cuanto a la importancia y prioridad que tienen. A su vez los celos de él no se constituyen en razón válida para relegar la relación

¹⁹ Para contextualizar la cita vale la pena señalar que la participante ha tenido relaciones amorosas con hombres y mujeres.

con las amigas, sino que se configuran, al ser infundados, como un problema del otro y que éste es quien debe resolver. Complementando lo anterior la participante señala:

“Yo creo que uno sí va reorganizando sus tiempos y priorizando en parte a esa persona y eso implica lo que decía antes: de ver menos a los amigos, pero yo trato. Y en este caso sí, como de negociar siempre cosas. Yo creo que es importante y en este caso siempre está esa tensión de tener una relación que puede ser más afectivamente feminista y que no caigamos en relaciones de dominación del otro o de estos celos o de pensar que el otro te pertenece, como de objetivizar al otro, de tener cuidado con eso pero a la vez eso pasa, de que igual uno siente celos e igual quieres que sea tuyo y eso es un proceso doloroso igual.” (Participante 9, 26 de junio, 2015).

En este caso no se transa la amistad aunque se reconoce que “en parte” se prioriza al amado. La amistad se posiciona como un vínculo tan relevante como el AR, y la solicitud de alejarse de ciertas amistades es interpretada como un intento de dominación y objetivación. En este discurso se problematiza el deseo de posesión del otro, y si bien mantiene la idea de que se prioriza al amado, transgrede la jerarquización tradicional del amor romántico, al posicionar al mismo nivel la amistad.

Vale la pena destacar, que en algunos casos poner límites frente a lo que se está dispuesto a ceder por amor se entiende como producto de un aprendizaje:

Participante: Me pasó en la relación anterior que tuve hace dos años y medio ya, y en terapia en realidad me di cuenta de eso. Como que de alguna manera yo por la relación aguantaba hartas cosas que no me hacían bien a mí, que yo me quedaba al final muy cargado, con mucha rabia, porque me sentía como pasado a llevar, porque sentía que me estaban faltando el respeto de alguna manera, que son cosas básicas y no puedes estar bien en una relación si estas sintiendo eso, y, por eso ha sido como un tema que he trabajado mucho en terapia. El ser pareja y como ser en pareja. (Participante 3, 10 de noviembre, 2014).

El argumento que sostiene el relato anterior, es que no se debe tolerar en una relación cosas que te hagan mal. Tal como vimos anteriormente, sentirse respetado se configura como requisito de una relación satisfactoria. En este sentido, el discurso tensiona la idea de que el amor lo debe aguantar todo y se posiciona el bienestar del sujeto por sobre

la relación. En relación a esto, un argumento que surgió con fuerza en las entrevistas fue la influencia de la autoconfianza y autovaloración en los modos en que se vivía el amor.

Entrevistadora: ¿Cómo las evalúas [tus experiencias amorosas]?

Participante: Eh... yo creo que he ido de menos a más. En el sentido que cuando chica me lo sufrí todo por los hombres, y cada vez ha sido como menos el dolor. Independiente de que he tenido relaciones más largas de que cada vez se vuelve más serio. Y cada vez me ha dolido menos.

Entrevistadora: ¿Y por qué crees que te ha pasado eso? ¿Cómo te lo explicas?

Participante: Porque me quiero más yo. Porque me valoro más.

Entrevistadora: Ya y ¿cómo lo relacionas con valorarte más?

Participante: Por ejemplo, cuando se acaba una relación, generalmente es porque, no sé poh [sic]. O sea, no íbamos para el mismo lado o algo más en trato. No sé poh [sic], no te gustaron ciertas cosas, o valores diferentes. Y en ese sentido como que a mí me encanta como soy, cachai'. Entonces como que, si no vamos juntos, está bien, sigue por tu camino y yo por el mío no más. (Participante 1, 8 de abril, 2015).

A través de este extracto, podemos evidenciar que la hablante distingue dos modos distintos de vivir el amor (cuando chica y ahora), en donde el eje articulador del cambio es la autovaloración. Amar y no valorarse se asocia a dolor; mientras que amarse a sí mismo, se vincula a separaciones menos sufridas y a no trazar los propios caminos por el amado/a; lo cual es valorado positivamente. Este discurso posiciona el amor propio por sobre el AR, lo que desestabiliza las creencias y mitos tradicionales que aluden a que el amor es lo más importante y que debe ser capaz de aceptarlo todo. Es interesante cómo para la hablante el haberlo “sufrido todo”, se explica en la falta de amor propio, ya que da cuenta que quererse a uno mismo te empoderaría en torno a tus vivencias amorosas.

Aunque estés enamorado/a se deben respetar y cuidar los espacios individuales

Un elemento que surgió en las entrevistas y que se vincula también con el argumento de que no todo debe aceptarse por amor, es la necesidad de resguardar los espacios individuales. Me parece sin embargo, que esto es un “mandato” que entra en tensión con otros ya analizados en este capítulo, y que a la vez no es compartido por

todos/as los participantes, en tanto hay discursos en donde privilegiar los espacios personales sería una evidencia de que no se ama lo suficiente.

Entrevistadora: Y eso en el fondo, de los tiempos personales de cada uno en algún momento ¿hubo situación de conflicto?

Participante: No, yo creo que si así fuera me cargaría. Yo necesito salir sola hartito.

Entrevistadora: Y cuándo sales sola ¿para qué? ¿Qué haces? ¿Para qué dices ‘yo lo necesito’? ¿Qué es, en el fondo, lo que necesitas?

Participante: Yo creo que antes lo necesitaba más, hoy día necesito conversar y era lo que no me pasaba con él. Entonces me juntaba con mis amigas y conversaba y lo pelaba hasta (risas), “sentémonos a pelar a los hueones” y así decía “¿sabes? Estoy cansada de no sé qué cosa” y te desahogai [sic]. Después volvías. Antes era [pelar] a mis amigas de universidad y de colegio, a la no sé cuantito [sic] y ahora a tú marido (risas). Eso lo necesito: hablar de cualquier cosa, o soñar o escuchar a una amiga. (Participante 13, 22 de julio, 2015)

En este relato el espacio personal se configura como una necesidad, lo cual es coincidente con lo que plantean varios/as participantes. En estos espacios se obtendrían cosas que no necesariamente se tienen con la pareja, y que permiten tomar cierta distancia de la relación, para después “volver” a ella. Estos momentos al ser significados como necesarios, son deseados y el no tenerlos podría convertirse en fuente de conflicto. En este discurso, se destaca la necesidad de espacios y vínculos externos a la pareja, lo cual transgrede la idea de que a través del amado/a es posible satisfacer todas las necesidades personales, y que amar implica fundirse con el otro/a.

Participante: (...) Ha sido tema de discusión porque la otra persona como que se siente, o dice ah, “no quieres estar conmigo”, porque yo le saco la mano de repente [cuando lo abrazan en la cama], entonces yo le digo que, bueno aunque estemos durmiendo en la misma cama hay dos mundos que también necesitan espacio y privacidad, entonces desde ahí lo ha entendido.

Entrevistadora: ¿Y qué otros espacios de privacidad necesitas tú? Así como me dices como metáfora, somos, aunque estemos en la misma cama somos dos mundos distintos.

Participante: Sí.

Entrevistadora: ¿Qué otros espacios así de privacidad...?

Participante: Sí, somos dos mundos distintos que tienen un espacio individual y un espacio en conjunto. El baño por ejemplo, el baño es un espacio para mí íntimo, que le pongo

seguro a la puerta, porque me gusta como sentirme yo, en el baño, protegido. Eso. Encuentro que el baño es demasiado íntimo, demasiado tuyo, tu momento, y me gusta eso. ¿Qué otras cosas? Como....mi espacio de terapia, ese espacio es mío, es un espacio, claro, mío en el sentido que yo hablo, de la relación, hablo de él, pero que ahí él no se puede meter. (Participante 3, 10 de noviembre, 2014).

En este discurso se configuran dos objetos: el espacio individual y el espacio compartido. El primero, se construye como un área sobre la cual se tiene total propiedad (lo que se puede ver por ejemplo cuando el hablante al referirse a la psicoterapia indica tres veces: “es un espacio mío”), donde es posible “sentirte tú”, donde estás protegido y el otro no debe entrar. Al respecto me parece interesante la alusión al baño y a la psicoterapia, en tanto en ambos casos se está expuesto a lo más íntimo del cuerpo y la mente. En cuanto al espacio compartido con la pareja podríamos pensar por contraste, que en él las personas están más expuestas, ambos pueden “meterse” y opinar y por lo tanto se está más vulnerable. Es interesante cómo en este relato, a diferencia de otros, no se desea una fusión total con la pareja. El hablante destaca dos veces “somos dos mundos distintos” aclarando que aunque compartan un lugar tan cercano como la cama, se sigue deseando espacio y privacidad. A la vez podemos identificar que en este discurso ambos ámbitos entran en tensión, en tanto la necesidad de privacidad e intimidad puede ser interpretada por la pareja como falta de amor.

Entrevistadora: Ya, contra qué otras cosas lucha uno, o tiene que luchar para mantener una relación.

Participante: Bueno, también lo habíamos mencionado, es respecto a los intereses personales de cada uno. Para mí alguien que deja todo, todo, incluso a la persona que ama, por ir a hacer lo que le gusta, creo que entonces está diciendo claramente que lo que quiero hacer es más importante que ese amor. Que ese amor de pareja. (Participante 7, 8 de mayo, 2015)

El argumento que sostiene este relato es que quien prioriza sus gustos personales “claramente” no ama tanto. Se asume que estar enamorado requiere preferir al amado/a y postergar los deseos individuales y por lo tanto la pareja debe ser la prioridad. Los gustos personales se configuran en una amenaza para la relación, se asume que para amar es necesario entregarse totalmente y el amor es comprendido desde la lógica de la posesión.

Participante: Entonces eso la enamoró de mí: la libertad que le daba, lo que finalmente después se convirtió en mi peor enemigo porque a ella le gustaba sentirse controlada y que la estuvieran persiguiendo como yo no era así, ella asumía que yo no la quería

Entrevistadora: ¿Y cómo era pa [sic] ti cuando ella pensaba que no la querías?

Participante: Empezaba con dramas, con peleas y yo iba y le explicaba y como que ahí ella entendía en realidad que para mí, no puedo estar con alguien a quien tengo que estar llamando y controlando así como: “¿dónde estás? Y ¿qué estás haciendo? O ¿qué hora es?, que tienes que hacer esto u esto otro”, no. Siento que las personas tienen que tener la libertad de decidir lo que estimen. Si estás con alguien, tienes que tener la confianza para dejar que ella haga lo que es su día a día. Eso fue más menos lo que se enamoró de mí y que después fue lo contrario, era lo que detestaba más de mí: que yo era demasiado light, según ella yo era demasiado frío y que no me importaba nada. Y no era así, si no que yo confiaba en que ella si decía que iba a tal parte... (Participante 14, 23 de julio, 2015).

En el extracto anterior ambos tienen distintas formas de comprender la relación; lo que él interpreta como confianza, para ella es falta de preocupación. En este caso la tensión que surge de dos formas distintas de concebir el amor: para él, el amor va unido a la libertad y para ella, al control y la posesividad. A través de este relato podemos ver la coexistencia de distintos modos de comprender el AR, y cómo esto puede constituirse en una fuente de conflictos.

Finalmente, y en relación con los discursos que apelan a la necesidad de tener espacios individuales, también en las entrevistas se señala la importancia de aceptar las diferencias de opinión y de gustos con la pareja, lo que se puede vincular con reconocer que se trata de sujetos con características y necesidades diferentes.

Participante: Y también, obviamente, de repente tener conversado que “ya, hay cosas que yo voy a tener que hacer solo porque a ella no le gustan, para qué la voy a obligar”.

Entrevistadora: ¿Cómo qué, por ejemplo?

Participante: No sé po [sic]. De repente que me guste salir hasta tarde, ponte tú. O me guste ir a jeepear un día y ella no quiera, prefiera hacer otra cosa. Así como también respetar que, no sé po [sic], que si ella se quiere acostar temprano, y yo no me quiero acostar temprano, porque duermo poco, te fijai [sic]. Yo creo que entonces, mientras haya comunicación y se transe, yo creo que va a estar todo bien. (Participante 4, 24 de abril, 2015).

La línea argumental de este discurso es que es necesario respetar las diferencias. A través de este extracto se configuran él y su pareja como seres separados, reconociéndose y validándose las preferencias de ambos. Los mecanismos que permitirían que esta individualidad no fuese problemática son conversar y transar. Este discurso transgrede la idea de que es necesario que las parejas realicen todas sus actividades juntas y obligar a la amada a hacer algo que no desea se configura en un sinsentido y una falta de respeto. Cabe destacar, que si bien en el discurso anterior se plantea la importancia de respetar los gustos y actividades de recreación individuales, esto en algunos casos sería aceptable solo si no representan una amenaza para el vínculo.

Participante: (...) me conocieron ahí, me conocieron siendo bombero, me conocieron, me conocieron siendo hija, siendo hermana, entonces como que te, te obliguen o como que te quieran quitar algo que tú haces con anterioridad o algo así...; ya es distinto a tener que, por ejemplo, si yo me meto ahora, no sé a la Cruz Roja.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Cachai', es como quitarme yo misma tiempo.

Entrevistadora: ¿Ya, y eso en el fondo tú creís'[sic] que, por ejemplo, podría ser como eventualmente conflictivo en una relación?

Participante: Claro poh'[sic]

Entrevistadora: Ya.

Participante: Claro. Pero si ya me conocieron con todo esto, eh, tiene que, tiene que respetarlo, cachai'. (Participante 6, 4 de mayo, 2015).

En esta cita bien se señala que el otro no debiera coartarte en los otros ámbitos de tu vida, esto está restringido solo a actividades o vínculos previos a la relación. Esto se explica desde la lógica de que la relación debe ser prioridad y por tanto debe anteponerse a intereses personales que emerjan posteriormente. La hablante señala “si ya me conocieron con todo esto, eh, tiene que, tiene que respetarlo”, frente a lo cual me surge la pregunta: ¿Y si surgen nuevas necesidades, gustos o relaciones no merecen ser respetadas? Al parecer la respuesta es no para esta entrevistada, todo lo que pueda restarle prioridad a la relación es “claramente” un potencial fuente de conflicto. Este discurso mantiene la creencia de que la relación de pareja debe ser lo más importante y si bien se asume que no se le puede pedir al otro que deje de hacer lo que hacía previo a la relación -ya que eso sería querer cambiarlo-,

sí se espera que no agregue compromisos que lo puedan desconcentrar de la pareja. Me parece que en este discurso las personas y la relación, son comprendidas desde una mirada estática, en tanto se espera que el sujeto no cambie respecto de lo que era y deseaba al inicio, y la emergencia de nuevos deseos personales son configurados como riesgosos e indeseables.

Capítulo 10

Con el tiempo amamos de forma menos apasionada pero más racional y comprometida

Un argumento discursivo presente con centralidad en los relatos es que los modos de enamorarse y vivir el amor cambian a lo largo de la vida, caracterizándose por una disminución de la pasión, a favor de un aumento de la racionalidad, la profundidad y el compromiso. La intensidad de la experiencia amorosa y la centralidad que se da al amado/a decrecerían según el momento vital, el tiempo de relación, el aprendizaje a partir de experiencias previas y la presencia de hijo/as.

En los discursos, se asume que lo normal y esperable es que en la adultez no amemos de un modo irracional y desenfrenado, y que en la medida que pase el tiempo seamos capaces de comprometernos en relaciones estables, las que requieren de voluntad y trabajo para sostenerse, ya que la intensidad de la pasión inicial decrece y por tanto el amor necesita de otros elementos para perdurar. En estos discursos el “verdadero” amor es el que trasciende al ímpetu inicial y que por tanto se configura como una emoción más duradera y profunda. A través de estos discursos se establecen normas sobre cómo debe comportarse un adulto y se favorece la mantención del orden social establecido en torno a cómo se desarrollan el amor, las relaciones de pareja y la familia.

Los argumentos que configuran este eje discursivo son: el amor adolescente no es verdadero amor; con el tiempo decrece la intensidad de la pasión; de nuestras experiencias amorosas aprendemos a ser más racionales; los hijos/as redefinen la prioridad de la pareja.

El amor adolescente no es “verdadero” amor

En las entrevistas emerge una clara distinción entre el amor adolescente y el amor adulto, configurándose este último como lo que sería “realmente” amor.

Participante: Es que yo creo que el amor de los 18 es súper distinto a los de hoy día poh [sic].

Entrevistadora: ¿Por ejemplo con qué?

Participante: Con mil cosas, poh [sic]. Por ejemplo a los 18 yo me sentía súper enamorada de A.²⁰ Pero si yo lo veo hoy día, en verdad no estaba enamorada. Estaba como encantada, o así como... que ni siquiera lo conocía tanto, ni él se conocía tanto. Como que no éramos, cachai' [sic]. Entonces, pero sí, en ese minuto si me sentía enamorada porque A. era todo para mí, poh [sic]. (Participante 1, 8 de abril, 2015).

En este discurso la hablante diferencia el amor de la adolescencia del actual, y cuestiona si lo que sentía en ese momento hoy podría considerarlo amor. El amor adolescente es significado como un encantamiento, superficial (“ni siquiera lo conocía tanto”) e intenso, y dadas estas características es cuestionado como verdadero. Este discurso ubica los sentimientos adultos como el parámetro de lo que se debe sentir al estar “realmente” enamorado y por tanto subestima el sentir adolescente.

Participante: Ninguno de los dos terminó [aludiendo a una relación a los 14 años, que finalizó cuando ella se cambió de país]. En la despedida nos jurábamos amor eterno llorando a moco tendido. Pero chicos. (Participante 11, 10 de junio, 2015).

En este caso la entrevistada alude a un quiebre amoroso que ocurrió en su adolescencia. Ella señala “nos jurábamos amor eterno, llorando a moco tendido”, dando cuenta de la intensidad con la que se vivió la ruptura, sin embargo luego agrega “pero chicos” que podría tener ya sea la función de justificar la intensidad de su sentir, o bien dar cuenta de lo ingenuo que podía ser creer esto a esa edad. En cualquiera de los casos el efecto es similar, el amor juvenil se configura como un sentimiento cándido, al ser evaluado desde una mirada adulta.

Por otra parte cómo se viviría el amor y lo que se buscaría en una pareja sería diferente entre la actualidad y el pasado.

Participante: (...) cuando era colegial, cachai', eran más rápidas las relaciones todavía, eran súper expés. Cuando salís como que las mantenís' [sic] por más tiempo; un año, dos años y cosas así. Pero en el colegio de repente vai' [sic] un mes con alguien, cachai, y ahí idealizai' [sic] todo poh [sic]. Y te pasai' [sic] mil rollos, soy menos maduro, y eso también es una cuestión. Bueno, a mí me pasa.

Entrevistadora: Ya.

Participante: En general, es, pero puede ser que a otras personas no les pase

20 Ex – pololo de la participante.

Participante: Que me siento un poco, pero poquito, tampoco soy quien pa' [sic] la cuestión, un poquito más maduro. O de repente más frío para ver esta relación ahora y proyectarla.

Entrevistadora: Ya en qué sentido más maduro, más frío..

Participante: Eh, qué pensai' [sic] más las cosas.

Entrevistadora: Ya, ¿Cómo qué cosas, por ejemplo?

Participante: Eh, las consecuencias que pueden tener tus actos, cachai'. Las consecuencias que, yo soy, pucha, las consecuencias que pueden tener un poco el casarse o el tener hijos, las pensai' [sic] más, cachai'. Decís voy a tener un hijo, pero también sacar mis estudios, cachai', quiero estudiar otra cosa. (Participante 5, 29 de abril 2015).

Este discurso diferencia y caracteriza el amor de la juventud del amor adulto, atribuyéndole al primero fugacidad, irracionalidad e idealización, y al segundo racionalidad y frialdad. Lo que explicaría estas diferencias es la madurez. Aunque al hablante le cuesta admitirse más maduro, esto sería lo que justificaría el cambio. Por su parte la madurez se asocia a la racionalidad, a la capacidad de proyectar las consecuencias de los actos y a ponderarlos en función de cómo contribuyen al logro de las metas personales. Dado que tal como hemos visto en análisis anteriores, el amor se asocia a la proyección y requiere de la racionalidad para poder sostenerse, el amor adulto se posiciona sobre el que ocurre en la adolescencia que es más intenso y se guía por las pasiones.

Entrevistadora: Oye ¿hay algo que no hayamos conversado sobre el amor y que te gustaría comentar o decirme?

Participante: Sí. Mira, que uno va con distintas etapas.

Entrevistadora: Ya

Participante: Y las etapas, uno se casa y claro, uno ha ido aprendiendo que va etapa por etapa y que no te puedes quedar en el pasado. Cuando uno estaba en la universidad era salir y las fiestas, que de aquí no salgo, uno va pasando etapa por etapa y que cuando niño la vida es una lata. Y todo eso son experiencias ricas, son bonitas experiencias que van ayudando a la relación. (Participante 10, 1 de junio, 2015).

En este caso, observamos que la vida amorosa se concibe como una sucesión lineal de etapas en donde se debiera pasar de las fiestas a una pareja duradera y formal. En este discurso el adulto se configura como un sujeto capaz de asumir compromisos y establecerse en una relación, mientras la juventud como un momento en el cual está permitido y es

normal, focalizarse en la diversión. Si bien esto último no es problemático en ese momento vital, si lo sería en la adultez ya que significaría “quedarse en el pasado”, no avanzar. De esta manera se configuran en este discursos tres sujetos: los jóvenes, los adultos y “los que se quedan en el pasado”, que serían quienes no han “aprendido” que la vida amorosa funciona por etapas, y que por tanto tendrían menos atributos adultos.

En estos discursos se construyen normas y expectativas sobre cómo son y deben ser adultos/as y jóvenes. Se espera que en la adultez la razón domine sobre las pasiones, los adultos/as debieran aplicar la racionalidad sobre el amor y la vida amorosa, y quienes no son capaces de hacerlo son considerados infantiles. A la vez se valora positivamente la inclusión de la racionalidad, de modo que los amores adolescentes son evaluados como superficiales, intensos, inocentes e idealizados. El modo de amar adulto se convierte en la medida de cómo debe ser el amor y desde ese parámetro es que se (des)califica el amor juvenil. Este discurso avala el modelo hegemónico sobre cómo debe desarrollarse la vida amorosa y cómo deben comportarse los adultos/as, y de esta manera las trayectorias vitales que se alejan de este patrón son consideradas anómalas, promoviendo la mantención del orden romántico y social dominante.

Con el tiempo decrece la intensidad de la pasión

Así como existen caracterizaciones sobre cómo es el amor en distintas etapas vitales, también en los discurso se realizan distinciones sobre cómo se vive el amor a lo largo de una misma relación de pareja.

Entrevistadora: ¿Y te gusta, no te gusta? ¿Qué te pasa, por ejemplo, con que hayan cambiado ese tipo de expresarse el amor, como las cartas, los regalitos? (Aludiendo a una respuesta anterior de la entrevistada).

Participante: Es que uno está todos los días juntos, como que no sé, ya no es lo mismo. Si uno quiere decir te amo, te amo. En cambio antes, no poh [sic], estábamos un ratito del colegio, o él se iba en los fines de semana a mi casa, o yo iba por el día a la casa de él. Entonces, ya llevamos tantos años juntos que... Sí por Whatsapp, ahí sí pololeamos, nos deseamos. Todos los días. Pero nada, igual cambia. (Participante 2. 15 de abril, 2015).

En este discurso la constante presencia del amado, se constituye en aquello que disminuiría las expresiones de afectos ya que la posibilidad de acceder continuamente a él,

reduciría la necesidad de expresarle amor. Al reflexionar en torno a esto, cabe destacar que que el amor se vincula al deseo del otro/a y de proyectarse junto a él/ella; sin embargo al lograr esto y alcanzar estabilidad en la relación, al mismo tiempo se reduciría la necesidad del otro/a y de darle cuenta de tu amor. Se desea tener al amado/a cerca, dentro de una relación estable que se proyecte, pero al ser la ausencia la que genera el deseo, cuando se logra lo primero, disminuiría lo segundo.

Entrevistadora: Oye, y por ejemplo esas ideas del amor de la vida, la media naranja ¿Qué piensas de eso tú?

Participante: Es pura huea [sic].

Entrevistadora ¿Por qué?

Participante: Porque eso dura los tres primeros años que está con una persona. Después de eso empiezan a complejizarse las relaciones y empiezan a salir otros factores.

Entrevistadora: ¿Cómo qué?

Participante: Pueden ser los hijos, puede ser la casa, puede ser un auto, da lo mismo. Empiezan a tener más cosas que hacen compleja la relación y se pierde el foco de la media naranja, el amor y al final es como... para mí es como el pololeo: el pololeo mientras dura es como ese periodo de la media naranja, pero después cuando estás viviendo el día a día es más difícil mantener eso, o por lo menos para mí lo fue. (Participante 14, 23 de junio, 2015).

Si bien este relato no representa los discursos dominantes, es muy interesante ya que evidencia los matices existentes. El argumento que sostiene este extracto es que vivir los mitos e ideales del amor romántico es imposible a largo plazo. En primer lugar el hablante descalifica estas creencias tratándolas de “pura huea” y distingue entre las relaciones recientes y las de larga duración, que se diferenciarían en que en las primeras el foco de la relación está puesto en la pareja, mientras que en las segundas la centralidad del amado/a se pierde. “Pueden ser los hijos, puede ser la casa, puede ser un auto, da lo mismo”, señala el hablante y al decir “da lo mismo” advierte que siempre van a haber elementos, que complejizan la relación y la postergan. El pololeo sería la etapa donde se puede vivir el ideal de la media naranja, y sería sólo en esta etapa donde es posible focalizarse en el amado/a ya que no habrían otros distractores. Si bien el hablante es categórico al declarar esto, luego relativiza su opinión aclarando que al menos esa ha sido su experiencia. Este

discurso critica los mitos románticos y construye una realidad en la cual es muy poco probable mantener los sentimientos iniciales, ya que la rutina y el “día a día” son una amenaza a la relación.

En el discurso anterior se declara que el amor cambia a lo largo de la relación y a esto se le da un tono emocional negativo, sin embargo el discurso predominante es que si bien el amor cambia esto es positivo.

Entrevistadora: Oye, y tu forma de enamorarte ¿ha cambiado a lo largo de tu vida?

Participante: Eh, sí.

Entrevistadora: ¿En qué?

Participante: Yo creo que ahora es... ¿en pareja?

Entrevistadora: Sí.

Participante: Ahora es más...no sé si hay tanta pasión, pero hay un amor que lo siento ahora como más genuino; antes a lo mejor era más pasional.

Entrevistadora: Cuando piensas pasional ¿también sexual?

Participante: Sí, sexual y también que uno lo da todo por el otro; deja de ver a la familia, a la mamá, qué se yo. Antes era así, ahora es como más compartido.

Entrevistadora: Ya ¿compartido con quiénes?

Participante: Con amigos, con interacciones. Sí, yo creo que la forma cambia.

Entrevistadora: ¿Y por qué crees que cambia?

Participante: Porque uno madura. O sea siento que hoy puedo conseguir un amor mucho más...que me guste más, digamos. Más sólido, más genuino, más estable, más amoroso.

Entrevistadora: ¿Cómo amoroso?

Participante: Tierno, divertido, más que al principio.

Entrevistadora: O sea, que estás más satisfecha de tu forma de amar hoy con la forma de enamorarte de antes.

Participante: Sí porque también perdura mucho más en el tiempo. (Participante 13, 22 de julio, 2015).

Nuevamente acá también se distingue entre el amor al inicio y tras el paso del tiempo. El primero se caracterizaría por ser pasional, sexual y centralizado en el amado/a; mientras que el segundo sería más genuino, compartido, sólido, estable, amoroso, tierno y divertido. Me llama la atención cuando la hablante dice “no sé si hay tanta pasión, pero hay un amor que lo siento ahora como más genuino; antes a lo mejor era más pasional”, ya que

lo que se podría haber esperado es que, en contraposición de pasional, dijese que el amor hoy es más racional o más frío, pero usa el término “genuino”, lo que da cuenta de la creencia de que el dominio de las pasiones quitaría autenticidad y pureza al amor. En contraste con el discurso revisado anteriormente, acá los terceros no se configuran como amenaza sino que por el contrario, la inclusión del entorno adquiere una tonalidad positiva. En general la disminución de las pasiones se asocia a un efecto positivo sobre el amor y la relación. Madurar es lo que permite tener una relación que “te guste más”, que sea más estable y duradera.

A través de estos discursos se normaliza la disminución de la intensidad y pasión del amor, como parte de lo esperable dentro de una relación estable. Es quizás por esto mismo, que serían necesarias la voluntad y la decisión para mantenerse en una relación a largo plazo. Dado que los sentimientos más pasionales decrecen, es necesaria también la presencia de otros elementos tanto afectivos como volitivos, que permitan sostener el vínculo.

De nuestras experiencias amorosas aprendemos a ser más racionales

Al hablar sobre la evaluación que hacen de sus vidas amorosas, un argumento que emerge con gran centralidad es que de todas las experiencias se aprende y es por esto que en casi todos los casos existe una valoración favorable de éstas. En general lo que se aprendería es amar de una forma menos desenfrenada y entregada. En cuanto a la premisa del aprendizaje de la vida amorosa, me llama la atención cómo esta tiene el efecto de “desdramatizar” las malas experiencias, al relevar lo que se pudo aprender de ellas.

Entrevistadora: Ahora, ¿cómo evalúas que han sido tus experiencias amorosas?

Participante: Ehh... (silencio unos segundos). En general buenas, yo creo que independiente que hayan terminado y que hayan sido cortas algunas, más largas otras, pero al final yo creo que todas te suman, todas te ayudan a disfrutar el momento que estuviste con otra persona (...) Por algo fueron relaciones en la edad que las tuviste, lo que fueron. Y, y por lo menos yo soy súper como positivo de ver de que todo lo que haya pasado, aunque haya terminado y haya sido malo, me llevo, tengo contacto con casi todas las que fueron ex parejas mía o parejas o lo que haya sido, y creo que además todo pasa, sirve para algo.

¿Cachai'? En el fondo, aprende y después te ayuda a crecer, así que. (Participante 4, 29 de abril, 2015)

El supuesto a la base de esta cita, es que todas las experiencias, independiente de ser buenas o malas, tienen un sentido (en este caso de aprendizaje) lo que permite que, más allá de las situaciones específicas, se pueda evaluar favorablemente la vida amorosa. Me llama la atención que al explicar por qué lo perciben de esta manera, muchos de los/as hablantes apelan a que esto se debe a su actitud positiva frente a la vida.

Participante: No, yo ahora lo perdóné pero yo no volvería con él. Pero no sé, sentir que si éramos todo y yo podría haber hecho eso y no lo hice ¿por qué él lo hizo? Siempre me pregunto lo mismo, por qué lo hizo, por qué me habrá cagado, más encima hasta ahora está arrepentido, me busca y yo lo quiero mucho pero yo no volvería con él.

Entrevistadora: ¿Pero tú sigues enamorado de él?

Participante: No, pero sí lo recuerdo como una parte bonita. De hecho, esto que te dije ahora de los golpes y de que me cagó, como que lo había eliminado de mi mente porque no soy de vivir de recuerdos malos, siempre pienso en lo bonito de la vida. (Participante 16, 31 de agosto, 2015).

Pese a que el hablante recuerda una experiencia pasada en la cual hubo maltrato físico e infidelidad, la rememora como una etapa linda de su vida, lo cual explica desde su propia disposición frente a la realidad. "(...) No soy de vivir de recuerdos malos, siempre pienso en lo bonito de la vida", señala el hablante y es a partir de esta afirmación que las vivencias negativas pierden intensidad, se rescata lo positivo, y el entrevistado se posiciona con agencia frente a cómo significar su vida amorosa.

Participante: [refiriéndose a cómo evalúa sus relaciones amorosas] (...) bonitas, todas las relaciones súper bonitas. No me arrepiento de ninguna, todas súper bonitas, o sea lo pasé muy bien con todas esas relaciones, se aprende mucho de todas de cada una. Así que bien. (Participante 8, 22 de mayo, 2015).

Me llama la atención los efectos que tiene en la vida amorosa el aprendizaje como máxima, ya que al leer las entrevistas de los/as participantes varios/as declaran haber tenido vivencias negativas o haber sufrido bastante, pero recurren a lo que han aprendido de estas experiencias, restándole preponderancia a lo malo. Pareciera que rescatar lo bueno y dar sentido a las experiencias a partir de lo aprendido, fuese una filosofía de vida que

permite lidiar con los malos momentos. En cuánto a qué es lo que se ha aprendido a lo largo de la vida sentimental, se alude a aprender a ser pareja, a ser más racional y a conocerse mejor.

En los discursos relativos a los aprendizajes amorosos, la inclusión de la racionalidad sería uno de las lecciones rescatas. En general la inclusión de la racionalidad entendida en este caso, como el control de las expectativas y de la entrega, surgiría como un aprendizaje producto de quiebres o decepciones previas.

Participante: (...) Yo siento que las malas experiencias a uno lo hacen ser más fuerte y gracias a eso igual ahora yo... a lo mejor es positivo y negativo a la vez porque ahora siento que no llego y confío como antes; antes yo llegaba y confiaba en la pareja. No, ahora está siempre la duda. (Participante 16, 31 de agosto, 2015).

Las malas experiencias se configuran como aquello que te hace ser más fuerte, de tal modo que se matiza su carácter negativo e incluso se agradece su presencia (“gracias a eso”). Se aprende a no confiar de buenas a primeras porque no se sabe qué es lo que puede ocurrir, y como modo de evitar el sufrimiento o la decepción se parte de la base de la desconfianza. Lo mismo ocurre en la siguiente cita, en el cual dado que las relaciones pueden terminar, se ha aprendido a no dejar “tanto” de lado por la pareja.

Entrevistadora: Y ahora tú, porque evaluándolo nuevamente, crees que enamorarse implica como todo eso, como olvidarse de los amigos, olvidarse de la familia.

Participante: No po'[sic]. Ahora no, no... A ver, sería como distinto.

Entrevistadora: Ya, cómo sería ahora, creís'[sic] tú.

Participante: Ehh, bueno por la experiencia ya vivida, eh, no dejaría tanto de lado todo esto. Porque en realidad, al final uno no sabe si es para toda la vida, o si es por un rato, cachai'.. Entonces, es como que. Ya está bien, yo me enamoré de ti y todo el tema, estamos juntos y todo, pero no sé po'[sic]., cada uno igual tiene su vida.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Y yo en ese momento no lo entendía. Cachai', estaba más chica, todo el tema, era como mi, eh, mi primera relación así como, como muy seria, cachai'. Con el que me fui de la casa de mi mamá y todo el tema, entonces, a mí se me olvidó el mundo. (Participante 6, 4 de mayo, 2015).

Para comprender mejor el extracto anterior hay que señalar que la participante había indicado que durante la relación con su ex-pareja había descuidado el vínculo con su familia y amistades. La entrevistada reitera en tres oportunidades que esto hoy sería distinto, enfatizando así que a causa de la experiencia vivida no volvería a repetir esto. Me llama la atención que señala que no dejaría “tanto” de lado todo eso, ya que al usar ese término da cuenta de que sí lo haría, pero no con la misma intensidad. Esto evidencia que en las relaciones románticas sí sería necesario relegar otros vínculos. En cuanto a las razones de esto, señala que lo haría así porque no sé sabe cuánto durará esa relación, ante lo cual vale la pena preguntarse: ¿Y si supiera que ésta nunca va a terminar, estaría dispuesta a dejar totalmente de lado sus otros vínculos? Pareciera entonces que la creencia de que cada uno debe tener su vida individual y que no hay que dejar de lado las otras relaciones, han sido aprendidos en este caso más bien como estrategias para enfrentar un eventual quiebre amoroso, y desde ahí se han convertido en una convicción interna.

Otros elementos que aparecen en los discursos como aprendizajes de la vida amorosa son el conocerse mejor y aprender a ser pareja.

Entrevistadora: Oye P. ¿y tu vida amorosa? ¿Cómo ha sido tu vida amorosa a lo largo de toda tu vida?

Participante: Yo creo que ha sido...la primera parte podría definirla como búsqueda, de aprendizaje, de cómo vivir en pareja o las cosas que me gustan, conocerme yo misma. (...) (Participante 13, 22 de julio, 2015).

En este caso la hablante distingue entre dos etapas en donde -si bien no aparece en este extracto pero lo dice posteriormente- el segundo momento se inicia cuando se casó. La primera etapa está definida por la búsqueda y por una serie de aprendizajes que se puede presumir han influido en su relación actual, en donde es posible pensar que ha “encontrado” lo que deseaba.

Las citas revisadas ilustran que el aprendizaje es uno de los criterios centrales para fundamentar por qué evalúan positivamente sus vidas amorosas. A través de él las experiencias negativas o dolorosas, adquieren sentido y toman un cariz positivo. Pareciera que tras la lógica del aprendizaje está implícita la creencia de que si bien la totalidad de las circunstancias no se pueden manejar, sí se tiene el poder de decidir cómo actuar y significar

esto. Si bien la idea de que de todo lo malo se puede sacar algo bueno, permite resignificar los malos momentos y puede ser una estrategia para enfrentar el dolor; también nos hace correr el riesgo de perder la mirada crítica y reflexiva sobre qué elementos, creencias y mandatos personales y culturales favorecen el sufrimiento amoroso.

En cuanto a la entrega, pareciera que la tendencia espontánea en las primeras relaciones amorosas es a hacerlo por completo y dadas las desilusiones que se van teniendo se aprende que esto no debe ser así.

Los hijos/as redefinen la prioridad de la pareja.

Otro argumento discursivo interesante que emergió de la totalidad de los relatos de los y las participante que tenían hijo/as, es que su llegada marca un hito en el modo de amar y vivir la relación, redefiniendo la prioridad que ocupa la pareja. Los principales cambios que ocurrirían son un mayor compromiso hacia la relación, una variación en las prioridades y la presencia de menor tiempo para dedicarle al amado/a.

Entrevistadora: ¿Y ha cambiado tu forma de ser pareja, de vivir como pareja, de amarlo antes y después de tener hijos?

Participante: Sí.

Entrevistadora: ¿En qué cosas?

Participante: Mira, me di cuenta de que antes, por mi forma de ser, cuando algo no me gustaba o no me sentía cómoda, pescaba mis cosas y me iba. Y ahora no, lo hago pero llego hasta la pieza; no me voy, no abandono porque era propio de mí. Digamos no abandono la relación y cuando la he abandonado he tenido que estar con él ahí, entonces no ha sido una convivencia...lo he pasado mal yo enojada en la misma casa, por eso empezamos a conversar más, él me escucha más y yo puedo hablar con él.

Entrevistadora: ¿Y por qué crees que el tener hijos ha generado ese cambio?

Participante: Porque me gusta mi familia, porque no voy a abandonar lo que tengo con él; lo disfruto, lo paso bien. O sea jugamos, salimos, armamos cosas, me gusta estar (...) me gusta lo que hemos construido, lo que hemos formado.

Entrevistadora: Y en el fondo en ese sentido, antes de tener hijos lo que habían formado era....

Participante: No, estaba él no más y con él podía ser con cualquiera. O sea, con quien me sintiera más cómoda. Pero como ahora tenemos otro escalón, que es la familia, no se puede empezar fácil. O sea no puedo yo ir y enamorarme con ese otro gallo; claro, puedo hacerlo pero es formar otra familia, van a tener otros hijos y va a ser otra forma de familia no más. (...) (Participante 13, 22 de julio 2015).

El argumento que sostiene este discurso alude a que tener hijos/as genera más compromiso en la relación. La hablante distingue un antes y un después, en sus modos de reaccionar frente a los conflictos en donde la valoración positiva de la familia formada y el temor a perderla -en la forma que hoy tiene- la hace desestimar la idea de romper el vínculo. Me parece particularmente rico el último párrafo de la cita, en el cual hay varios elementos en los que vale la pena detenerse. La hablante señala “estaba él no más” y luego dice “ahora tenemos otro escalón que es la familia”, por medio de lo cual la familia con hijo/as se posiciona en tanto vínculo, con superioridad a una pareja “sola”. Lo que justificaría esta supremacía sería su carácter de irremplazable. A la pareja se le puede sustituir, pero a la familia no. Si bien, este discurso transgrede la idea del “amor de la vida”, al abrir la posibilidad de entrar o salir de una relación de pareja según esta sea o no satisfactoria; también es conservador en tanto que al aludir a “familia”, se refiere a la familia nuclear con hijo/as, como si una pareja no fuese por sí misma un modo de familia. La metáfora del “escalón”, da cuenta de una jerarquización de los vínculos, en donde tener hijo/as sería estar un paso más arriba que quienes no los tienen, lo cual también sostiene las valoraciones tradicionales de la familia y la pareja.

Cabe destacar que si bien en todos los casos se valora positivamente la presencia de hijos/as, su llegada cambia la prioridad que tiene el romance y los momentos a solas con la pareja lo que se puede vivir con tensión.

Participante: (...) Y después básicamente con la P. [pareja] estuvimos seis meses, un año con ella pololeando pero ya allí había un niño: estaba el A. [hijo anterior de ella]. Entonces no era como así, salgamos a comer, salgamos a bailar, era distinto porque había un niño en el medio. Entonces habían otras prioridades y no pudimos pololear, de cierta forma. Después vino el N.[segundo hijo] y menos y cuando por fin podríamos haber...nos damos un tiempo y nos juntamos en tres meses para poder echarnos de menos y empezar una

relación, llegó la F. [hija menor] Entonces tampoco pudimos pololear. (Participante 14, 23 de julio, 2015).

El eje que articula este discurso es que, cuando se tiene hijo/as no es posible priorizar la relación de pareja. Me llama la atención que el hablante diga “no pudimos pololear”, ya que si bien él se encontraba en este tipo de relación, no considera que la haya vivido como tal. El pololeo se configura como una etapa asociada al romance (salir, bailar, etc.) y en la cual la prioridad es la pareja, lo que no sería posible cuando hay hijos/as.

Participante: (...) ahora con M. [pareja] hace seis años que también en un principio éramos muy partners, teníamos tema de todo, salíamos y lo pasábamos bien, nos entendíamos súper. Después cuando nació J. [hijo] ya fueron cambiando las cosas.

Entrevistadora: Ya ¿y cómo fueron cambiando?

Participante: Porque el tiempo ya no era para él no más, no era pa [sic] los dos sino que yo aparte de ser muy pasional pa [sic] mis cosas también soy muy maternal, entonces dejé de lado eso.

Entrevistadora: Como la parte más pasional. Cuando dices eso ¿qué quieres decir?

Participante: Más íntima; no sé, de salir, de ser más atrevida. Me fui como apagando ¿cachai'? [sic] Por ser mamá. (Participante 12, 7 de julio, 2015).

En este extracto existe una tensión entre el rol de madre y el de pareja, en donde es el primero el que toma ventaja en desmedro de la relación. El conflicto surge de las dificultades para cumplir ambos papeles simultáneamente. La maternidad que culturalmente se asocia al cuidado y la protección, pareciera ser incompatible con lo pasional, lo osado, y atrevido. Es interesante en esta cita la metáfora de “irse apagando” ya que ilustra la pérdida del brillo y la chispa que entregaría el lado más pasional y que eran percibidos como propios, pero que se ven avasallados por la asunción del rol materno. Este discurso se ve influido por el estereotipo tradicional de madre asociado al cuidado y la entrega y que es incompatible con lo sexual y pasional, lo cual genera tensiones e incongruencias en la mujer cuando por ser “muy maternal”, no puede ser al mismo tiempo atrevida y dedicar tiempo exclusivo a su pareja.

Cabe destacar que si bien hay coincidencia entre los/as participantes en que los niño/as cambian el foco y que se hace difícil dedicarse a la relación, esto quiere decir que se anula.

Participante: [aludiendo a las estrategias que han usado para tener más tiempo con su pareja] Entonces lo que hacemos de repente es como obligarnos a dejar a los niños y salir solos.

Entrevistadora: ¿Y eso ha salido espontáneamente?

Participante: Lo necesitamos, como que a los dos nos sale espontáneo. Como que ya pasa un tiempo, un mes o tres semanas, nos miramos y es como salgamos a comer, vámonos el fin de semana y antes nos costaba ene tratar de que mi mamá, la suegra, que todo se alineara y que todo el mundo pudiera cuidar a estos niños y ahora chao, como filo, la nana se las arregla y nos vamos.

Entrevistadora: O sea, ¿ha sido de más difícil a más fácil?

Participante: Sí, como que sí. Como que los dos nos dimos cuenta de que si nosotros no estamos bien, todo el resto anda mal. (Participante 11, 10 de junio 2015).

El argumento que sostiene esta cita es que aunque haya hijo/as es necesario dedicar tiempo exclusivo a la pareja. Me llama la atención que la hablante señale que deben “obligarse” a salir solos, pero luego indica que esto les sale “espontáneo”. Al parecer lo que surge naturalmente es el deseo de hacerlo y lo que debe forzarse es llevarlo a cabo. Me parece que no es posible obviar el rol que en este caso, cumple el acceso económico; ya que poder pagarle a alguien da mayor independencia a la pareja, respecto de quienes requieren de la ayuda voluntaria de otros para salir. Sin embargo, pese a este apoyo material, el extracto da cuenta de que se requiere de decisión para priorizar a la pareja. Esto guarda relación con el argumento de que mantener una relación estable requiere de voluntad. La participante señala: “nos dimos cuenta de que si nosotros no estamos bien, todo el resto anda mal” y con esto posiciona a la pareja como el eje que sostiene la familia. A través de este argumento se justifica en pos de la familia, la importancia de priorizar los momentos en pareja, pero a la vez se da cuenta de lo difícil que es hacerlo.

El principal eje argumental que unifica estos relatos es que tener hijos/as cambia las prioridades amorosas. Esto implica que la vida en pareja se viva con mayor compromiso pero que también se postergue o descuide. La presencia de hijos/as y la paternidad/maternidad se configura como una amenaza para el romance frente a lo cual, en algunos casos se utilizan ciertas estrategias de enfrentamiento, mientras que en otros esto no ocurre o no es posible. En estos discursos se configura la llegada de los hijo/as como un

cambio tan potente que redefine el modo de ser pareja y donde en algunos casos ambos roles parecieran entrar en tensión, dentro de una cultura en que se le da gran importancia a la maternidad y en la cual se espera que, al menos para la mujer, sus hijo/as sean lo más importante. A través de estos discursos se mantiene el orden establecido sobre cómo deben funcionar las familias y parejas cuando tienen hijo/as; perder el foco en el amado/a es algo que se configura como lo normal o esperable dados los requerimientos propios de la crianza porque, ¿qué ocurriría con los modos de ser familia y el orden social, si para los padres y madres el cuidado y priorización de la pareja fuesen “naturalmente” más importantes que los hijos/as

Capítulo 11

La mujer es más sentimental y entregada, y el hombre es más racional y sexual.

Si bien no se consultó como parte del guión temático si percibían diferencias de género al amar, esto sí emergió en algunas de las entrevistas, en las cuales se observó una concepción tradicional de estos roles, donde las mujeres se configuran como más sentimentales, preocupadas e idealistas y los hombres como más racionales, menos entregados y más sexuales.

Aunque no me parece que se trate de un eje argumental transversal y preponderante en la globalidad de los relatos; sí creo necesario dar cuenta de él, ya que es relevante para mis objetivos y evidencia cómo en algunos casos constituyen y posicionan a hombres y mujeres en torno al amor romántico. A la vez, me parece necesario tener en consideración que pese a no ser una temática abordada directamente en todas las entrevistas, las diferencias de género sí emergieron como argumento en algunos de los discursos, lo que no ocurrió respecto a la inexistencia de diferencias; en ninguna entrevista se hizo referencia directa o indirecta a que hombres y mujeres amaran de un modo similar.

Participante: La mujer es más cuerda, más sentimental, lo entrega todo. El hombre para mí es...no hablo de todos, pero la mayoría son nada. Los hombres solo piensan en el sexo, la mujer no. Es más entregada, es más de piel, no sé, más amorosa. Eso para mí. Entonces yo nunca iba a competir con una mujer y si a él le gustaban las mujeres, yo no podía hacer nada. (...). (Participante 16, 31 de agosto 2015).

En este extracto el hablante distingue entre los modos de amar de hombres y mujeres. Estas últimas serían cuerdas, sentimentales, de piel, amorosas y entregadas; mientras que los hombres no serían “nada”. Es decir, su modo de amar sería vacío. Esto se explica a partir de su interés “solo” en el sexo, que de acuerdo a este relato se constituye en algo que atentaría contra el amor. En este discurso me llama la atención que el hablante, que es hombre, no se identifica con las características que atribuye al género masculino; no dice “somos así”, sino que ellos “son así”. De este modo él se diferencia de la manera en que los hombres mayoritariamente actuarían. El participante a la vez, posiciona el modo de amar femenino, con superioridad frente al masculino, de modo que habría algo propio de

las mujeres frente a lo cual sería imposible competir y que al parecer se fundamentaría en la menor centralidad que dan a la sexualidad. Este discurso sostiene los estereotipos tradicionales de género, mantiene la idea de que las mujeres no tienen (tanto) interés en el sexo, idealiza el amar femenino, descalifica y empobrece el modo de amar masculino, mantiene la dicotomía amor/sexo y sostiene la creencia de que el sexo “puro”, se contrapone al amor.

A continuación se presenta una cita que también da cuenta de las diferencias que existirían entre ambos géneros:

Participante: En ese sentido idealizo, idealizo porque, no sé, si me dice algo romántico lo, como un pensamiento princesa, no sé, lo magnifico.

Entrevistadora: Ah, ya.

Participante: Cachai' [sic]. Eh... No sé poh [sic], yo creo que esa cuestión le pasa a muchas mujeres que es como que él, el, el que me dijo tal cosa, pero le pude haber dicho como lo dicen las cosas los hombres que dicen y uno se arma la media historia del, de lo que te dijeron.

Entrevistadora: Y cuando tú me decías esta idea de “pensamiento de princesa”, como en qué estay pensando. Qué se te vino a la cabeza con eso.

Participante: Ehm. (Silencio unos segundos) A ver, déjame acordarme porque yo tengo hartos ejemplos así, que como que. (Silencio unos segundos) Pucha, no tengo el ejemplo ahora, quizás después cuando sigamos más adelante. Pero en el fondo es, es que ponen hasta en las propagandas, en los comerciales, o algo, que de repente un, el, el hombre puede decir algo y uno se imagina que ya va tres, que estai [sic] tres etapas más adelante del juego ganada, y nunca fue así, fue un, fue porque él se expresó mal o porque lo dijo en otro... [sentido]. (Participante 8, 22 de mayo 2015).

La idealización y la “romantización” del otro y de la relación, serían de acuerdo a esta participante algo que le ocurriría a las mujeres, que estarían pendiente de ver en los actos de la pareja indicadores de amor. A esto le llama “pensamiento de princesa”, que alude al efecto de las películas y cuentos de hada en los modos de vivir el amor. La alusión a la influencia de estos productos culturales aparece en variadas ocasiones entre los y las participantes, que consideran que las expectativas amorosas femeninas son resultado de la

influencia de las películas y los cuentos de hadas. Por ejemplo otra participante²¹ señala que fue criada con Disney, para explicar que fue educada bajo el modelo de las princesas que buscan un príncipe y quieren casarse.

Volviendo a la cita que estábamos analizando inicialmente, cabe destacar que al aludir a este “pensamiento de princesa” que se caracterizaría por ser irreal; la hablante da cuenta de que las mujeres deformarían la realidad e “imaginarían” cosas para encajarlas a este ideal. Dentro de ese extracto también llama la atención la frase “como dicen las cosas los hombres” ya que implica una distinción y generalización de los comportamientos masculinos. Este discurso normaliza la creencia de que hombres y mujeres somos distintos al amar y que las mujeres dan más centralidad al amor, y si bien incorpora implícitamente la influencia que en esto tiene la cultura, no problematiza estas diferencias, sino que las describe. Otro elemento a destacar de esta cita es la metáfora del “juego”, a la cual recurre también en otras ocasiones esta misma participante. “Uno se imagina que ya va tres, que estay tres etapas más adelante del juego ganada”, dice la entrevistada y con esto equipara la vida amorosa a un juego de carácter competitivo, en el cual hay vencedores y perdedores, y que requiere superar etapas para alcanzar una meta. Si bien no se explicita cuál sería el objetivo a alcanzar, se puede hipotetizar dentro del contexto de la cita, que podría vincularse al amor del otro o la estabilidad de la relación. Que el amor sea concebido como un juego con ganadores y derrotados, promueve el uso de “estrategias” de conquista, la idea de competencia y por tanto también de dominación del otro/a.

Si bien en el extracto anterior, se alude a aspectos culturales para explicar las diferencias de género, también hay casos en los que estas diferencias se explican desde una naturaleza biológica:

Participante: Eh, bueno. Siempre nosotros los hombres somos como, más inmaduros, por así decirlo, para enfrentar el amor.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Eh, también quizás, podría decir que hasta más egoístas.

Entrevistadora: Ya en qué sentido.

21 Participante 13

Participante: Por lo mismo, porque como estructuramos las cosas siempre le damos prioridades a ciertas cosas y vamos dejando las cosas que también son importantes, pero ordenándolas, entonces pierde una cierta prioridad al ordenarlas.

Entrevistadora: Ya, a ver. Si me pudieras dar un ejemplo, por ejemplo.

Participante: Bueno, lo que te decía sí, si quiero dedicar un día, voy a escoger un día que esté fuera de sacrificar otras cosas.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Entonces, si ya partimos de ahí, quiere decir que me importa, pero hay otras cosas que también me importan más.

Entrevistadora: O sea, como que la mujer se entrega más al amor, una cosa así podría ser.

Participante: Sí, se entrega más en, en todo momento

Participante: (...) Pero hablando de hacer locuras en extremo, creo que el hombre hace más locuras en extremo.

Entrevistadora: Ya. ¿Por qué? Cómo...

Participante: Porque no sé, creo que está dispuesto a más, a siempre por naturalidad, por esencia, el hombre como a encantar a la mujer. A sorprenderla. Entonces si quiere, sobre todo en un principio, si quiere poder conquistarla casi como, porque no decirlo, como, como los animales.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Entonces por instinto, quizás, eh como el pavo real que quiere sorprenderla, entonces sí, si es muy pequeño quiere saltar alto para ser visto. Entonces, si es muy callado quiere hablar y así siempre buscando las cosas extremas para sorprender. La mujer no, la mujer siempre está como recibiendo, y de hecho, aunque suene paradójico creo que por algo hasta nuestro órgano reproductor está hecho de esa manera.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Tanto como para el hombre como para dar, como para la mujer para recibir. Creo que cosas tan simples como esas y tan hermosas hay un orden creado y se nota en eso. En esas cosas tan, eh básicas. (Participante 7, 8 de mayo, 2015).

En este discurso me parece que están presentes dos premisas: la primera es que para la mujer el amor romántico es más importante que para los hombres y la segunda es que ambos géneros son distintos por naturaleza. En cuanto al primer argumento, las mujeres se configuran como más entregadas y menos racionales al amar; mientras que los varones

serían más estructurados y priorizarían menos a su pareja, lo que evidenciaría que para ellos el AR tiene menor centralidad. En cuanto al segundo argumento, se señala que hombres y mujeres son distintos por naturaleza, apelando a un orden natural de las cosas que se evidencia en todo nivel, incluso en las diferencias genitales. Se asume que “esencial” e “instintivamente” el hombre es activo, osado y cortejador; mientras las mujeres son más pasivas y están hechas para “recibir”. La naturaleza y el “orden creado” son los mecanismos de validación de este discurso, que mantiene los tradicionales roles y estereotipos de género. Al apelar a la existencia de un orden instaurado (externamente y no por los seres humanos), se restringen las opciones de cambio, ya que no está en las posibilidades de la humanidad modificar la naturaleza y hacerlo además implicaría “desordenar” esto. De esta manera este discurso no solo naturaliza las diferencias de género sino que también apela a que éstas no deben modificarse, ya que hacerlo atentaría contra un orden natural simple, básico y hermoso.

Participante: Cachai. [sic] Pero yo sé que a ella le gusta [el matrimonio], y es como un ideal también de Disney, del vestido blanco, en la fiesta y toda esa cosa, cachai. Le gusta a las mujeres eso.

Entrevistadora: Ya.

Participante: Es que yo soy mucho más. Mejor, la misma plata que vamos a gastar en esa cosa, en la gente, los invitados. Vámonos a Tailandia una cosa así, una cosa más chora, cachai . [sic]. Y a ella le encanta. Pero igual le da vuelta la idea del vestido blanco, cachai . [sic], de las fotografías, de la comida.

Entrevistadora: (Interrumpe) ¿Para ti en el fondo es un tema más práctico en términos económicos?

Participante: Súper práctico. El matrimonio es una cuestión práctica.

Entrevistadora: Pero si tú tuvierai´ [sic] la plata pa´[sic] casarte, ¿te casaríai´ [sic] hoy día?

Participante: Es que si tuviera la plata pa´ [sic] casarme, mejor viajaría en vez de casarme, cachai [sic]. A mí, pa´[sic] mí no me es relevante, pa´[sic] ella es súper importante. Por lo mismo que te digo, si te han metido estándares toda la vida de cómo tienes que hacer las cosas. Cómo son los ideales de las cosas. Como te decía, el vestido blanco, la boda perfecta,

todo el show este. Pa' [sic] mí no, pa' [sic] mí es práctico todas las cosas. Trato de que las cosas sean prácticas. Pa' [sic] que sean más rápidas. (Participante 5, 29 de abril 2015).

En este relato a las mujeres se les configura como más apegadas a los ideales tradicionales románticos (“les gusta eso”), mientras que los hombres serían más racionales, prácticos y desinteresados al respecto. Para ella el matrimonio se asociaría a un “ideal”, mientras que para él se trataría de “esa cosa”, de un “show”; para ella casarse con los estándares asociados a una boda es importante, mientras que él calcula qué se podría hacer con ese mismo dinero. En este discurso hombres y mujeres se verían influenciados de manera diferente por los ideales amorosos y se posicionarían distinto frente a ellos: las mujeres aspirarían a alcanzarlos, en cambio para los hombres no serían importantes. Vale la pena destacar, que habría sido interesante en este caso haber profundizado en la entrevista a qué se atribuirían estas diferencias.

A modo de síntesis cabe señalar que en los discursos que apelan a las diferencias de género, se mantienen los estereotipos tradicionales. Ellas se configuran como más sensibles y soñadoras, y ellos como más sexuales, estructurados y racionales, lo que los posiciona y regula de distintas maneras en torno al amor. Las mujeres se encontrarían en una posición de desventaja (o al menos distinta) respecto al hombre, que estaría menos influido por los ideales románticos y para quienes el AR tendría menos centralidad. De esta manera se espera que las mujeres sean más entregadas, se entiende que el hombre realice menos postergaciones en función de su vida sentimental y se podría justificar una eventual infidelidad dada la relevancia que tiene para ellos la sexualidad y la necesidad de ser “conquistadores”.

Capítulo 12

Discusiones y conclusiones

Discusiones

Fernández (1999; 2004) y Martínez (2010), plantean que los afectos solo pueden entenderse en referencia a un modo de sociedad particular, considerando los escenarios culturales en que surgen y enseñan formas de vivencias afectivas. Nos encontramos actualmente en una cultura que ha sido fuertemente influida por el patriarcado y el cristianismo, en donde el modelo productivo requiere de familias nucleares y sujetos que no se dejen llevar por sus pasiones y emociones, sino que se guíen por la racionalidad y la fuerza de voluntad; donde a la vez se resalta la individualidad y el protagonismo que tienen los sujetos frente a sus vidas. Todos estos elementos están presentes en los resultados obtenidos y nos ayudan a comprender por qué el amor y las relaciones de pareja son significados del modo en que lo hacen en estos discursos.

En los relatos, al amor romántico se le atribuyen características excepcionales como la capacidad de sanar nuestras heridas, suplir carencias y convertirnos en mejores personas, lo que es coherente con autores como Illouz (1997) y Herrera (2009), quienes lo consideran una “utopía emocional” y un valor cultural en la actualidad.

Me llama la atención que en los discursos el amor se configura como un sentimiento altruista que hace a los sujetos ser más generosos, desear el bienestar del amado/a y estar dispuestos a ceder y esforzarse para lograrlo. Sin embargo, existe una escasa problematización respecto de los aspectos egoístas de este modelo. ¿Condicionar la entrega a la reciprocidad, no es un modo interesado de amar? ¿No es acaso egoísta desear ser lo más importante para la pareja en desmedro de sus otras relaciones o actividades? ¿Desear que la pareja sea un sistema autosuficiente en donde sólo se requiere del amado/a para ser feliz, no nos lleva a descuidar otros lazos? Personalmente, creo que es necesario poner estos temas en discusión, dado que justifican los deseos de posesión y dominación, normalizando situaciones como los celos, que muchas veces son comprendidos como una consecuencia casi inherente al amor.

En los relatos, el amor se configura como un sentimiento que te hace sentir pleno; algunas de las metáforas usadas al respecto son “tener el corazón lleno” y “estar al 100%”; pareciera que no estar enamorado/a te convierte en una persona en algún sentido carente. Si bien predominantemente no se cree en la existencia de una pareja única predestina, sí está presente la idea de que amar y ser correspondidos nos completa como seres humanos, evidenciándose la presencia de los mitos asociados a la complementariedad del amor (Fundación Mujeres, 2011; Riviere, 2012). Cabe destacar que si bien este es un argumento dominante en los resultados, se presenta con distinta intensidad; desde quienes declaran que no pueden vivir sin su amado/a, hasta quienes no desean que su felicidad dependa del otro/a. En este sentido podemos evidenciar la coexistencia de ideales tradicionales y postmodernos. Tal como plantea Sánchez (2006) no es que la postmodernidad haya destituido a los valores tradicionales en torno a la vida amorosa, sino que estos muchas veces coexisten, lo que puede ser fuente de conflictos y contradicciones.

En torno a los resultados cabe destacar que dadas las características atribuidas al AR, pareciera que estar en pareja es el estado ideal pero siempre y cuando se esté enamorado/a de ésta. Tal como lo plantean autores como Ferrer, et al. (2010), Barrón et al. (1999), Coontz, (2005) y Herrera (2013) estar enamorado actualmente se constituye en la razón para formar y mantenerse en pareja. Sin embargo vale la pena recordar que tal como emergió en algunos relatos, la posibilidad de que esto ocurra requiere de condiciones materiales que lo permitan, en tanto quienes no pueden subsistir económicamente solo/as tienen más dificultades de salir de una relación insatisfactoria. Esto da cuenta al igual que los estudios de Rutland (2013) y Tenorio (2010; 2012), que los modos de vivir el amor romántico no están exentos de la influencia de la clase social.

Tal como lo plantea Coontz (2005) sostener la relaciones de pareja y el matrimonio en el amor, también implica que los sujetos deseen disolver estos lazos cuando este afecto ya no está presente. Dada la importancia que tiene el AR como piedra fundacional de las relaciones amorosas, hoy a diferencia de antaño se asume que es legítimo finalizar una relación si ya no hay amor. Es posible pensar que la monogamia sucesiva²² en estos

22 La monogamia sucesiva se refiere a cuando los sujetos se establecen a largo de su vida en diferentes relaciones de pareja, las cuales mientras duran tienen el carácter de monógamas.

discursos sí se configura como una trayectoria amorosa válida, aunque la utopía sigue siendo tener un amor que dure “para siempre”. Por el contrario las relaciones abiertas son, salvo excepciones, deslegitimadas en tanto se asume que el AR es un sentimiento que se dirige exclusivamente hacia una única persona y que se caracteriza por otorgar al otro/a gran relevancia dentro de la propia vida, lo que sería imposible si se amara a dos sujetos a la vez. Por lo tanto quienes están en relaciones abiertas no estarían “realmente” enamorado/as. El “mito de la exclusividad del amor” que plantea que no es posible amar a dos personas simultáneamente (Ferrer et al. 2010), se encuentra arraigado en los discursos estudiados.

Cabe destacar que al igual que lo que se evidencia en los resultados de Ferrer et al (2010), el mito de que el amor debe conducir a una relación de pareja estable se encuentra fuertemente instalado, siendo además el deseo de proyección un indicador de que lo que se siente es amor y no un enamoramiento o una excitación sexual. Este mito promueve la mantención del orden social y familiar actual, en tanto si amas debes desear proyectarte con tu pareja.

Otro elemento interesante al respecto, es que en los relatos se apela al momento vital y a la edad como un elemento que explica por qué hoy desean establecerse a largo plazo en sus relaciones amorosas. Se encuentra muy presente y poco problematizada la idea de que cuando se es adulto lo “normal” es querer asentarse en una relación de este tipo. Por el contrario quienes no desean esto, se configuran como personas que se quedaron “pegadas” en la adolescencia. Pareciera que están muy arraigadas en los sujetos las expectativas culturales sobre lo que se debe hacer en cada momento vital.

Otro elemento que me llamó la atención es cómo a través del AR se configura y distingue al adulto del adolescente. Nuestra vida sentimental se convierte en un campo que define qué tan adultos somos. Un adulto en términos amorosos es racional, no se deja llevar por las pasiones, puede visualizar las consecuencias de sus actos y elegir en función de sus metas, es capaz de proyectarse y comprometerse en relaciones a largo plazo. La presencia de estas características daría cuenta de la “madurez” de los sujetos. Al respecto me parece necesario considerar lo que plantean autores como Gergen (1996) o Coupland et al. (2008), que señalan que la afectividad y la descripción de las experiencias emocionales funcionan

como recursos para establecer, manejar y construir identidades. En el caso de los discursos analizados, es posible evidenciar que a través de la descripción de sus experiencias amorosas los hablantes se posicionan como personas adultas. Esto lo hacen por ejemplo al distinguir entre el amor adolescente y el modo de amar que hoy tienen, o cuando justifican por qué actualmente desean establecerse en relaciones sentimentales que se proyecten. En concordancia con los planteamientos de Guedes y Estramiana (2010) en los resultados podemos observar que el rol social, en este caso de adulto, determina cómo sería apropiado comportarse y sentir.

En cuanto a la diferencia entre amor y enamoramiento, es posible evidenciar en los resultados el contraste retórico descrito por Edwards (1999) entre emociones como una disposición estable v/s como estados temporales y pasajeros. El AR se configura como una tendencia que perdura en el tiempo pero que es difícil de conseguir, mientras que el enamoramiento o la excitación serían estados transitorios, que pueden ocurrirnos múltiples veces. Es esta la razón a la que se arguye en algunos discursos para no ser infiel ya que por satisfacer una pasión efímera, se corre el riesgo de perder algo que es único y trascendente. Quien ama verdaderamente debiera estar dispuesto a controlarse, ya que al dejarse llevar por pasiones fugaces se corre el riesgo de perder al “amor de la vida”. Tomando en cuenta los planteamientos de Gil (2002), es posible señalar que las nociones de “amor verdadero” y “amor de la vida” ayudan a mantener el orden social vigente, en tanto favorecen que las personas se mantengan en una misma relación amorosa.

Cabe destacar que el mito de la equivalencia que equipara el enamoramiento con el amor, y el mito de la perdurabilidad y pasión eterna, que alude a que el amor romántico y pasional del inicio de una relación, puede y debe mantenerse (Ferrer et. al, 2010), no se encuentran presentes en los resultados obtenidos. Por el contrario, se asume que la disminución de la intensidad de la pasión es un desenlace esperable de las relaciones a largo plazo y mantenerse en la relación de pareja pese a esto, da cuenta de que no se trata solo de un enamoramiento. A su vez dadas las características positivas que se le atribuyen al AR por sobre el enamoramiento, no se vivencia como una pérdida la disminución de la pasión. Del AR se obtendrían otros beneficios que para los sujetos serían más relevantes, como por ejemplo el compromiso o la profundidad del vínculo. Este modo de configurarlo

y posicionarlo sobre el enamoramiento contribuye a que las parejas puedan sostenerse a largo plazo, y por tanto es funcional para el orden social.

Respecto a cómo evoluciona el AR a lo largo del tiempo, me parece interesante destacar cómo la presencia de hijos/as cambiaría la relación de pareja. Si bien se asume que el amado/a y la relación deben ocupar un lugar prioritario en la propia vida, la llegada de los hijos/as reconfiguraría la centralidad que se puede dar al amado/a y si bien esto puede generar conflictos, se asume como algo esperable. Tapia y Molina (2015) plantean que los eventos vitales importantes (como en este caso la llegada de un hijo/a) afectan los modos en que se organiza la pareja, reconfigurando los modos de estar en ella y la posición de ésta en torno a las narrativas culturales. En los discursos analizados los hijos/as redefinen los modos de vivir el AR, en tanto no solo se dispondría de menos tiempo para el romance sino que también reconfigurarían el modo de jerarquizar la relación. Tener hijos/as daría mayor estatus a las parejas, respecto de las que no los tienen. Los resultados obtenidos dan cuenta de que en los discursos se mantiene la valoración tradicional que culturalmente existe de la pareja y la familia, entendida esta última como aquella que tiene descendencia.

En cuanto al argumento de que el AR es fuente de felicidad y plenitud, me parece necesario reflexionar sobre los efectos de esto. ¿Qué se puede estar dispuesto a hacer cuando al otro/a lo investimos como aquello que nos completa y da sentido a nuestra vida? Me parece al igual que lo que plantean otros autores (Herrera, 2009; Ferrer et al. 2010; Fundación Mujeres, 2011), que este tipo de discursos perpetúa las desigualdades amorosas, la dependencia y el uso del amor como excusa para poseer al otro, celarlo o manipularlo. Sin embargo, cabe destacar que si bien se sigue configurando al AR como fuente de felicidad, hoy no se está dispuesto a tolerar todo por amor. Aunque el amor se concibe como un importante recurso de satisfacciones, no se trata de cualquier forma de amor; para que otorgue bienestar y se considere “amor verdadero” deben cumplirse ciertos requisitos como por ejemplo la lealtad, el buen trato y la reciprocidad. Elementos que de no estar presentes, arriesgan la continuidad del vínculo. Pese a estas expectativas, igualmente siguen presentes en los discursos elementos que vinculan al amor con la posesión y la dominación. En particular la norma que establece que cuando amas debes ser prioridad para el otro/a (y que es una de las menos problematizada en los discursos) me parece que es un elemento del

modelo tradicional que aún se encuentra fuertemente arraigado dentro de las normativas amorosas identificadas. Si bien se establece que es necesario respetar la individualidad y los gustos de cada uno; y en la pareja se desea apoyo y estimulación frente a los proyectos y deseos personales, al mismo tiempo se asume que quien te ama te debe privilegiar sobre otros vínculos o actividades. La premisa que sostiene esto se vincula con la idea de que el amor requiere de entrega y sacrificio, y por tanto la priorización del otro sería parte de las cosas que se deben hacer al estar enamorado/a. Es aquí donde me parece que se evidencia con centralidad las ambivalencias y tensiones que generan la coexistencia de valores modernos y postmodernos.

Vale la pena destacar que dentro de las normativas amorosas identificadas, hay una que declara que aunque estés enamorado/a y en pareja se deben respetar los espacios individuales. Bajo esta premisa se busca proteger la individualidad, se desea libertad y se asume que la pareja no puede ni debe satisfacer todas las necesidades personales. No obstante hay también otros discursos que configuran esto como evidencia de desamor y todo lo que pueda restarle fusión y prioridad a la relación, es significado como amenaza y por tanto fuente de conflicto. Es por esto que me parece que se trata de una normativa controversial y en disputa, que no aplica a la totalidad de los discursos ya que lo que para unos es un requisito amoroso, para otros es señal de desafecto e incluso esto puede vivirse con contradicciones dentro de un mismo sujeto. Una clara ilustración de las tensiones que existen entre el valor de resguardar la individualidad y los espacios personales; y la expectativa de la que relación sea prioritaria, es cuando se declara como obvio que la pareja no debe coartarte en la realización de las actividades que te gustan, pero siempre y cuando éstas hayan sido previas al inicio de la relación ya que de lo contrario se están incorporando nuevos intereses que pueden restarle tiempo. A partir de los discursos que configuran los deseos e intereses propios como amenazas para el AR, es que pueden ser comprensible los resultados de estudios (Sánchez, 2006; Sharim et al., 2011 y Luco, 2013) que señalan que para algunos sujetos las relaciones de pareja pueden ser vividas como un espacio de constricción que arriesga los proyectos personales.

En los resultados, la relación de pareja se posiciona sobre otros vínculos en tanto en ella se recibiría un apoyo y contención que no se da en otros lazos. Esto a la vez lo

podemos relacionar con las características sublimes atribuidas al AR; creencias que dan cuenta que tal como plantean autores como Lemaire (1986) o Luco (2013), se espera encontrar a través del AR un “refugio emocional”. Cuando estás enamorado/a no debieras necesitar a nadie más para ser feliz. Me parecen interesantes estos planteamientos en tanto esta forma de comprender las relaciones de pareja sí puede empobrecer otros vínculos y la vida en comunidad. Al respecto vale la pena considerar que hay autores como Lemaire (1986) o Tapia y Molina (2015), que señalan que el AR suele tener mayor valoración en comunidades más individualistas; pero también hay autores que plantean que es el modelo amoroso el que contribuye al empobrecimiento comunitario (Illouz, 1997; Izquierdo, 2000; Coontz; 2005). A mi juicio ambas situaciones se encuentran relacionadas. En una sociedad donde los sujetos, debido a las largas jornadas laborales y tiempos de traslado, tienen poco espacio para realizar vida social es probable que den más relevancia a su pareja; que en aquellas sociedades donde sí hay espacios y tiempos para compartir con los amigos, la familia y la comunidad. Cuando los espacios para robustecer otras redes son escasos se favorece que la pareja se anteponga a otras relaciones, que si bien existen se han construido bajo un sostén más frágil.

Otro resultado interesante y que desafía las concepciones tradicionales de AR, es la importancia de la reciprocidad, que se configura en los relatos tanto como un valor, como un elemento que condiciona la entrega. El amor ya no es incondicional, está sujeto a la correspondencia. Dado que la entrega se configura como evidencia de amor y en las relaciones se aspira a la equidad, se espera que ambos se consagren de la misma manera. La entrega se construye como una transacción sustentada en una ideología liberal, donde para mantener el equilibrio ambos deben dar y recibir lo mismo. A mi parecer esto puede generar un “registro de deudas y abonos” donde hay un recuento de lo que cada uno ha hecho o dejado de hacer, y existe la norma implícita de que se debe reembolsar o reparar cada deuda. Si bien me parece que la aspiración a la reciprocidad, desestabiliza los desequilibrios de poder en las relaciones y beneficia particularmente a las mujeres -que nos hemos visto más perjudicadas por el modelo tradicional amoroso que ha contribuido a ubicarnos en una posición de subordinación y sacrificio (Esteban y Tavora, 2008; Herrera, 2009; Riviere, 2012)- creo que también requiere ser problematizada. A mi juicio la

reciprocidad sí genera beneficios en tanto evita relaciones abusivas, sin embargo creo también que cuando se espera una equivalencia total entre lo que cada uno da y recibe, se puede generar una constante deuda, pues no todos podemos y queremos entregar lo mismo que hemos recibido, ni de la misma manera en que nos fue otorgado. A su vez cómo los modos que tenemos de valorar las cosas son distintos, lo que para uno puede ser una entrega muy grande, para otro puede ser significado como algo menor, lo que dificulta la posibilidad de que realmente se pueda lograr un equilibrio absoluto entre lo recibido y lo entregado. Es por esto que creo que la reciprocidad entendida como dar siempre lo mismo que se ha recibido, puede ser una fuente de tensiones y frustraciones en la vida de pareja.

Considerando la distinción que realiza Izquierdo (2000) entre familias y parejas fusionales y asociativas, me parece que en los resultados encontramos elementos de ambas. Por un lado la pareja se posiciona con superioridad frente a otros vínculos y se configura en muchos casos como fuente de felicidad y plenitud, pero al mismo tiempo las relaciones se valoran en términos contables según el saldo entre costos y beneficios. Me parece entonces, que el mito de que “el amor es lo más importante y requiere entrega total” (Fundación Mujeres, 2011) hoy se podría reformular, al menos entre estos sujetos, como “el amor es (casi) lo más importante y requiere entrega recíproca”. Elimino del mito tradicional la palabra “total” y agrego el adverbio “casi”, en tanto hoy tampoco se está dispuesto a dar todo por amor. El AR sigue manteniendo centralidad tanto en la propia vida como respecto de otros lazos, pero no debe aguantarlo todo, y el bienestar y la integridad propia están por sobre la relación. Vale destacar que en los resultados los matices están puestos en dónde y cuándo se considera que una relación atenta contra uno mismo. Por ejemplo hay discursos que cuestionan que por amor se deba relegar las amistades y configuran esto como un deseo de dominio y posesión intolerable, como también hay otros que entienden que esto es “normal” y no les es problemático. Dado esto, me parece que lo intransable serían los propios valores y proyectos personales trascendentales, cuyos significados varían entre las distintas personas. A través de los resultados vemos que está obsoleto el mito de que el amor debe aceptarlo todo y que es incondicional, en tanto el valor del sí mismo y de la reciprocidad desestabilizan estas creencias. La autoconfianza y la autovaloración, se posicionan como valores que median las experiencias amorosas; pareciera que mientras

menos se quiere el sujeto, menos reciprocidad esperaría y exigiría en su relación de pareja. En estos discursos el sujeto se posiciona a sí mismo por sobre el AR, su bienestar y respeto deben estar en primer lugar.

En relación con lo anterior, dentro de las nuevas normativas amorosas se dictamina que quien te ama te debe tratar bien y valorar, lo que transgrede los mitos que asocian el amor con el maltrato. La creencia de que “el que te quiere te aporrea”, se encuentra obsoleta, aunque los celos, en algunos casos siguen siendo aceptados. Hoy no solo se desea alguien que te trate bien, sino que a la vez esta persona te debe valorar y respetar como sujeto, sin querer cambiarte. Sin embargo, si bien se indica que hay que respetar y aceptar al amado tal como es sin imponerle nuestros gustos, también se desea -en algunos casos- la fusión con la pareja lo que puede generar tensiones y desilusiones. A su vez como vimos en los resultados, una de las estrategias a las que se apela como modo de que la relación amorosa no entre en conflicto con las otras áreas de la vida, es incluirla en ellas.

En cuanto al “éxito” amoroso, este dependería en parte de nuestra capacidad de priorizar y cuidar al amado/a. El amor y la vida amorosa aparecen ligados a la decisión y la fuerza de voluntad, lo que da cuenta de la fuerte presencia del modelo que Illouz (1997) denomina “amor como trabajo”. Nuestra vida amorosa estaría sujeta a la capacidad de gestionarla adecuadamente y de dominar nuestras pasiones, las que son configuradas en estos relatos como riesgosas. El amor no llega, sino que se construye y se asume que esto requiere de esfuerzo y compromiso pues no sería fácil. Al parecer el final de los cuentos que decían “y fueron felices para siempre” quedó atrás, las dificultades se asumen como parte del amor y si bien sí se desea y se cree que es posible mantenerse satisfactoriamente en una misma relación a largo plazo, el lograrlo sería producto del esfuerzo de ambos.

La gestión racional de la vida sentimental emerge como un mandato, pero no solo como un modo de lograr una relación satisfactoria y mantener el AR, sino también como una manera de protegernos del peligro que puede significar un exceso de emoción. Estar “demasiado” enamorados/as es un riesgo para nuestra capacidad de enjuiciar adecuadamente la realidad. En estos resultados, pensar y sentir se construyen de forma antagónica, para ser racional es necesario ser menos emocional y viceversa. Pareciera que se tratara de fenómenos que no pueden coexistir armónicamente sin que uno vaya en

desmedro del otro. Esta dicotomía entre razón y emoción es característica de la modernidad. La razón sería desde este modo de ver, lo que nos configura como seres humanos y nos diferencia de otras especies, mientras que las emociones dan cuenta de nuestro lado más salvaje y primitivo, y es por esto que deben ser sometidas. En los resultados obtenidos se evidencia fuertemente el contraste retórico que Edwards (1999) denomina “emoción v/s cognición”. En los relatos se distingue entre ambos fenómenos y el AR no sería algo que solo se siente, además requeriría de la voluntad para mantenerse. El AR se sostendría a través de la racionalidad que permitiría dominar los instintos.

En los resultados, los sujetos se posicionan como agentes frente a su vida amorosa. El mito del “libre albedrío” se encuentra fuertemente presente en estos discursos, al igual que lo ocurrido en los resultados obtenidos el 2010 por Ferrer et al. Somos actores de nuestra vida amorosa y elegimos cómo vivir el amor. Este argumento se encuentra fuertemente arraigado en una ideología liberal e individualista, que si bien reconoce la presencia de elementos contextuales que pueden influirnos, asume que finalmente como sean nuestras vidas depende de nosotros y nuestra voluntad. Incluso si tenemos experiencias dolorosas en torno al amor (ya que se asume que lo que no podemos manejar son los sentimientos y actos del amado/a), de nosotros depende “sacar lo bueno” de ellas. Desde esta lógica, quien no ha tenido una vida amorosa satisfactoria es porque no ha sabido trabajarla adecuadamente. En términos de Edwards (1999) estos discursos se sostienen bajo la lógica de que los comportamientos emocionales son acciones controlables y tal como plantea este autor, sirven para atribuir culpabilidades. Dado que el AR y las relaciones de pareja dependerían de nuestra gestión es posible deducir que si éstas no resultan, es responsabilidad nuestra. Esto se ve reflejado en las metáforas que apelan al amor como un campo de batalla donde podemos luchar o rendirnos. Ligando esto al modelo de “amor como trabajo”, podemos pensar que si una relación finaliza se debe a que alguien no “regó lo suficiente la plantita del amor”. La vida amorosa pasa a ser uno de los múltiples ámbitos desde los cuales socialmente se evalúan las competencias de los sujetos. Tal como lo plantean Esteban y Távora (2008) y Rodríguez (2012), el amor participa en la configuración de la identidad de las personas, donde tener una relación de pareja estable y satisfactoria otorga mayor status respecto a quienes no la tienen.

En cuanto al género cabe destacar que los resultados no evidencian diferencias en los discursos amorosos de hombres y mujeres, pero sí se mantuvo el modo en que tradicionalmente ambos son configurados en torno al AR. En los relatos que apelan a las diferencias de género, las mujeres se constituyen como más sentimentales, entregadas e idealizadoras del AR; mientras que los hombres serían más racionales, sexuales y alejados de los ideales convencionales. Si bien esto no solo se argumenta en una “naturaleza” distinta, sino que también se explica desde elementos culturales (lo que da más espacio a transformaciones) no se aprecia una problematización ni cuestionamiento al respecto. Dado que tal como plantean diversos autores (Gergen, 1996; Fernández, 1999; Gil, 2002; Calderón et al. 2009; Coupland, 2008) los discursos emocionales participan en la construcción de identidad, es posible pensar que estos relatos ayudan a mantener los tradicionales estereotipos de género en torno a la vida amorosa.

Al estudiar los discursos emocionales podemos identificar las regulaciones que se construyen en torno a las vivencias afectivas (Fernández, 1999; Gergen, 1996; Gil 2002; Martínez 2010). En el caso de este estudio los resultados dan cuenta de qué es estar “realmente” enamorado/a, qué se debe hacer cuando sea ama y que se debe o no aceptar por amor. En términos de Fernández (1999) me parece que el AR se podría considerar principalmente como afectividad conservadora en tanto principalmente ayuda a resguardar y conservar el círculo cultural actual y mantener la estabilidad social.

Conclusiones

En este trabajo asumo que actualmente el amor romántico se ha constituido en una importante aspiración de las personas, que buscan a través del él, alcanzar la felicidad y tener la compañía y apoyo que no obtendrían en otros lazos. La forma tradicional de comprenderlo está influida por el cristianismo, el patriarcado y por el sistema económico dominante, favoreciendo la posesividad, la dependencia y la formación de familias nucleares que sirven para mantener el régimen productivo (Illouz, 1997; Izquierdo 2000; Herrera 2009; Herrera, 2013). Sin embargo esta concepción convive con valores y aspiraciones propias de la postmodernidad como la libertad, la democracia y la autonomía (Tenorio, 2012; Herrera, 2009; Sánchez, 2006). De esta manera en las actuales formas de comprender y vivir el amor romántico convergen tanto valores que destacan la entrega, la fusión y la complementariedad, como valores que resaltan la importancia de la individualidad, la reciprocidad y las trayectorias personales (Luco, 2013).

Considerando los aspectos señalados, esta investigación buscó problematizar y profundizar en los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as en torno al amor romántico y a sus experiencias amorosas. A su vez este trabajo se acercó a la comprensión del amor desde el supuesto de que las emociones no son fenómenos individuales, sino que son socialmente construidas y configuradas desde lo colectivo; asumiendo también que tienen un importante rol en la configuración tanto del orden social y cultural, como en la identidad de las personas (Gergen, 1996; Fernández, 1999; Gil, 2002). Es por esto que en este trabajo mi interés estaba puesto no solo en saber qué se siente y se hace cuando se está enamorado/a, sino también en comprender qué tipo de relaciones sociales y sujetos se promueven a partir de los discursos amorosos.

En los relatos analizados el AR es configurado como una emoción sublime ubicada con superioridad frente a otras. Sin embargo no todos los amores de pareja serían “verdaderos”. Estos se distinguirían de otros en que buscan proyección y exclusividad con el amado/a; se prioriza el bienestar de la relación lo que implica estar dispuesto a ceder, transar y esforzarse; es producto de una construcción (y por tanto requiere trabajo), y a la vez se sostiene en el tiempo pese a que disminuya la pasión o hayan dificultades.

Este modo de significar el amor romántico, que es el que emerge con centralidad en los resultados, es consistente con el modelo amoroso tradicional y si bien se observan algunos relatos disidentes, estos son periféricos. Sin embargo pese a que en los discursos este modelo se sigue manteniendo, la expectativa de fusión con la pareja se ve tensionada y a su vez, en las regulaciones sobre cómo se debe amar se introducen valores de corte postmoderno.

Las normativas amorosas se redefinen respecto al pasado. Si antes los sujetos situaban a su pareja sobre ellos/as, secundados por los mitos de que “el amor todo lo puede” y que “es lo más importante y requiere entrega total”; hoy se posicionan a sí mismos sobre el amado y la relación. Cabe considerar que esto se presenta de forma matizada y estos mitos no han sido suprimidos totalmente, pero predomina en los resultados la premisa de que por amor no se pueden vulnerar el autorespeto, los valores y proyectos personales. La lealtad, asociada a que la relación debe sustentarse en la honestidad y la rectitud, es parte de las normativas amorosas y el buen trato, la aceptación y el respeto se configuran como lo mínimo esperable por parte de quien te ama. A su vez la reciprocidad emerge con gran centralidad en las regulaciones románticas, condicionando lo que se está dispuesto a hacer por amor.

Lo que entra en tensión es hasta qué punto se debe entregar, lo que está vinculado con las expectativas sobre cómo debe funcionar la pareja. En los discursos se distinguen dos diferentes aspiraciones: que ambos se fundan en la relación; y mantener la individualidad y los espacios personales cuando se está en pareja. Es así como si bien hay coincidencia en que el amado/a es importante, y se asume que cuando se ama se suele dar prioridad a la relación; lo que difiere son los matices con los que esto se valora y comprende. Los extremos varían desde la aspiración a ser el centro existencial de la pareja y configurar la fusión como un ideal y evidencia de amor; hasta problematizar los efectos de dominación, posesividad y desigualdades de poder que esto genera, tensionando la idea de que el AR y la relación de pareja son y deben ser indiscutiblemente lo más importante. Según como sean estas expectativas es como se entiende y regula la entrega amorosa.

En cuanto a cómo conviven los intereses y actividades personales con la vida sentimental, si bien en los discursos la reciprocidad emerge como condición para la entrega;

existen diferencias respecto de cómo y cuánto se debe dar. En algunos casos no se problematiza postergar estos ámbitos si la pareja está dispuesta a hacer lo mismo y por el contrario se entiende que hacerlo contribuye a la fusión; mientras que en otros se cuestiona esta idea, al significar los espacios y tiempos individuales como una necesidad y no solo como un mecanismo de resguardo por si la relación se termina.

Cabe destacar que dado que en los discursos se asume que el amor requiere ceder, transar o postergarse en función de la relación; es problemático cuando ambos miembros de la pareja valoran de manera distinta el resguardo de la individualidad, entendida como la necesidad de tener espacios personales y diferenciarse del amado/a. En algunos casos, estos espacios se configuran como amenazantes para la relación y no transarlos puede vivirse como señal de desamor y poca entrega; mientras que en otros, el que estos espacios no sean respetados puede ser fuente de conflicto y cederlos totalmente es significado como un atentado contra uno mismo.

En cuanto a las relaciones de pareja, en los discursos se configura al AR como la base desde la cual deben fundarse y dado esto, lo que se busca y regula estas relaciones es coincidente con lo que se espera del amor. En los relatos se configura que la trayectoria amorosa “normal” es pasar de las pasiones exacerbadas y la búsqueda de diversión, a desear establecerse y proyectarse en una relación sentimental.

Dado que el AR requeriría de esfuerzo y trabajo para sostenerse; las relaciones de pareja se constituyen en un campo donde se evidencian la fuerza de voluntad y racionalidad de las personas. La vida sentimental se establece como un ámbito cuyo éxito dependería principalmente (aunque no exclusivamente) de la capacidad de los sujetos. Si bien no sería la razón la que elige quien nos parece atractivo/a, sí serían nuestras capacidades de gestionar, perseverar, ceder, transar y no caer en las “tentaciones”, las que permitirían que se transite del enamoramiento a un amor romántico duradero.

Respecto del tipo de sujetos y relaciones sociales que se promueven en estos discursos, me parece en primer lugar que los modos de comprender y posicionar el AR contribuyen a mantener el orden social. A la vez ubicar al AR sobre el enamoramiento y configurar el “éxito sentimental” (entendido como tener una relación de pareja monógama de larga data y que se sustente en el amor) como resultado del esfuerzo, trabajo y voluntad,

favorece que las relaciones de pareja se sostengan en el tiempo. Sin embargo cabe destacar, que fundar la pareja en el amor romántico, también la convierte en un lazo más frágil.

La creencia de que depende de nosotros ser felices y sacar lo bueno de nuestras malas experiencias sentimentales, si bien permite posicionarnos con agencia y como personas libres frente a nuestra vida amorosa, también evita el cuestionamiento del modelo romántico; los problemas y el sufrimiento no provienen del modelo en sí mismo, sino de los sujetos.

La vida amorosa se configura como un ámbito que genera status. Es así como quienes están enamorados/as y en pareja se constituyen como seres más plenos ya que reciben un apoyo y compañía especial; mientras que quienes están solteros/as estarían en algún sentido carentes. A su vez las relaciones sentimentales también se posicionan en distintos rangos. Las parejas de larga data, estables, exclusivas, con proyecciones y donde ambos están enamorado/as, se ubican en un nivel jerárquicamente superior a otras relaciones amorosas.

Los discursos establecen cómo debe ser la vida sentimental adulta, definen cómo debe comportarse un sujeto “maduro/a”, qué se debe desear a una determinada edad y cómo debieran transitar las trayectorias amorosas. En la adultez no se debe buscar lo mismo que en la adolescencia. Un adulto/a “maduro” debe establecerse y sostener una relación duradera, priorizando el compromiso y la profundidad del vínculo por sobre la intensidad de las pasiones.

Los relatos estudiados a la vez contribuyen a la mantención de los estereotipos de género, dado que en ellos se mantiene la configuración de la mujer como un ser más emocional y apegado a los ideales románticos, y a los hombres como seres más racionales y sexuales.

Cabe destacar que al realizar esta investigación, la muestra se varió en torno a los elementos que según la literatura participaban en los modos de vivir las experiencias amorosas y es por esto que se intencionó su diversidad en torno al acceso cultural y material, el género y la presencia de hijos/as. Si bien el objetivo no fue comparar entre grupos y por tanto no se hizo un análisis orientado a esto, es necesario señalar las diferencias observadas a partir de los resultados.

El acceso material sería un elemento que en estos discursos participa en las experiencias amorosas. Los recursos económicos influirían en las posibilidades de romper una relación insatisfactoria, de contar con redes remuneradas que permitan cuidar a los hijo/as para estar con la pareja y tener momentos “especiales” con ésta. A su vez tiendo a pensar que existen diferencias en las expectativas amorosas según el acceso cultural. En los relatos de los/as participantes con un acceso alto, se relevaba más el cuidado de la individualidad y los espacios personales, existiendo con menor centralidad la expectativa de fusión. Sin embargo recalco que esta es solo una apreciación preliminar, ya que sería necesario realizar un análisis orientado a comparar para tener una conclusión clara.

En cuanto al género no hubo diferencias en los modos de significar el amor romántico y las relaciones de pareja en los discursos de hombres y mujeres. Sin embargo, con dominancia estaba presente la idea de que vivían de manera distinta el AR y en ellos se evidenciaba la existencia de los estereotipos tradicionales.

En relación a la presencia o ausencia de hijo/as, sí hubo diferencias en los discursos; quienes eran padres o madres posicionaban y priorizaban de manera distinta el AR y los vínculos de pareja respecto de quienes no los tenían. A su vez, la presencia de estos daba un mayor estatus a la relación amorosa, que se investía como más sólida y trascendental.

A la luz de los resultados obtenidos, sería recomendable en futuras investigaciones profundizar en torno a la reciprocidad que se espera de las relaciones de pareja. Me parece que se trata de uno de los elementos que se diferencia del modelo tradicional y que se configura como un valor que estructura el AR, bajo la expectativa de una entrega cualitativa y cuantitativamente equivalente. Otro ámbito interesante de abordar en futuros trabajos, es el relativo a las expectativas de fusión v/s el deseo de resguardar la individualidad. Me parece que estas temáticas son relevantes de trabajar en tanto son valores que configuran las normativas amorosas, pero que son también fuentes de tensiones.

En términos metodológicos, me parece que la realización de entrevistas y análisis del discurso fue útil para los objetivos de este estudio. En cuanto a la muestra hubiese sido recomendable contar con una mayor cantidad de participantes con bajo acceso cultural y material (ya que eran proporcionalmente menores al resto), lo que lamentablemente no fue

posible por temas de asequibilidad. Sin embargo, pese a esto considero se logró alcanzar la finalidad de este trabajo.

Vale la pena destacar que los resultados obtenidos dan cuenta de discursos socialmente aceptados en tanto cuestionan el maltrato en las relaciones amorosas, señalan que es necesario respetar y respetarse, y rechazan el mantenerse en relaciones dañinas. Sin embargo, esto no es lo que ocurre muchas veces en la vida cotidiana donde por ejemplo, la violencia en las relaciones de pareja sigue sucediendo. Es posible pensar que esto se debe a que los relatos analizados se encuentran mediados por la deseabilidad social que puede ocurrir en el contexto de entrevistas y porque las respuestas de los participantes surgen a partir de la reflexión que estos hacen de sus vivencias amorosas. Dados estos elementos, considero que sería necesario estudiar discursos amorosos que surgen espontáneamente, como podrían ser por ejemplo cartas de amor. Esto permitiría acceder a la cotidianidad de las experiencias románticas y comprender ámbitos que quedaron fuera del alcance de los resultados de este trabajo.

Pese a lo anterior, vale destacar que uno de los principales aportes de esta investigación es que muestra de manera sistemática cómo operan y se comportan los mitos amorosos y el sentido común en este ámbito. Esto es relevante en tanto puede ser útil tanto para el ámbito clínico, como para una comprensión psicosocial de los afectos y la vida sentimental.

Mi objetivo a través de esta investigación fue contribuir a problematizar las actuales formas de comprender el AR. Es relevante discutir y desentrañar los efectos que tienen los modos en que construimos el amor y los afectos en general, ya que nos permite reflexionar sobre sus costos, beneficios y funciones personales y sociales. Considero a la vez que es necesario cuestionar la idea generalizada de que las emociones son fenómenos meramente individuales e internos, en tanto tal como lo plantean Gergen (1996) y Fernández (1999) están insertos en redes más amplias de significados culturales y participan en los modos en que nos configuramos como sociedad y por tanto tienen efectos políticos.

A modo de síntesis quisiera señalar, que este estudio contribuye a profundizar los conocimientos existentes en torno al AR, y su aporte es que colabora a identificar su rol social, a entender con mayor profundidad las tensiones que emergen a partir de la

coexistencia de valores tradicionales y postmodernos, y a comprender por qué las relaciones de pareja pueden ser vividas por algunos como espacios de atrapamiento. Parte de su aporte, es que no busca dar cuenta de qué es el amor ni de cómo debe ser vivido, sino que contribuye a comprender un ámbito de la vida social que si bien ha sido estudiado desde la psicología, ha sido escasamente trabajado desde esta como fenómeno social y poco problematizado en torno a sus roles sociales, culturales y políticos.

Referencias Bibliográficas

- Ahmed, S. (2004). Affective economies. *Social text*, 79, 117- 139
- Alfama, E.; Bona, Y.; y Callén, B. (2005). La Virtualización de la Afectividad. Athenea Digital. *Revista de Pensamiento e Investigación Social* (7). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53700718>
- Arnold, M. (s.f). *Sistemas familiares: amor, pareja y familia*. Recuperado desde: <http://www.marceloarnold.cl/images/amoryfamilia.pdf>
- Barrón, A.; Martínez-Iñigo, D.; De Paul, P. & Yela, C. (1999). Romantic beliefs and myths in Spain. *The Spanish Journal of Psychology*, 2(1), 64-73
- Belli, S. (2009). La construcción de una emoción y su relación con el lenguaje: revisión y discusión de un área importante de las de ciencias sociales. *Theoria*, 18 (2). 15-42
- Belli, S.; Harré, R e Iñiguez, L. (2009). What is love? Discourse about emotions in social sciences. *Human Affairs*. 20, 3, 249–270. doi: 10.2478/v10023-010-0026-8.
- Belli, S. Iñiguez- Rueda, L. (2008). El estudio psicosocial de las emociones: una revisión y discusión de la investigación actual. *Psico*, 39 (2), 139-151.
- Beneyto, J. (1993). *Una historia del matrimonio*. Madrid: Eudema
- Blanco, C. (2008)Un amor a tu medida, estereotipos y violencia en las relaciones amorosas. *Revista estudios de juventud* 83. 213-228
- Bodoque, Y. (2001). Tiempo biológico y tiempo social, aproximación al análisis del ciclo de vida de las mujeres. *Gaceta de Antropología* (17). Recuperado desde: <http://hdl.handle.net/10481/7472>
- Boria, A. (2009). *El discurso amoroso. Tensiones en torno a la condición femenina*. Córdoba: Comunicarte.
- Calatayud, M. (2009). *Las relaciones de amor a lo largo del ciclo vital: cambios generacionales*. Tesis doctoral. Departamento de Psicología, Universidad de Valencia.
- Calderón, I; Rodríguez, C & Soto, E. (2009). Afectividad Colectiva y política: imágenes del femicidio en Chile. *Revista d' estudis de la violencia* (9). 1- 35

- Capponi, R. (2003). *El amor después del amor: el camino al amor sexual estable*. Grijalbo: Santiago
- Castrillo, C. (2013). *La transformación de la intimidad a debate: repensando la aproximación teórica al estudio sociológico del amor*. Trabajo presentado en el XI Congreso Español de sociología. Recuperado desde: <http://www.fes-web.org/congresos/11/ponencias/1099/>
- Castrillo, C. (s.f). *La dimensión socio histórica de las emociones: Una investigación sobre amor y estructura social*. Recuperado desde: <http://pendientedemigracion.ucm.es/centros/cont/descargas/documento25139.pdf>
- Cervantes, J. (2005). Relaciones de pareja, matrimonio y amor. *Estudios sobre familias* (5) 21- 30.
- Coontz, S. (2005). *La historia del matrimonio*. Barcelona: Gedisa
- Corona, S. y Rodríguez (2000). El amor como vínculo social. *Espiral* 6 (17) 49-70.
- Coupland, C., Brown, A.D., Daniels, K. y Humphreys, M. (2008). Saying it with feeling: Analysing speakable emotions. *Human. Relations*, 61(3): 327–353.
- De la Peza, M. (1998). El bolero y sus formas de decir amor. *Anuario UAMX*. 233- 251
- Edwards, D. (1999). Emotion discourse. *Culture and Psychology*- 5(3), 271–91.
- Enciso, G. y Lara, A. (2014). Emociones y ciencias sociales en el S. XX: la precuela del giro afectivo. *Athenea Digital* 14(1): 263-288. doi: 10.5565/rev/athenead/v14n1.1094
- Espina, A. (1996). La constitución de la pareja. En: M. Millán y S. Serrano (coords.): *Psicología y Familia*. Caritas Española: Madrid.
- Esteban, M.L; Medina, R. y Távora, A. (2005). Por qué analizar el amor romántico: nuevas posibilidades desde los estudios de género. En: Díez Mintegui, C.; Gregorio Gil, C. (coord.) *Cambios culturales y desigualdades de género en el marco local-global actual. X Congreso de Antropología*. Sevilla: FAAEE-Fundación El Monte ASANA; 207-223.
- Esteban, M. L y Távora, A. (2008). El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas. *Anuario de Psicología* 39 (1) 59-73.

- Fernández, P. (2007). La hechura de los sentimientos. En: M. Aguilar y A. y Reid. (Coords). *Tratado de psicología social: perspectivas socioculturales*. pp. 281-300. Barcelona: Anthropos
- Fernández P. (2004). 1890; 1940; 1990: Metodología de la afectividad colectiva. En J. Mendoza y M. A. González *Enfoques contemporáneos de la psicología social en México: de su génesis a la ciberpsicología*. México: Porrúa/ Tecnológico de Monterrey.
- Fernández, P. (1999). *La Afectividad Colectiva*. México: Taurus
- Fernández, P. (1994a). La afectividad colectiva y su geometría política. *Comportamiento* (3), 2, 99-111.
- Fernández, P. (1994b) Teoría de las emociones y teoría de la afectividad colectiva. *Iztapalapa* 35, 89-112.
- Fernández, P. (s.f). *La metodología de la afectividad colectiva*. Seminario de cognición social e intersubjetividad. Universidad Nacional Autónoma de México
- Ferrer, V.A; Bosch, E. y Navarro, C. (2010). Los mitos románticos en España. *Boletín de Psicología* (99) 7- 31.
- Ferrer, V.; Bosch E., Navarro C., Ramis, M.C. y García, E. (2008). El concepto de amor en España. *Psicothema*, 20, 4, 589-595.
- Flick, U. (2007). *Introducción a la Investigación Cualitativa*. Morata: Madrid
- Flores- Pons, G e Iñiguez- Rueda, L. (2009). Análisis del discurso tecnocientífico que construye la muerte encefálica en un manual de coordinación de trasplantes. *Discurso & Sociedad*, 3. (4.) 682-713
- Fossa, P.; Benavente,G y Pimentel, V. (2013). Construcción del foco de intervención en primera sesión de terapia de pareja un análisis de proceso. *De familias y terapias* 22, (34) 119-136
- Fromm, E. (1998). *El arte de amar*. Paidós: Buenos Aires (Año de publicación original: 1956)
- Fundación Mujeres (2011). Coeducación y mitos del amor romántico. *Boletín* 93. 7-10. Recuperadodesde:http://www.fundacionmujeres.es/files/attachments/Documento/46001/image/_BOLETIN%20FM%2093.pdf

- Gainza, A. (2006). La entrevista en profundidad individual. En M. Canales (Ed.). *Metodologías de investigación social*. Lom Ediciones: Santiago de Chile.
- García E; Garnica, M.; Gonzales, N; Gómez, M; Parrado, M; Pérez, M. y Vico, M. (2012). Las mujeres viven la relación romántica diferente al hombre. *Revista electrónica de investigación Docencia Creativa (1)*. 95-100
- García, N. y Montenegro, M. (2014). Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista. *Athenea Digital*, 14(4), 63-88. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1361>
- Garrido, A.; Reyes, A.; Torres, L y Ortega, P. (2008). Importancia de las expectativas de pareja en la dinámica familiar. *Enseñanza e Investigación en Psicología*. 13 (2) 231-238
- Gergen, K. (1996). *Realidad y relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. (1995) *La transformación de la intimidad. Sexualidad amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid: Cátedra
- Gil, A. (2002). *Aproximación a una teoría de la afectividad*. Recuperado desde: <http://www.tesisred.net/handle/10803/5454>
- Gil, A. (2008). El asco desde la mirada psico-social: emociones y control social. *El Alma Pública. Revista Desdisciplinada de Psicología Social*. 1(1):73-87. Recuperado de: <https://urv.academia.edu/AdrianaGilJuarez/Papers>
- Gómez, G. (2013). La subjetividad como superación del reproductivismo. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad (XX)*. 57. 39- 58
- Guardián, A. (2007). *El Paradigma Cualitativo en la Investigación Socio-Educativa*. Recuperado desde: <http://web.ua.es/es/ice/documentos/recursos/materiales/el-paradigma-cualitativo-en-la-investigacion-socio-educativa.pdf>
- Guardo, L. (2012). *Percepción de las relaciones de género entre los adolescentes: transmisión de estereotipos y mitos de amor*. Tesis para optar al grado de Master en estudios interdisciplinarios de género. Universidad de Salamanca: España
- Guedes, S. y Estramiana, J. (2010). Naturaleza y cultura en el estudio de las emociones. *Revista española de sociología*. (13). 31-47

- Herrera, C. (2013). *Lo Romántico es político*. [Versión para lector digital] Recuperado desde: <https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbm9va3Njb3JhbGhlcmlcmF8Z3g6NzQ4NTg3MWMxOTcxMGRmZA>
- Herrera, C. (2010). *El romanticismo patriarcal*. Recuperado desde: <http://creandopueblo.files.wordpress.com/2011/09/herrera-gocc81mez-coral-el-romanticismo-patriarcal.pdf>
- Herrera, C. (2009). El amor romántico como utopía emocional en la postmodernidad. *Boletín Hispánico Helvético. Historia, teoría(s), prácticas culturales. Dossier II: Género y discurso en el Hispanismo finisecular. 13-14*. Recuperado de: <http://editorialfundamentos.blogspot.com/2009/12/el-amor-romantico-como-utopia-emocional.html>
- Hipp, T. (2006). Orígenes del matrimonio y de las familias modernas. *Revista Austral de Ciencias Sociales*. 11. 59- 78
- Illouz, E. (1997). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid-Buenos Aires: Katz.
- Instituto Nacional de Estadísticas, Gobierno de Chile. (2011). *Informe anual de estadísticas vitales*. Recuperado desde: http://www.ine.cl/canales/menu/publicaciones/calendario_de_publicaciones/pdf/completa_vitales_2011.pdf
- Iñiguez, L y Antaki, C. (1998). Análisis del discurso. *Revista Anthropos*, (177). 59-66
- Iñiguez, L. (2003). *Análisis del discurso: manual para las ciencias sociales*. UOC: Barcelona.
- Iñiguez, L. (1999). Investigación y evaluación cualitativa: bases teóricas y conceptuales. *Atención primaria*. 23 (8). 108- 122.
- Izquierdo, M. (2000). *Cuando los amores matan*. Ediciones Libertarias. Madrid
- Jaramillo, L (2006). *Investigación y subjetividad: la complementariedad como posibilidad para investigar en educación*. Tesis para optar al grado de Doctor en Educación: Universidade de tras-os-montes e alto douro: Portugal. Recuperado desde: http://repositorio.utad.pt/bitstream/10348/46/1/phd_lgjaramilloecheverry.pdf

- Lara, A. (2015). Teorías afectivas vintage. Apuntes sobre Deleuze, Bergson y Whitehead *Cinta moebio* 52: 17-36
- Lara, A. y Enciso, G. (2013). El giro afectivo. *Athenea Digital* 13(3): 101-119. doi: 10.5565/rev/athenead/v13n3.1060
- Lee, J. A (1973). *Colours of love: an exploration of the ways of loving*. Toronto: New Press.
- Lemaire, J. (1986). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. Fondo de cultura económica: México DF
- Lipovetsky, G. (2007). *La tercera mujer*. Anagrama: Barcelona.
- Luco, A. (2013). *Parejas postmodernas ¿El ocaso del amor?* Santiago de Chile: Forja:
- Luengo, T y Rodríguez, C. (2010). El mito de la fusión romántica y su efecto en el vínculo de pareja. *Anuario de sexología* (1).
- Macón, C. (2014). Género, afectos y política: Laurent Berlant y la irrupción de un dilema. *Debate feminista*. 25. Vol. 49. Recuperado de: http://www.debatefeminista.com/articulos.php?id_articulo=1496&id_volumen=115
- Macón, C. (2015). Giro afectivo y reparación testimonial: El caso de la violencia sexual en los juicios por crímenes de lesa humanidad.. *Mora*, 21(1), 00. Recuperado de: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2015000100002&lng=es&tlng=es.
- Martínez, A. M. (2010). Apuntes sobre la noción de afectividad colectiva. *Revista de la Facultad de Psicología Universidad Cooperativa de Colombia* 6 (10) 151- 157
- Martínez, M. (2004). Entre velas y rosas: Algunas dimensiones del amor romántico *Revista de Ciencias Sociales* 13. 8- 27
- Martínez, S. (2012). Ser o no ser: tensión entre familia, subjetividad femenina y trabajo académico en Chile: un análisis desde la psicología feminista. *Revista de estudios de género: La ventana*. 35 133- 163
- Martins-Silva, P., Trindade, Z. & Junior, A. (2013). Teorias Sobre o Amor no Campo da Psicologia Social. *Psicologia: Ciência e Profissão*, 33, 16-31.
- Montilva, M. (2006). Postergación del matrimonio en las mujeres y cambio en las expectativas femeninas sobre el amor. *Revista de Ciencias Sociales* XII (2) 332-341

- Morales, P. (2011). *La Afectividad Colectiva como conocimiento de la Realidad Social*. Recuperado de: <http://psicologiafracturada.blogspot.cl/2011/05/la-afectividad-colectiva-como.html>
- Palmero, F., Guerrero, C., Gómez, C. y Carpi, A. (2006). Certezas y controversias en el estudio de la emoción. *Revista electrónica de motivación y emoción*. IX.(23-24). Recuperado de: <http://reme.uji.es/articulos/numero23/article1/article1.pdf>.
- Pérez, G.; Estrada, S.; y Pacheco, V (2007). Iguales y diferentes: análisis cualitativo de las vivencias de hombres y mujeres sobre su relación de pareja. *Archivos Hispanoamericanos de Sexología*, 13. 169- 192.
- Regan, P. (2008) *The mating game: A primer on love, sex, and marriage*. Thousand Oaks, CA: SAGE Publications.
- Reichertz, J. y Zielke, B. (2008). Editorial: Teorías que importan. Sobre algunos aspectos pragmáticos del construccionismo social. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 9(1), Recuperado desde: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0801D5Ed8>.
- Rice, P. (1997). *Desarrollo humano. Estudio del ciclo vital*. Pearson: Ciudad de México
- Riviere, J. (2012). *Los hombres, el amor y la pareja*. Recuperado desde: http://www.cime2011.org/home/panel1/cime2011_P1_JosetxuRiviere.pdf
- Roca, J. (2008). “Ni contigo ni sin ti: cambios y transformaciones en los roles de género y las formas de convivencia”. A., Telles y J. Martines (coord.). En: *Sexualidad, género, cambio de roles y nuevos modelos de familia*. Universidad Miguel Hernández: España. pp. 13-31.
- Rodigou, M. y Paulin, H. (2011). Investigación cualitativa: Construcción y reflexividad. Investigación cualitativa: Construcción y reflexividad. *Revista Tesis* 1139 – 150
- Rodríguez, T. (2012). El amor en las ciencias sociales: cuatro visiones teóricas. *Culturales VIII* (15) 155- 180
- Rodríguez, T. y Pérez, M. (2007). Representaciones sociales del amor en jóvenes urbanos”. En: *Contigo aprendí. Estudios sociales sobre las emociones*. R. Luna y A. Scribano (Comps). Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba: Argentina. 173-217

- Rutland, A. (2013). Un amor estratificado: narrativas, prácticas y la infraestructura del amor de tres mujeres chilenas de diferentes estratos sociales. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. (12). 9-21.
- Sánchez, J. (2006). El amor en los tiempos del postmodernismo. *Revista subjetividad y cultura* (25). Recuperado desde: <http://subjetividadycultura.org.mx/2013/09/el-amor-en-los-tiempos-del-posmodernismo/>
- Sangrador, J. L. (1993). Consideraciones psicosociales sobre el amor romántico. *Psicothema* 5. 181-196.
- Santander, P. (2011). Por qué y cómo hacer Análisis de Discurso. *Cinta Moebio* 41: 207-224. Recuperado desde: www.moebio.uchile.cl/41/santander.html
- Schäfer, Gabriele (2008). Romantic Love in Heterosexual Relationships: Women's Experiences. *Journal of Social Sciences*, 16(3), 187-197.
- Sharim, D.; Araya, C.; Carmona, M. & Riquelme, P. (2011). Relatos de historias de pareja en el Chile actual: la intimidad como un monólogo colectivo. *Psicología em Estudo, Maringá*, 16, (3), 347-358.
- Sisto, V. (2012). Análisis del Discurso y Psicología: a veinte años de la revolución discursiva. *Revista de Psicología*. 21 (1) 185- 208
- Stenberg, R. J. (1998). *El triángulo del amor: intimidad, pasión y compromiso*. México: Paidós.
- Surralles, A. (2005). Afectividad y epistemología de las ciencias humanas. *Revista de Antropología Iberoamericana. Ed. Electrónica*. [en línea] (noviembre-diciembre) Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62309911>
- Tapia, L. y Molina, M. E. (2015). Variety of love multiverses in a localism aesthetic. En: G. Marsico, J. Valsiner, N. Chaudhary, T. Sato y V. Dazzina (Coords.). *Psychology as the science of human being: The Yokohama manifestó*. pp.165-192.
- Tapia, L., Poulsen, G., Armijo, I., Pereira, X., & Sotomayor, P. (2009). Resolución de entrapamientos en parejas en conflicto: Aproximaciones desde las parejas y los terapeutas. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 7, 101–114.
- Tapia-Villanueva, L., Molina, M. E., Aspillaga, C., Cruzat, C., Pereira, X., Poulsen, G., et al. (2014). Factors preventing gridlock in couples' relationships based on the

- discourse of highly adjusted couples and couples therapists. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 35(4), 462–478.
- Taylor, S.J. y Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos en investigación*. Barcelona: Paidós
- Tenorio, N. (2012). Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad. *Sicológica* (27) 76; 7- 52
- Tenorio, N. (2010). ¿Qué tan modernos somos?; amor y relación de pareja en México contemporáneo. *Ciencias* (99). 38-49
- Valdés, J.; González, N; Sánchez, L.; Mejía, I. y Vargas, I. (2005). Amor romántico en jóvenes mexicanos un análisis por sexo. *Archivos Hispanoamericanos de sexología* .XI (1) 35-46
- Valdivia, C. (2014). *Las Interacciones en Internet: la construcción de una Nueva Semántica del Amor*. Tesis para obtener el grado de Magister en Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad. Departamento de Sociología, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Verdú, A. (2014). El amor en la sociedad de consumo. *Gaceta de Antropología*. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10481/31068>
- Villegas, M. (2006). Amor y dependencia en las relaciones de pareja. *Revista de psicoterapia* (68) 5-64.
- Wainstein, M y Wittner, V (2003): Enfoque psicosocial de la pareja. Aproximaciones desde la terapia de la comunicación y la terapia de solución de problemas. *Psicodebate* 4. *El amor y las relaciones interpersonales*. Universidad de Palermo. 131-144
- Wetherell, M. (2013). Affect and discourse – What’s the problem? From affect as excess to affective/discourse practice. *Subjectivity* 6, 349–368. doi:10.1057/sub.2013.13
- Yela, C. (1997). Curso temporal de los componentes básicos del amor a lo largo de la relación de pareja. *Psiothema*.9(1) 1-15.
- Yela, C. (2003). La otra cara del amor: mitos paradojas y problemas. *Encuentros en Psicología Social* (1) 2 263- 267

Zeifman, D. & Hazan, C. (1997). A process model of adult attachment formation. En: S., Duck, (Ed). *Handbook of personal relationships: Theory, research and interventions*, pp. 179-195.

Anexos

Anexo 1: Detalle de las características de los y las participantes

Entrevista	Características	Edad	Ocupación	Estudios	Comuna de residencia	Creencias religiosas	Hijo/as	Orientación sexual	Situación amorosa actual	Tiempo relación actual
1	Mujer, alto acceso material y cultural, sin hijo/ass	30	Vendedora autos	Universitarios	Las Condes	Ninguna (cree en dios)	No	Heterosexual	"Andando"	1 mes y medio
2	Mujer, bajo acceso material y cultural, con hij/as.	28	Dueña de casa	Educación media completa	La Florida	Católica	2 hijo/as: 9 y 3 años	Heterosexual	Convive con pareja	12 años
3	Hombre, alto acceso material y cultural, sin hijos/as	29	Psicólogo	Universitarios, magister	Las Condes	No hay información	No	Homosexual	Convive con pareja	11 meses
4	Hombre, alto acceso material y cultural, sin hijos/as	34	Ingeniero civil industrial	Universitarios	Las Condes	Ateo	No	Heterosexual	Convive con pareja	6 años
5	Hombre, medio acceso material y cultural, hijos/as	29	Dibujante de arquitectura y fotografía	Técnicos	Santiago	Cristiano	No	Heterosexual	Convive con pareja	6 años
6	Mujer, bajo acceso material y cultural, sin hijos/as.	33	Secretaria	Educación media completa	Curacaví	Evangélico	No	Heterosexual	Soltera hace 3 años y medio. Tiempo de ultima relación, 4 años.	
7	Hombre, medio acceso material y	28	Dibujante técnico	Técnicos	Talagante	Evangélico	No	Heterosexual	Casado	5 años casado

	cultural, sin hijos/as.									
8	Mujer, alto acceso material y cultural, sin hijos/as	37	Ingeniero forestal	Universitarios	Las Condes	Ninguna	No	Heterosexual	Divorciada (actualmente en pareja)	1 año y medio
9	Mujer, alto acceso material y cultural, sin hijos/as	37	Psicóloga	Universitarios, magister	Santiago	Atea	No	Prefiere no encasillarse pero ha tenido relaciones con ambos sexos	Convive con pareja.	2 año y medio
10	Hombre, alto acceso material y cultural, con hijos/as	34	Ingeniero	Universitarios	Lo Barnechea	Católica	3 hijo/as: 2 años, y mellizos de 10 meses	Heterosexual	Casado	5 años
11	Mujer, alto acceso material y cultural, con hijos/as	34	Diseñadora	Universitarios	Vitacura	Cree en dios, pero no se adhiere ni practica ninguna religión	3 hijo/as: 14, 4 años, 11 meses	Heterosexual	Casada	12 años
12	Mujer, bajo acceso material y medio cultural, con hijos/as	25	Asistente veterinaria	Técnicos	Curacaví	Ninguna	1 hijo: 5 años	Heterosexual	En pareja no convive por tema económico	6 años
13	Mujer, alto acceso material y cultural, con hijos/as	38	Periodista	Universitarios, magister	Las Condes	Ninguna (pero cree en dios)	2 hijas: 4 años y de 1 mes	Heterosexual	Casada	10 años

14	Hombre, medio acceso material y cultural, con hijos/as.	34	Técnico en Computación	Técnicos	Santiago	Ateo	3 hijo/as 14, 8 y 1 año	Heterosexual	Separado (tiene relación puertas afuera con ex pareja)	15 años
15	Hombre, medio acceso material y cultural, con hijos/as	37	Concejal	Universitario incompleto	San Miguel	Católica	3 hijo/as; 14, 11 y 9 años	Heterosexual	Convive con pareja	25 años
16	Hombre, bajo acceso material y cultural, sin hijos/as	28	Asistente	Cuarto medio, estudiando danza	La Granja	Cercano a religión evangélica	No	Homosexual	Soltero hace 5 meses. Tiempo de última relación, 1 año.	
17	Mujer, medio acceso material y cultural, con hijos/as	38	Secretaria	Técnicos	Lampa	Católica (especifica que a su manera)	2 hijo/as 15 y 4 años	Heterosexual	Convive con pareja	14 años
18	Mujer, bajo acceso material y medio cultural, con hijos/as	40	Auxiliar de Aseo	Media incompleta	María Pinto	Católica	5 hijos 23, 21, 18, 11 y 5 años	Heterosexual	Convive con pareja	21 años

Anexo 2. Transcripción de las entrevistas realizadas

Dada la extensión de la totalidad de entrevistas transcritas (más de 400 páginas), he optado por anexarlas de manera digital y no imprimirlas. A continuación se presenta un índice de su ubicación, dentro del documento grabado en el Cd que se adjunta.

Tabla 3. *Índice ubicación entrevistas*

Entrevista	Ubicación
Entrevista 1	Página 1
Entrevista 2	Página 26
Entrevista 3	Página 46
Entrevista 4	Página 57
Entrevista 5	Página 79
Entrevista 6	Página 123
Entrevista 7	Página 154
Entrevista 8	Página 188
Entrevista 9	Página 224
Entrevista 10	Página 249
Entrevista 11	Página 264
Entrevista 12	Página 284
Entrevista 13	Página 296
Entrevista 14	Página 314
Entrevista 15	Página 343
Entrevista 16	Página 362
Entrevista 17	Página 397
Entrevista 18	Página 409

Anexo 3: Guión de temas y preguntas utilizado para la realización de entrevistas

Objetivo	Temáticas a abordar	Preguntas a realizar
Identificar las características principales de los/as participantes	Características del participante	Nombre
		Edad
		Ocupación
		Estudios
		Lugar de residencia
		Creencias religiosas
		Presencia de hijo/as
	Datos sobre situación amorosa del participante	Orientación sexual
		Situación amorosa actual
		Tiempo de relación actual (si corresponde) Tiempo de la última relación de pareja (si corresponde)
Describir y comprender cómo es significado el amor romántico en los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as.	Qué es estar enamorado/a.	¿Qué es para ti estar enamorado/a?
		¿Cómo crees que se debiera sentir cuando se está enamorado/a?
		¿Qué crees que se debiera hacer cuando uno está enamorado?
		¿Qué cosas crees que no siente una persona enamorada?
		¿Qué cosas crees que no hace una persona enamorada?
	Qué esperan de la persona que los/as ama.	¿Cómo esperas que haga por ti una persona que te ama?
		¿Esperas que la persona que te ama deje de hacer ciertas cosas por ti? ¿Cuáles? ¿Por qué?
		¿Cómo esperas que te trate una persona que te ama?
		¿Qué de estas expectativas se han visto cumplidas en tu vida?
		¿Qué de estas expectativas no se han visto cumplidas en tu vida?
	Experiencias respecto de estar enamorado/a.	¿Te has sentido enamorado alguna vez?
		¿Cómo sabes que has (o no haz) estado enamorado/a?
		¿Cómo te has sentido cuándo has estado enamorado/a?
		¿Qué cosas buenas ha tenido para ti estar enamorado/a?
		¿Qué cosas malas ha tenido para ti estar enamorado/a?
		¿Qué cosas has hecho por amor? ¿Qué cosas has dejado de hacer por amor?

		<p>¿Crees que tu forma de enamorarte ha variado a lo largo del tiempo? ¿Cómo? ¿Por qué?</p> <p>¿Te has cuestionado alguna vez si estás o no enamorado/a? ¿Qué te ha hecho cuestionarte? ¿Cómo ha sido el desenlace de esa situación?</p>
Describir y comprender cómo son significadas las relaciones de pareja en los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as.	Finalidad de las relaciones amorosas.	¿Por qué crees que las personas comúnmente están o buscan estar en pareja?
		¿Cuál crees que es la finalidad de estar en pareja?
		¿Por qué hoy estas (o no estás) en pareja?
		Si no está en pareja: ¿Te gustaría estar en pareja? ¿Para qué?
	Expectativas en torno a la relación de pareja y logro de estas expectativas.	¿Qué buscas de una relación amorosa?
		¿Lo que tú esperas de una relación amorosa se ha visto cumplido en tus experiencias? ¿En qué? ¿De qué manera?
	Experiencias amorosas: aspectos positivos, negativos, relevancia y variaciones.	¿Cómo ha sido tu vida amorosa?
		¿Qué evalúas como positivo de tu vida amorosa?
		¿Qué evalúas como negativo de tu vida amorosa?
		¿Has experimentado variaciones en la forma de vivir tus experiencias amorosas? ¿Cuáles? ¿A qué lo atribuyes?
¿Qué importancia tiene tu vida amorosa hoy?		
¿Tú relación de pareja (o tus relaciones pasadas) te entregan algo distinto a las otras relaciones que tienes? ¿Qué cosa? ¿Por qué?		
Funcionamiento de la relación	¿Qué no te entrega (o han entregado) tus relaciones de pareja y te gustaría recibir? ¿Por qué?	
	¿Tienen ciertos acuerdos respecto de qué aceptan o no aceptan ustedes dentro de su relación? ¿Cuáles?	
		¿Cómo lo hacen/hacían en relación a esto?
Describir y comprender los discursos de adultos/as jóvenes chilenos/as, sobre cómo conviven sus intereses y actividades personales con su vida amorosa.	Identificar presencia de tensiones entre vida amorosa y actividades e intereses personales	¿Ha habido ocasiones en que te ha costado congeniar tu vida en pareja con otros ámbitos de tu vida? ¿Cómo te has sentido? ¿Qué has hecho?
		¿Cómo lo haces/has hecho para congeniar tu vida amorosa con tu trabajo? ¿Estas satisfecha con la

	actividades personales con vida amorosa	forma de hacerlo? ¿Por qué?
		¿Cómo lo haces/has hecho para congeniar tu vida amorosa con tu familia? ¿Estas satisfecha con la forma de hacerlo? ¿Por qué?
		¿Cómo lo haces/has hecho para congeniar tu vida amorosa con tus amigos? ¿Estas satisfecha con la forma de hacerlo? ¿Por qué?
		¿Cómo lo haces/has hecho para congeniar tu vida amorosa con tus intereses personales? ¿Estas satisfecha con la forma de hacerlo? ¿Por qué?
		¿Ha cambiado la forma en que congenias tu vida amorosa con otros ámbitos de tu vida? ¿Cómo ha cambiado?

Anexo 4 Documento de consentimiento informado

Consentimiento informado participación estudio: “Experiencias, ideales y tensiones amorosas de adultos jóvenes chilenos/as²³”

Usted ha sido invitado/a a participar en una investigación científica denominada “*Experiencias, ideales y tensiones amorosas de adultos jóvenes chilenos/as*” dirigida por Carolina Aspillaga Hesse, de profesión psicóloga. El objetivo de esta carta es ayudarlo/a a tomar la decisión de participar en la presente investigación.

El propósito de este estudio es conocer lo que viven, piensan y sienten adultos jóvenes chilenos/as sobre el amor de pareja y las relaciones amorosas. Están invitados/as a participar voluntariamente, adultos jóvenes chilenos/as (entre 25 y 40 años) que hayan residido al menos 2/3 de su vida en el país.

Aun cuando no obtendrá beneficios directos de este estudio, se espera que los resultados obtenidos permitan, tanto a académicos como otros/as profesionales, comprender mejor el fenómeno del amor romántico.

Al colaborar en esta investigación, se le solicitará que participe de una entrevista que dura aproximadamente 1 hora 30 minutos, donde es necesaria la utilización de grabadora de voz para registrar sus respuestas. En la entrevista se le preguntará sobre sus opiniones, ideales y experiencias en torno al amor romántico y las relaciones amorosas.

Su participación en este estudio es absolutamente voluntaria. Tiene el derecho a abandonar el estudio sin necesidad de dar ningún tipo de explicación y sin que ello signifique ningún perjuicio para usted. Además, tiene el derecho a no responder preguntas si así lo estima conveniente. Su participación en este estudio no está asociada a ningún riesgo o daño.

La información registrada será confidencial, solo conocida por el equipo de investigación, sin revelar su identidad. Sus datos serán registrados con un seudónimo, de modo que nadie ajeno a este estudio podrá identificar su participación. La información

23 En el consentimiento informado se utilizó el nombre inicial del estudio, que luego fue modificado.

obtenida será utilizada con fines docentes, de investigación y publicación científica respetando el anonimato de sus respuestas.

Si así lo desea puede recibir los resultados generales del estudio, manifestándole esta voluntad al investigador/a que lo/a entrevistó. Si tiene preguntas respecto a este estudio, o algún reclamo en torno a que sus derechos no hayan sido respetados puede contactarse con la investigadora Carolina Aspillaga (fono: xxxxxxxx; mail: carolinaaspillagah@gmail.com).

Investigadora : _____

“He sido invitada(o) a participar en el estudio “*Experiencias, ideales y tensiones amorosas de adultos jóvenes chilenos/as*”. Entiendo que mi colaboración consistirá en la participación en una entrevista. He leído (o se me ha leído) la información del documento de consentimiento. He tenido tiempo para hacer preguntas y se me ha contestado claramente. Además, entiendo que tengo el derecho a terminar mi participación en cualquier momento si así lo estimo conveniente.

No tengo ninguna duda sobre mi participación y acepto voluntariamente participar en el estudio”.”

Deseo conocer los resultados generales del estudio: Si _____ No _____

Acepto participar en el presente estudio: _____ (firma o nombre)

Teléfono y mail de contacto

Fecha: _____

Anexo 5: Acuerdos de confidencialidad

Acuerdo de confidencialidad y no divulgación para transcriptores

Yo _____, quien prestaré servicios como transcriptor/a de entrevistas para el estudio científico “Experiencias, ideales y tensiones amorosas de adultos/as jóvenes chilenos” a cargo de la psicóloga Carolina Aspillaga, declaro que no divulgaré y mantendré la confidencialidad de la información a la cual tenga acceso durante el proceso de transcripción. Entiendo que esto implica no realizar comentarios a terceros de nombres, eventos, vivencias o cualquier situación que sea mencionada en la entrevista. A la vez en caso de tener algún conflicto de interés para realizar la transcripción, se lo haré saber a quién me ha solicitado la realización de estos servicios.

(Firma del transcriptor/a)

Acuerdo de confidencialidad y no divulgación para ayudante s

Yo _____, quien prestaré servicios vinculados a revisiones de estilo y formato del estudio científico “Experiencias, ideales y tensiones amorosas de adultos/as jóvenes chilenos” a cargo de la psicóloga Carolina Aspillaga, declaro que no divulgaré y mantendré la confidencialidad de la información a la cual tenga acceso durante el proceso. Entiendo que esto implica no realizar comentarios a terceros de nombres, eventos, vivencias o cualquier situación que sea mencionada en la entrevista. A la vez en caso de tener algún conflicto de interés para realizar este trabajo, se lo haré saber a quién me ha solicitado la realización de estos servicios.

(Firma)

Santiago 18 de Diciembre

